

Giuliano da Empoli

LOS INGENIEROS DEL CAOS



OBERON

Copyright © 2019 Éditions Jean-Claude Lattès

Copyright de la traducción © 2019 Editora Vestígio

Título original: Les ingénieurs du chaos

Todos los derechos reservados por Editora Vestígio. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, ya sea por medios mecánicos, electrónicos, o mediante copias xerográficas, sin la autorización previa de la Editorial.

EDITOR RESPONSABLE

Arnaud Vin

EDITOR ASISTENTE

Eduardo Soares

PREPARACIÓN

Sonia Junqueira

REVISIÓN

Eduardo Soares

Mariana Faria

PORTADA

Diogo Droschi (sobre imagen de Gremlin/Getty Images)

DIAGRAMACIÓN

Larissa Carvalho Mazzoni

Datos Internacionales de Catalogación en la Publicación (CIP) Cámara Brasileña del Libro, SP, Brasil
Empoli, Giuliano Da

Los ingenieros del caos / Giuliano Da Empoli; traducción Arnaldo Bloch. 1. ed. São Paulo : Vestígio, 2019.

Título original: Les ingénieurs du chaos.

ISBN 978-85-54126-60-5

1. Comunicación - Aspectos políticos 2. Comunicación en la política - Innovaciones tecnológicas - 1990- 3. Redes sociales - Aspectos políticos 4. Populismo I. Título.

19-31178 CDD-302.24

Índices para catálogo sistemático:

2. Comunicación en la política: Consejeros: Aspectos sociales 302.24
Maria Alice Ferreira - Bibliotecaria - CRB-8/7964

VESTÍGIO ES UNA EDITORIAL DEL GRUPO AUTÊNTICA

*"Los malos, sin duda, entendieron
algo que los buenos ignoran."*

Woody Allen

INTRODUCCIÓN

EL 19 DE FEBRERO DE 1787, Goethe está en Roma. Llegó a la ciudad a principios de otoño y se instaló en un apartamento anónimo en la Via del Corso, desde donde puede contemplar, sin ser visto, la animación de la principal arteria del centro histórico. El poeta vino a buscar en la ciudad eterna todo lo que, hasta ahora, le ha sido negado en su vida de hijo pródigo de la literatura alemana, consejero privado del gran duque de Weimar y responsable de las minas y vías públicas del ducado. Sobre todo, Goethe vino en busca de la libertad de disponer de su tiempo como mejor le parezca. Para no ser importunado por los admiradores del Joven Werther (1) , que lo siguen desde hace años dondequiera que vaya, decidió asumir la falsa identidad de un pintor, Jean Philippe Möller, lo que le ha garantizado, hasta el momento, la tranquilidad que tanto anhela.

Ese 19 de febrero, el poeta nota una gran agitación afuera. Entonces, se asoma a la ventana y ve una escena inesperada: en los balcones y frente a las puertas de los edificios vecinos, los residentes han instalado sillas y alfombras. Como si, de repente, quisieran transformar la calle en un salón. Al mismo tiempo, a lo largo de la Via del Corso, el sentido del tráfico de carretas se invirtió, produciendo caos, y personajes curiosos comenzaron a aparecer en la multitud. “Jóvenes disfrazados de mujeres del pueblo, con sus trajes de fiesta, el pecho descubierto, audaces hasta la insolencia, acarician a los hombres con quienes se cruzan, tratan con familiaridad y sin ceremonias a las mujeres como si fueran sus colegas y se entregan a todos los excesos, al sabor de los caprichos, del espíritu y de la vulgaridad”. Simétricamente, “las mujeres también se divierten mostrándose en trajes masculinos”, produciendo resultados que el poeta no duda en definir como “muy interesantes”. Incluso hay, entre la multitud, un personaje con dos caras: “No se entiende si es su frente o su espalda, ni si va o viene”.

Es el comienzo del Carnaval, la fiesta que tiene por costumbre poner el mundo patas arriba, invirtiendo no solo las relaciones entre los sexos sino también entre las clases y todas las jerarquías que, en tiempos normales, rigen la vida social. “Aquí, basta una señal”, prosigue Goethe en su relato, “para anunciar que cada uno puede enloquecer como desee y que, salvo golpes de bastón o de cuchillo, casi todo está permitido. La diferencia entre castas altas y bajas parece, por un instante, suspendida; todos se acercan unos a otros, todos aceptan con desenvoltura sus destinos, mientras la libertad y la permisividad se mantienen en equilibrio por el buen humor universal.”

En este espíritu, los cocheros se disfrazan de señores y los señores, de cocheros. E incluso los abades, con sus túnicas negras, generalmente merecedoras del mayor respeto, se convierten en blancos ideales de los lanzadores de confites de yeso y arcilla. Así, los pobres desdichados quedan rápidamente cubiertos, de pies

a cabeza, de manchas blancas y grises. Nadie está inmune a un ataque, mucho menos los miembros de las familias más acomodadas. Estos se concentran a la altura del Palazzo Ruspoli, donde se desencadenan, por cierto, los “asaltos” más crueles y las “batallas” más sangrientas. Al mismo tiempo, los polichinelas, a cientos, aparecen y se reúnen en otro lugar. Luego, eligen un rey, le entregan un cetro, lo acompañan con música y lo conducen a gritos al frente del Corso, en un pequeño carro decorado.

Todo esto ocurre en una atmósfera de alegría colectiva, aunque Goethe no deja de percibir algunas notas discordantes: “No es raro”, observa en cierto momento, “que la batalla se vuelva seria y se generalice; entonces, es aterrador presenciar la obstinación y el odio personal que va apoderándose de todos”. O también, describiendo la carrera de caballos que pasa por el Corso, menciona graves incidentes y las “numerosas tragedias que, sin embargo, pasan desapercibidas y a las cuales no se les da ninguna importancia”. Es la cara oscura del Carnaval, la combinación inextricable de fiesta y violencia sobre la cual se erige su potencial subversivo. Y que deja en el pecho de los participantes, casi siempre, una duda sobre la naturaleza real de lo que ha ocurrido. El Carnaval no es una fiesta como las demás, sino la expresión de un sentimiento profundo e imposible de detener, latente bajo las cenizas de la cultura de los pueblos. No es casualidad, como observa Goethe, que no se trate de una celebración ofrecida al pueblo por las autoridades, sino de una “fiesta que el pueblo se ofrece a sí mismo”.

Desde la Edad Media, el Carnaval es la ocasión para que el pueblo derribe, de forma simbólica y por un tiempo limitado, todas las jerarquías establecidas entre el poder y los dominados, entre lo noble y lo trivial, entre lo alto y lo bajo, entre lo refinado y lo vulgar, entre lo sagrado y lo profano. En este clima, los locos se vuelven sabios, los reyes se convierten en mendigos, y la realidad se confunde con la fantasía. Un golpe de Estado simbólico que termina casi siempre con la elección de un rey, sustituto temporal de la autoridad oficial.

No debe extrañar, por lo tanto, que la frontera entre la dimensión lúdica y la dimensión política del Carnaval siempre haya sido, en esencia, frágil. La prueba está en los varios episodios durante los cuales la fiesta se transformó en revuelta, llegando a generar verdaderas masacres, siempre que la multitud no se contentaba con destituir a los poderosos para reír, sino que intentaba asesinarlos de verdad. Tampoco es sorprendente que esta fiesta haya sido abolida, en algún momento, en casi todos los lugares, incluida Roma, al amanecer de la Revolución Francesa, por temor a que se produjera un contagio. En Francia, fueron los jacobinos quienes suspendieron el Carnaval, llegando al extremo de castigar con la pena de muerte a aquellos que tuvieran la audacia de disfrazarse. “Es una fiesta buena para los pueblos esclavos”, diría Marat (2). Es decir, la Revolución

realizó, efectivamente y de una vez por todas, el gran cambio. Por lo tanto, es inútil insistir en disfrazarse: circulen, no hay nada que ver.

Sin embargo, ningún poder jamás ha conseguido liberarse completamente del Carnaval y de su espíritu subversivo. A lo largo de los siglos, este espíritu recorrió incansablemente las calles para plasmarse en panfletos y caricaturas de los periódicos populares. Hasta reaparecer, más recientemente, en las sátiras de los programas de televisión y en los ataques de los trolls en internet (3). Pero solo muy recientemente el Carnaval dejó, por fin, su lugar preferido en los márgenes de la conciencia del hombre moderno, para adquirir una centralidad inédita, posicionándose como el nuevo paradigma de la vida política global.

En Roma, más de dos siglos después de la visita de Goethe, el Carnaval reconquista sus derechos. El primero de julio de 2018, un nuevo gobierno asume el poder. Su jefe es Mister Chance, el jardinero de la película con Peter Sellers. Como en "Desde el jardín", Giuseppe Conte – el nuevo presidente del Consejo de Ministros – es un anónimo siempre algo desubicado que, por una serie de extrañas coincidencias, llega a la cima del poder. Pero, a diferencia del jardinero de Sellers, al día siguiente de la nominación de este desconocido profesor sin la menor experiencia política, los principales periódicos extranjeros intentan desenmascararlo. Así, revelan que el único elemento de información disponible sobre Mister Conte, su currículum vitae en línea, está repleto de fake news. A partir de ese momento, empiezan a llover, desde los cuatro rincones del planeta, desmentidos de las universidades más prestigiosas del mundo – New York University (NYU), Cambridge, Sorbona – citadas en el CV del jardinero como “lugares de perfeccionamiento”. Las instituciones confirman de inmediato no haber encontrado ningún rastro de su paso por los corredores de sus escuelas.

Sin embargo, incluso habiendo sido sorprendido con las manos en la masa a nivel global, el imperturbable Mister Conte persiste en su ascenso a la cúpula de las instituciones italianas. Lo que permite a los dos líderes políticos del Movimiento 5 Estrellas y de la Liga, verdaderos hombres fuertes del nuevo gobierno, alcanzar su objetivo: ocupar tranquilamente sus lugares en el podio justo debajo de él. Al menos el primero, al frente del Movimiento 5 Estrellas, Luigi Di Maio – nombrado vicepresidente del Consejo y ministro de Industria y Trabajo – no tiene problemas de currículum. A los 30 años y sin título universitario, solo cuenta con una única experiencia en su haber profesional antes de convertirse en diputado gracias a los 189 votos obtenidos en las primarias del Movimiento 5 Estrellas: guía del estadio San Paolo de Nápoles. “Trabajaba en el nivel más alto”, declaró al periódico *Corriere della Sera*, “acompañé a muchos VIP hasta sus lugares”. Pero eso no le impide asumir rápidamente uno de los principales papeles del nuevo “Carnaval” romano, destacándose gracias a su inefable capacidad de decir todo – y también lo contrario – en el espacio de pocas horas, y de protagonizar

meteduras de pata y fake news en serie. Como cuando declaró que el gobierno estaba imprimiendo seis millones de tarjetas de salario ciudadano, cuando la adopción del beneficio no había sido aprobada ni siquiera presentada al parlamento. O cuando, en visita oficial a China, se dirigió al líder supremo Xi Jinping llamándolo “Señor Ping”.

El verdadero hombre fuerte, coronado por la revista Time como la nueva cara de Europa, es, sin embargo, el otro vicepresidente, Matteo Salvini, quien, desde que asumió el cargo, da vida al espectáculo de un ministro del Interior que tuitea diariamente para sembrar el miedo e incitar al odio racial. Desde el inicio de su mandato, muchas decenas de videos virales publicados por Salvini se refieren a delitos cometidos por negros o clandestinos, desde los casos más graves hasta los acontecimientos más triviales. “Hoy, en toda Italia”, comenta, por ejemplo, durante el verano de 2018, “los fieles musulmanes celebraron la fiesta del sacrificio, que prevé el martirio de un animal, degollándolo. En Nápoles, este cabrito fue salvado en el último minuto, pero en el resto del país, cientos de miles de bestias fueron abatidas sin piedad”.

Queda bastante claro que, incluso ocupando una función institucional, "el Capitán", como lo llaman sus partidarios, no se preocupa mucho por la veracidad de los hechos que difunde. No duda en propagar una falsa información sobre los solicitantes de asilo, quienes supuestamente organizaron una manifestación en Vicenza para poder ver el canal de televisión por cable Sky. Una historia que fue desmentida por la prefectura, es decir, por un órgano que forma parte del ministerio que dirige el propio Salvini.

*

En su aparición inaugural en la escena política, los demás miembros del gobierno son, del primero al último, desconocidos para el público italiano. Pero no tardan en aclimatarse. Así, el mismo día en que asume el cargo, el nuevo ministro de Familia declara que "no existen familias gays". El ministro de Salud, al ser interrogado sobre el tema de las vacunas, responde que, en lo que depende de él, es personalmente favorable, pero nada impide que se sostengan opiniones contrarias. A su vez, el ministro de Justicia pone inmediatamente en la agenda una de las medidas centrales de su programa: la abolición de la prescripción de delitos y contravenciones. Es decir, en el país del populismo real, debe ser posible mover un proceso contra cualquier persona en cualquier momento. No por casualidad, al pedir el apoyo del parlamento para su gobierno, Mister Conte, en un acto fallido flagrante, declara estar listo para defender la "presunción de culpa".

Días después, para completar las filas del gobierno, se presentan otros personajes que, a su vez, parecen haber sido seleccionados para una filmación de

Monty Python. Maurizio Santangelo, el nuevo secretario de Estado encargado de la articulación en el parlamento, es adepto de la teoría de las "estelas químicas", según la cual los aviones de líneas comerciales serían utilizados por gobiernos para esparcir en la atmósfera agentes químicos o biológicos nocivos para la población. Para confirmar esta teoría, él publica de vez en cuando, en las redes sociales, fotos de estelas blancas en el cielo que considera sospechosas, acompañadas de comentarios del tipo "¿En qué te hace pensar este cielo?".

El subsecretario de Estado del Interior, Carlo Sibilia, por su parte, no es del tipo que se deja engañar: la idea de que los americanos desembarcaron en la Luna aún no lo convence. "Hoy se celebra el aniversario de la llegada a la Luna", tuiteó Sibilia. "¿Será posible que nadie tenga el valor de decir que todo fue una gran farsa?"

El más afilado en materia de teorías de la conspiración, sin embargo, es, sin duda, el secretario de Relaciones Exteriores con Europa, Luciano Barra Caracciolo. En su blog Orizzonte48, ataca el euro, compara la Unión Europea con la Alemania nazi y lanza teorías conspirativas como la Hazard Circular, pregonando que fuerzas financieras oscuras habrían abolido la esclavitud en favor de una forma de opresión sutil fundada sobre el control de la moneda.

Solo el Carnaval político romano puede ir aún más lejos en su locura que la fantasía de Barra Caracciolo. De hecho, la escena política de Roma vio a la mayoría de sus personajes cambiar de máscara durante el verano de 2019, pasando de un gobierno soberanista antieuropeo, guiado por Mister Conte, a un gobierno progresista proeuropeo, también dirigido por el inefable jardinero Conte, acompañado de su cortejo de polichinelas, entre los cuales el líder del Movimiento 5 Estrellas, Luigi Di Maio, promovido a ministro de Relaciones Exteriores gracias, principalmente, a sus excelentes relaciones con el "señor Ping".

Pero si Italia se destaca, como de costumbre, en este aspecto, el regreso del Carnaval va mucho más allá de la península. Dondequiera que sea, en Europa o en otros continentes, el crecimiento de los populismos ha tomado la forma de una danza frenética que atropella y da la vuelta a todas las reglas establecidas. Los defectos y vicios de los líderes populistas se transforman, a los ojos de los electores, en cualidades. Su inexperiencia es la prueba de que no pertenecen al círculo corrupto de las élites. Y su incompetencia es vista como garantía de autenticidad. Las tensiones que ellos producen a nivel internacional ilustran su independencia, y las fake news que marcan su propaganda son la marca de su libertad de espíritu.

En el mundo de Donald Trump, Boris Johnson y Jair Bolsonaro, cada nuevo día comienza con una metedura de pata, una polémica o la eclosión de un escándalo.

Mientras aún se está comentando un evento, este ya es eclipsado por otro, creando una espiral infinita que capta la atención y satura la escena mediática. Ante este espectáculo, muchos observadores se sienten tentados a llevarse las manos a la cabeza y dar la razón al bardo: "¡El tiempo está fuera de quicio!"(4). Sin embargo, detrás de las apariencias extremas del Carnaval populista, se esconde el trabajo feroz de decenas de spin doctors (5), ideólogos y, cada vez más, científicos especializados en Big Data (6), sin los cuales los líderes del nuevo populismo jamás habrían llegado al poder.

Este libro cuenta la historia de ellos.

*

Es la historia de un especialista en marketing italiano que, a principios de los años 2000, comprendió que internet revolucionaría la política, aunque sabía que aún no era el momento de formar un partido puramente digital. Así, Gianroberto Casaleggio contrató a un comediante, Beppe Grillo, para el papel de primer avatar de carne y hueso de un partido-algoritmo. Es el Movimiento 5 Estrellas, enteramente fundado en la recolección de datos de los electores sobre la satisfacción de sus demandas, independientemente de cualquier base ideológica. Más o menos como si, en lugar de ser reclutada por Donald Trump, una empresa de Big Data como Cambridge Analytica hubiera tomado el poder directamente y elegido su propio candidato.

Es la historia de Dominic Cummings, director de la campaña del Brexit, que afirma: "Si quieres hacer progresos en política, no contrates expertos o comunicadores. Es mejor utilizar a los físicos". Gracias al trabajo de un equipo de científicos de datos, Cummings pudo alcanzar a millones de electores indecisos, cuya existencia los adversarios ni siquiera sospechaban, y dirigirles exactamente los mensajes que necesitaban recibir, en el momento justo, para inclinar la balanza hacia el lado del Brexit.

Es la historia de Steve Bannon, el hombre-orquesta del populismo estadounidense, que, después de llevar a Donald Trump a la victoria, sueña hoy con fundar una Internacional Populista para combatir lo que él llama "el partido de Davos de las élites globales".

Es la historia de Milo Yiannopoulos, el bloguero inglés gracias al cual la transgresión cambió de bando. Si, en los años 1960, los gestos de provocación de los manifestantes apuntaban sobre todo a la moral común y a romper los tabúes de una sociedad conservadora, hoy los nacional-populistas adoptan un estilo transgresor en sentido contrario: romper los códigos de la izquierda y de lo políticamente correcto se ha convertido en la regla número 1 de su comunicación.

Es la historia de Arthur Finkelstein, un judío homosexual de Nueva York que se convirtió en el consejero más eficaz de Viktor Orbán, el portaestandarte de la Europa reaccionaria, comprometido en una lucha despiadada en defensa de los valores tradicionales en Hungría.

Juntos, estos ingenieros del caos están a punto de reinventar una propaganda adaptada a la era de los selfies y las redes sociales y, como consecuencia, transformar la propia naturaleza del juego democrático. Su acción es la traducción política de Facebook y Google. Es naturalmente populista, pues, como las redes sociales, no soporta ningún tipo de intermediación y sitúa a todo el mundo en el mismo plano, con un solo parámetro de evaluación: los "me gusta". Es una acción indiferente a los contenidos porque, como las redes sociales, solo tiene un objetivo: lo que los pequeños genios del Valle del Silicio llaman "compromiso" y que, en política, significa adhesión inmediata.

Si el algoritmo de las redes sociales está programado para ofrecer al usuario cualquier contenido capaz de atraerlo con mayor frecuencia y por más tiempo a la plataforma, el algoritmo de los ingenieros del caos los fuerza a sostener cualquier posición, razonable o absurda, realista o intergaláctica, siempre que intercepte las aspiraciones y los miedos —principalmente los miedos— de los electores.

*

Para los nuevos Doctores Fantásticos de la política, el juego ya no consiste en unir a las personas en torno a un denominador común, sino, al contrario, en inflamar las pasiones del mayor número posible de grupúsculos para, posteriormente, sumarlos, incluso a su pesar. Para conquistar una mayoría, no convergerán hacia el centro, sino que se unirán a los extremos.

Cultivando la cólera de cada uno sin preocuparse por la coherencia del colectivo, el algoritmo de los ingenieros del caos diluye las antiguas barreras ideológicas y rearticula el conflicto político en base a una simple oposición entre “el pueblo” y “las élites”. En el caso del Brexit, así como en los casos de Trump e Italia, el éxito de los nacional-populistas se mide por su capacidad para hacer explotar la división izquierda/derecha y captar los votos de todos los rebeldes y furiosos, y no solo de los fascistas.

Naturalmente, como las redes sociales, la nueva propaganda se alimenta sobre todo de emociones negativas, pues son estas las que garantizan la mayor participación, de ahí el éxito de las fake news y de las teorías de la conspiración. Pero este tipo de comunicación también posee un lado festivo y libertario, comúnmente desconocido por aquellos que solo enfatizan la faceta oscura del Carnaval populista. El escarnio se ha convertido, desde entonces, en la

herramienta más eficiente para disolver las jerarquías. Durante el Carnaval, un buen y liberador ataque de risa es capaz de enterrar la ostentación del poder, sus reglas y sus pretensiones. Nada más devastador para la autoridad que el impertinente, que la transforma en objeto de ridículo.

Ante la seriedad programática del poder, el tedio arrogante que emana de cada uno de sus gestos, el bufón transgresor al estilo Trump, o la explosión contestataria de los Gilets Jaunes –los Chalecos Amarillos franceses– funcionan como una buena chicotada en el lomo para liberar las energías. Los tabúes, la hipocresía y las convenciones del lenguaje se desmoronan en medio de las aclamaciones de la multitud en delirio.

Durante el Carnaval, no hay lugar para el espectador. Todos participan juntos en la celebración desbocada del mundo al revés, y ningún insulto o broma es vulgar si contribuye a la demolición del orden dominante y su sustitución por alguna dimensión de libertad y fraternidad. El Carnaval produce, en quien participa, una intensa sensación de plenitud y de renacimiento: el sentimiento de pertenecer a un cuerpo colectivo que se renueva. De espectador, cada uno se convierte en actor, sin ninguna distinción basada en el grado de instrucción. La opinión del primero que pasa vale tanto como, o tal vez más, que la del experto. Mientras tanto, la máscara colectiva se ha mudado a internet, donde el anonimato tiene el mismo efecto desinhibidor que, antaño, nacía al momento de ponerse un disfraz. Los trolls son, así, los nuevos polichinelas, que echan gasolina al fuego liberador del Carnaval populista.

En este clima, no hay nada más inconveniente que interpretar el papel del espíritu de contradicción. El fact-checker (7) que demuestra el error con bolígrafo rojo, el liberal (8) con la ceja levantada de indignación contra la vulgaridad de los nuevos bárbaros. “Por eso la izquierda es tan infeliz”, dice Milo Yiannopoulos, “no tiene la menor tendencia a la comedia y la celebración”. A los ojos del populista en estado festivo, el progresista es un pedante con el dedo meñique levantado. Su pragmatismo se ha convertido en sinónimo de fatalismo, mientras los reyes del Carnaval prometen dinamitar la realidad existente.

La vida no está hecha de derechos y deberes, de números a respetar y de formularios a rellenar. El nuevo Carnaval no se afina con el sentido común: tiene su propia lógica, más cercana a la de un teatro que a la de un aula, más ávida de cuerpos e imágenes que de textos e ideas, más concentrada en la intensidad de la narrativa que en la exactitud de los hechos. Una razón sin duda muy alejada de las abstracciones cartesianas, pero no desprovista de una coherencia inesperada, especialmente en lo que se refiere a su manera sistemática de revertir las normas consolidadas para afirmar otras, de signo contrario.

Detrás del aparente absurdo de las fake news y de las teorías de la conspiración, se oculta una lógica bastante sólida. Desde el punto de vista de los líderes populistas, las verdades alternativas no son un simple instrumento de propaganda. Contrariamente a la información verdadera, constituyen un formidable vector de cohesión. “Bajo muchos ángulos, el absurdo es una herramienta organizacional más eficaz que la verdad”, escribió el bloguero de la derecha alternativa estadounidense Mencius Moldbug. “Cualquiera puede creer en la verdad, mientras que creer en el absurdo es una verdadera demostración de lealtad, y que posee un uniforme y un ejército”.

Así, el líder de un movimiento que agregue las fake news a la construcción de su propia visión del mundo se destaca de la manada de los comunes. No es un burócrata pragmático y fatalista como los demás, sino un hombre de acción, que construye su propia realidad para responder a los anhelos de sus discípulos. En Europa, como en el resto del mundo, las mentiras llevan la delantera, pues se insertan en una narrativa política que capta los temores y las aspiraciones de una masa creciente del electorado, mientras que los hechos de quienes las combaten se insertan en un discurso que ya no es considerado creíble. En la práctica, para los adeptos de los populistas, la verdad de los hechos, tomados uno a uno, no cuenta. Lo que es verdadero es el mensaje en su conjunto, que corresponde a sus sentimientos y sensaciones.

Frente a esto, es inútil acumular datos y correcciones, si la visión del conjunto de los gobernantes y de los partidos tradicionales sigue siendo percibida por un número creciente de electores como poco pertinente respecto a la realidad. Para combatir la gran ola populista, primero es necesario comprenderla y no limitarse a condenarla o liquidarla como una nueva "Edad de la irracionalidad", como hace George Osborne, el último canciller del tesoro de David Cameron, en el título de su libro más reciente. El Carnaval contemporáneo se alimenta de dos ingredientes que nada tienen de irracional: la cólera de algunos sectores populares, que se fundamenta en causas sociales y económicas reales; y una máquina de comunicación superpotente, concebida en su origen para fines comerciales, transformada en instrumento privilegiado de todos aquellos que tienen como objetivo multiplicar el caos.

Si elegí, para este libro, centrarme en el segundo aspecto, no es en absoluto para negar la importancia de las fuentes reales de la revuelta. Las acciones de los ingenieros del caos no lo explican todo, ni mucho menos. Lo que hace interesantes a tales personajes, más que el hecho de haber sabido captar antes que otros los signos del cambio en curso, es la forma en que se aprovecharon de ello para avanzar desde el margen hacia el centro del sistema. Para bien y, sobre todo, para mal, sus intuiciones, sus contradicciones y sus idiosincrasias son las que marcan nuestro tiempo.

1. El Silicon Valley del populismo

LOS AMERICANOS SIEMPRE tienen un aire inofensivo. Sobre todo cuando están inmersos en el calor cínico e indolente de una ciudad como Roma. Esto debe estar relacionado, seguramente, con la expresión de sus rostros, o tal vez con la forma en que se visten. El estadounidense sentado frente a mí no es una excepción a la regla. De hecho, ni siquiera he tenido tiempo de sentarme en el sofá de la suite de su hotel y ya me está ofreciendo un muffin. Sin embargo, según dicen por ahí, sería el diablo en persona. O el "Gran Manipulador", según la revista Time. El "personaje político más peligroso de Estados Unidos", en palabras de la Bloomberg News. Y todo esto antes incluso de haber contribuido decisivamente a la elección de Donald Trump como presidente el 8 de noviembre de 2016.

Los amigos de Steve Bannon dicen que si escuchas una explosión, no importa dónde, significa que él debe estar cerca, jugando con una caja de fósforos. Por eso, Bannon viene a Roma con frecuencia, al menos una vez al mes. En la Ciudad Eterna, todos saben que el riesgo de terminar como el marciano del cuento de Ennio Flaiano (9) no es remoto: llegas por primera vez y te reciben como a un santo, el mundo se detiene y la gente te lleva en triunfo. Pero, después de unos momentos, los romanos se acostumbran a tu presencia, de la misma manera en que se han acostumbrado a todo, y a cualquier cosa, en los últimos diez mil años. Al final, los niños en las calles te gritan: "¡Eh, marciano!".

Pero por ahora, Bannon aún está en estado de gracia. Da entrevistas, participa en reuniones, intercambia ideas interminables con Matteo Salvini y Luigi Di Maio, a quienes admira infinitamente. Durante los descansos entre compromisos, come en el Hôtel de Russie. En el fondo, esta dirección legendaria, donde han dormido princesas y consejeros del zar, es perfecta para él. No por razones relacionadas con los tiempos actuales, donde reinan los oligarcas y el sistema de manipulación electoral, sino principalmente porque Bannon es, de cierta manera, el Trotsky de la revolución populista, una mezcla de ideólogo y hombre de acción que ambiciona, con su "Movimiento", llevar a las masas europeas a la revuelta contra lo que él llama "el partido de Davos". Si le preguntamos cuál es su papel en este movimiento, Bannon hace un puchero: "Soy solo un estudiante global del movimiento populista. Estoy aquí para aprender". Pero la respuesta oculta y verdadera es más audaz.

Siempre vestido con camisas de botón superpuestas, Steve Bannon es un producto de la clase trabajadora estadounidense que, gracias a su talento y avidez, ha pasado por todos los lugares simbólicos del poder estadounidense: el ejército, Virginia Tech, Georgetown, Harvard Business School, Goldman Sachs, Hollywood y, finalmente, Washington, sin renunciar jamás a su rabia original.

Por el contrario, Bannon ha acumulado, por donde ha pasado, nueva munición para incendiar y sangrar al mundo de esas élites que él considera como una casta blindada formada por los traidores del pueblo.

Siguiendo los pasos de su maestro Andrew Breitbart, fundador del sitio homónimo de contrainformación, Bannon fue uno de los primeros entre los nuevos populistas en entender que "la política es aguas abajo de la cultura". Desde el principio, ha luchado por arrancar de la intelectualidad liberal el espectro de hegemonía cultural. Así, en Hollywood, se dedica a la producción de documentales muy teatrales, llenos de citas filosóficas y melodías wagnerianas. Estas películas tratan sobre el espíritu estadounidense, el choque de civilizaciones y la alternancia de generaciones que, según él, moldean la historia y determinan el curso de los acontecimientos. Por la misma razón, la muerte de su fundador transformó Breitbart News en un punto de encuentro para la derecha alternativa estadounidense, una tropa heterogénea de nacionalistas, conspiracionistas, militaristas o simplemente personas furiosas, todas decididas a imponer un punto de vista diferente sobre los principales temas en el centro del debate: la inmigración, el libre comercio, el papel de las minorías y los derechos civiles.

Abriendo una redacción en Texas para seguir de cerca el fenómeno de la inmigración ilegal, Bannon financió think tanks, grupos de investigación destinados a estudiar los perjuicios del establishment en general y de la familia Clinton en particular. Movilizó a blogueros y trolls para dominar el debate en las redes sociales, participando en el lanzamiento de una sociedad de Big Data aplicada a la política, Cambridge Analytica, que más tarde estaría en el centro de un escándalo global. Así, Bannon se convirtió en "hombre orquesta" del populismo estadounidense. Por lo tanto, cuando el huracán Trump devastó las primarias republicanas en 2016, él estaba allí, a punto de convertirse en el inspirador oculto, luego en el estratega oficial, de la campaña más transgresora en la historia política de Estados Unidos.

Por supuesto, después de las elecciones, Steve perdió un poco la cabeza. Instalado en la oficina del consejero político del presidente, no resistió la tentación de exhibirse a la luz de los reflectores. Siempre es una mala jugada, para un estratega, revelar tus propias ideas a los principales periódicos en lugar de susurrarlas al príncipe, especialmente cuando trabajas para el símbolo vivo de la Era del Narcisismo. No es de extrañar que, al final de un año, Bannon fuera expulsado de la Casa Blanca, mientras que el líder del mundo libre tuiteaba este tipo de mensaje: "Steve, el llorón, lloró y me suplicó por su trabajo cuando lo despedí. Desde entonces, prácticamente todos lo han abandonado como a un perro. ¡Qué pena!" (Tweet presidencial del 6/1/2018).

"Al final del día, hay pocas personas en el circuito de los populistas soberanistas que poseen la combinación de inteligencia, experiencia y conexiones de Bannon. Por eso, en cuestión de meses, una visión aún más ambiciosa tomó forma: 'Lo que quiero', declaró en marzo al corresponsal romano del New York Times, 'es construir una infraestructura global para el movimiento populista mundial. Lo vi claro cuando Marine Le Pen me invitó al congreso de su partido en Lille. '¿Qué quieres que diga?', le pregunté. 'Diga que no estamos solos', respondió ella.' En ese momento, Bannon comprendió que había espacio para los oxímoron: la Internacional de los Nacionalistas, una plataforma creada para compartir experiencias, ideas y recursos de diferentes movimientos activos en Europa y América. 'Estamos del lado correcto de la historia. Incluso George Soros dijo, en algún momento, que estamos viviendo tiempos revolucionarios...'

Soros, el multimillonario húngaro que financió movimientos democráticos en todo el mundo a través de su Sociedad Abierta, es a la vez la bestia del Apocalipsis y el sueño prohibido de los nuevos populistas globales. 'Es brillante', admite Bannon. 'Maléfico pero brillante.' Su amigo Orbán lo declaró persona non grata en Hungría, pero Bannon quería crear una fundación inspirada en el modelo de Soros, con el mismo impacto pero al servicio de una agenda completamente diferente: cerrar fronteras, detener el proceso de globalización e integración europea y volver a los estados-nación de antaño.

'Las ideas más revolucionarias de nuestro tiempo siempre comienzan con la frase "Érase una vez"', enseña el politólogo Mark Lilla. Y según Bannon, el epicentro de esa revolución es hoy Italia.

Es por eso que está aquí, sentado frente a mí en la suite del Hotel de Russie, mientras su guardia real se agita a su alrededor: el ex mano derecha de Nigel Farage (10), Raheem Kassam, fundador del Instituto Dignitatis Humanae, Benjamin Harnwell, el sobrino en ropa deportiva, Sean Bannon, y un curioso ariano que parece ser el resultado de un experimento eugenésico sueco de los años 30. Todos ocupados, como unos locos, creando un ambiente saturado de testosterona que caracteriza los cuarteles generales de todas las revoluciones, en particular las nacionales-populistas.

'Roma es, una vez más, el centro del universo político', continúa Bannon. 'Aquí se está gestando un evento único. Aquí, los populistas de derecha y de izquierda han acordado dejar de lado sus diferencias y unirse para devolver el poder a los italianos, usurpado por el partido de Davos. Es como si Bernie Sanders y Donald Trump llegaran a un acuerdo. En Estados Unidos no pudimos hacerlo, pero ustedes, ustedes lo lograron. Lo que está en juego en Italia es la propia naturaleza de la soberanía: el destino de la revuelta de los pueblos que quieren recuperar el poder de manos de las élites globales que lo han robado. Si funciona

en Italia, puede funcionar en cualquier lugar. Es por eso que ustedes representan el futuro de la política mundial.'

El discurso de Bannon es halagador, pero en realidad no es la primera vez que un observador anglosajón ve las invenciones políticas de la península como un modelo a seguir. 'Su movimiento ha prestado un gran servicio al mundo', proclamaba Winston Churchill, dirigiéndose a los fascistas italianos a finales de los años 20. 'Italia ha demostrado que existe una manera de combatir las fuerzas subversivas. Esa manera consiste en llamar a las masas a cooperar para defender el honor y la estabilidad de la sociedad civilizada. Ha producido el antídoto necesario contra el veneno soviético. A partir de ahora, ninguna nación estará desprovista de los medios para protegerse de este cáncer, y cada líder responsable en cada país sentirá que sus pies están plantados más firmemente en la resistencia contra las doctrinas de nivelación y cinismo.'

A lo largo de todo el siglo XX, Italia fue el laboratorio donde se llevaron a cabo experimentos políticos vertiginosos, a menudo destinados a ser reproducidos, en diferentes formas, en otras partes del mundo. El fascismo fue el primero y el que trajo las consecuencias más graves, pero después de la caída del movimiento, Italia también dio a luz al partido comunista más grande de Europa Occidental, convirtiéndose así en el escenario privilegiado de todas las maniobras y tensiones de la Guerra Fría. Y cuando cayó el Muro de Berlín, la península se convirtió en el Silicon Valley del populismo, anticipando en más de veinte años la gran revuelta contra el establishment que hoy sacude todo el hemisferio norte."

Heinrich Mann decía que Napoleón era un proyectil disparado por la Revolución Francesa; ¿sería posible decir, guardadas las proporciones, que Grillo y Salvini son los proyectiles lanzados por Tangentopoli - la revolución judicial que decapitó a la clase política italiana a principios de los años 90, inaugurando la interminable era de rechazo a las élites y la huida de la política? Entre 1992 y 1994, la clase política del país fue eliminada: la mitad de los miembros del parlamento que pertenecían a partidos del gobierno fueron sometidos a investigaciones, algunos líderes fueron arrestados, otros huyeron al extranjero. Los dos partidos que gobernaban la república desde siempre, la Democracia Cristiana y el Partido Socialista, desaparecieron en cuestión de semanas. La operación "Mani Pulite" ya representaba, en su esencia, un enfoque populista: los pequeños jueces contra las élites corruptas. "Cuando la gente aplaude, se aplaude a sí misma", declaraba en ese momento el fiscal general de Milán, Francesco Saverio Borrelli. Y no es casualidad que diferentes magistrados que protagonizaban las investigaciones anticorrupción luego ingresaran a la política, fundando partidos, siendo elegidos para el parlamento y convirtiéndose en ministros o alcaldes de grandes ciudades.

A partir de ese momento, bastó a los italianos buscar élites alternativas para gobernar el país en lugar de los políticos profesionales, desacreditados, corruptos e incompetentes. Fue la izquierda la que comenzó, apoyando con vigor las acciones de los magistrados de la operación "Mani Pulite", para luego dar vida, en la primavera de 1993, al primer gobierno "técnico" de la historia republicana: un ejecutivo presidido por el ex gobernador del Banco de Italia, Carlo Azeglio Ciampi, y compuesto exclusivamente por ministros no políticos, seleccionados del mundo académico y de la administración pública. Durante este período, comenzó a florecer, entre los progresistas, el mito de una "sociedad civil" virtuosa y no corrompida de la cual había surgido la nueva clase dirigente del país. Pero, inmediatamente después, llegó Berlusconi para explicar que el poder debía ser gestionado por empresarios y gerentes, verdaderos productores de la riqueza del país, en contra de una clase política formada por inútiles. Con él, llegaron al gobierno los regionalistas de la Liga y los ex fascistas de Alianza Nacional, un bloque heterogéneo unido por el rechazo a la "Roma ladrona".

En los años siguientes, il Cavaliere, como se llamaba a Berlusconi, continuó dominando la política italiana casi hasta finales de 2011, cuando se vio obligado a dimitir debido a los escándalos relacionados con su vida personal. A partir de entonces, se sucedieron el intento de Mario Monti de establecer un "gobierno de competentes" y la empresa del centro izquierda para recuperar el aliento de la política tradicional con el liderazgo innovador de Matteo Renzi.

Las elecciones del 4 de marzo de 2018, que llevaron al triunfo al Movimiento 5 Estrellas y la Liga, marcaron la quiebra definitiva de estos esfuerzos, dando paso a la transformación de Italia en la tierra prometida del populismo real. También se produjo, por primera vez en un gran país occidental, la convergencia entre populismo de derecha y de izquierda que tanto inflamó la imaginación, y la ambición, de Steve Bannon. Para él, lo que está sucediendo no es más que un choque de civilizaciones.

"Si hay algo que admiro de Merkel y Macron", dice Bannon, "es que no ocultan sus programas. ¡Es importante que la gente lo entienda: no hay conspiración alguna! Todo se dice abiertamente a la luz del día. Hace un año, Macron pronunció un discurso en el que presentó, de manera detallada y coherente, las consecuencias lógicas del proyecto europeo, desde la visión de Jean Monnet (11). Es un proyecto que prevé una integración comercial adicional y una integración de mercados de capitales adicional. En la práctica, son los Estados Unidos de Europa, donde Italia hace el papel de Carolina del Sur, mientras que Francia es Carolina del Norte, ¿vale? Entonces, si crees en este proyecto, si te gusta, eso significa que crees en el proyecto de Macron. Salvini, Orban, Marine Le Pen y las otras voces del movimiento populista, por su parte, dicen 'no'. La oposición reside aquí entre aquellos que, en Europa, piensan que los estados nacionales

son un obstáculo a superar y otros que consideran que los estados nacionales son una joya que hay que preservar."

Desde nuestro encuentro, el proyecto de Steve Bannon ha sufrido varias derrotas: la mayoría de los partidos que deberían estar bajo el mando de la organización del ideólogo estadounidense han incumplido sus promesas. El estado italiano incluso llegó a expulsarlo del monasterio del siglo XIII que Bannon tenía la intención de convertir en una escuela de formación para sus "gladiadores del pueblo". Pero su idea paradójica de una Internacional Nacionalista no ha dejado de progresar en todo el mundo. Hasta el punto de que, como señaló la científica política española Astrid Barrio-Lopez, la única verdadera campaña común para las elecciones europeas de mayo de 2019 fue llevada a cabo por los partidos antieuropeístas, que se reunieron en el atrio del Duomo, en Milán.

Los intercambios y colaboraciones entre nacionalistas se multiplican en todos los niveles. Gracias al apoyo financiero de la Fundación Secure America Now, la agencia de comunicación digital Harris Media pudo crear vídeos antimusulmanes y contra la inmigración que alcanzaron una dimensión viral en ambos lados del Atlántico. Esta misma agencia desempeñó un papel determinante en la propaganda de la AfD en Alemania, difundiendo campañas publicitarias dirigidas a diferentes públicos: mensajes sobre seguridad para madres de familia; mensajes sobre desempleo para trabajadores, y así sucesivamente. En España, el creciente poder del partido de extrema derecha Vox contó con la ayuda de una cadena internacional de donantes que iba desde los multimillonarios ultraconservadores estadounidenses hasta los oligarcas rusos, pasando por la princesa Von Thurn und Taxis, todos reunidos en la fundación madrileña Citizen Go, una organización que ganó visibilidad con carteles colocados en autobuses que recorrían todas las ciudades españolas mostrando a Adolf Hitler maquillado con lápiz labial y acompañado del hashtag #feminazis.

Si en el pasado, los movimientos nacionalistas europeos estaban divididos por sus orígenes y programas, que automáticamente los ponían en conflicto unos con otros, hoy los puntos en común tienden cada vez más a tomar la delantera. Basta con pensar en la cuestión del Tirol del Sur, anexionado a Italia, que durante mucho tiempo dividió a los nacionalistas italianos y austriacos. En la actualidad, como escribe Anne Applebaum, "la aversión hacia los matrimonios gays y los taxistas africanos es un sentimiento que incluso los austriacos e italianos, que discrepan sobre la ubicación de su frontera, pueden compartir". Cuando era ministro del Interior, Matteo Salvini, se inspiró en gran medida en su homólogo austriaco, el ideólogo ultranacionalista Herbert Kickl, que propagaba insultos

antiinmigrantes y antiislámicos utilizando la maquinaria del Estado y, especialmente, la policía, para reforzar su propaganda identitaria.

La internacional de los nacionalistas se desarrolla mucho más allá de las fronteras de la vieja Europa. El 1 de enero de 2019, en Brasilia, la ceremonia de investidura del nuevo presidente Jair Bolsonaro fue celebrada con entusiasmo por sus dos principales aliados ideológicos en Europa y Medio Oriente, el primer ministro húngaro Viktor Orban y el israelí Benjamin Netanyahu, quienes estuvieron presentes en la capital brasileña. Aunque ausente, Donald Trump hizo un esfuerzo por participar en la fiesta expresando su alegría en Twitter: "¡Los Estados Unidos están con ustedes!". La respuesta de Bolsonaro fue: "¡Juntos, bajo la protección de Dios, llevaremos prosperidad y progreso a nuestros pueblos!". Unos días después, con motivo de la primera visita oficial de Bolsonaro a la Casa Blanca, Steve Bannon organizó la proyección de un documental sobre el ideólogo del presidente brasileño, el filósofo/astrologo Olavo de Carvalho, con quien comparte varias ideas y a quien considera, en sus propias palabras, "un pensador seminal". El tercer hijo de Bolsonaro, Eduardo, encargado de las relaciones internacionales de su padre, asistió a la proyección, que tuvo lugar, por supuesto, en el Hotel Trump Internacional, luciendo una gorra con las palabras "Make Brazil Great Again".

Esta colaboración, lejos de ser anecdótica, tiene consecuencias considerables en el plano geopolítico, y ya ha modificado los contornos del ciberespacio, mediante el desarrollo de una cadena global de personas capaces de llevar a cabo operaciones de desinformación de un lado a otro del planeta. Además, genera relaciones e intercambios de experiencias que permiten a los nacionalpopulistas replicar, en diversos países, los modelos de campañas más eficaces.

En este contexto, Italia continúa desempeñando el papel de laboratorio más avanzado de la innovación política, un Valle del Silicio del populismo al que los ingenieros del caos, y no solo Bannon, acuden en peregrinaciones destinadas a detectar las últimas invenciones de los nietos de Maquiavelo. The Guardian contó, en un extenso reportaje, cómo Nigel Farage y Arron Banks lograron crear, en apenas dos meses, un partido político, el Brexit Party, que ganó las elecciones europeas de 2019 con el 32% de los votos en Gran Bretaña, adoptando el modelo del Movimiento 5 Estrellas italiano. "El Brexit Party es una copia fiel del M5E", dice Banks. "Lo que hizo el Movimiento 5 Estrellas, y lo que estamos haciendo nosotros como Brexit Party, es tener una estructura central hipercontrolada, casi una dictadura en el centro, lo que impide que los lunáticos tomen las riendas". Antes de Banks, Nigel Farage ya se había explicado en una entrevista en 2015: "Si tuviera que crear el UKIP (Partido de la Independencia del Reino Unido) hoy, ¿pasaría 20 años organizando reuniones en las ciudades, o fundaría un partido bajo el modelo Grillo? Sé exactamente lo que haría".

El ejemplo de Banks y Farage es importante porque ilustra el punto esencial del caso italiano, ignorado en medio de las alarmas sobre el ascenso de la derecha y el retorno del fascismo que se han propagado en los últimos tiempos. Lo que está en juego en Italia no es la reedición de los años 1920 o 1930 del siglo pasado, sino la emergencia de una nueva forma política moldeada por internet y las nuevas tecnologías.

Desde este punto de vista, si bien Matteo Salvini representa sin duda la personalidad más destacada de la temporada política actual, el fenómeno más intrigante es, de hecho, el del Movimiento 5 Estrellas. Fue este último el que hizo que Salvini entrara en juego, al permitir que una fuerza extremista minoritaria como la Liga llegara al gobierno con el 17% de los votos, aumentando su apoyo e instaurando así una verdadera hegemonía cultural en el país.

Y es este mismo Movimiento el que, luego, lo privó del poder al aliarse con la izquierda sobre la base de un programa proeuropeo, completamente opuesto al que sustentaba su alianza con la Liga.

Los partidos xenófobos de derecha existen más o menos en toda Europa, con tasas de adhesión similares o incluso superiores a las de la Liga antes de la primavera de 2018. Pero no logran alcanzar la mayoría y, en general, no encuentran aliados dispuestos a gobernar junto a ellos. La verdadera especificidad italiana es el algoritmo posideológico del Movimiento 5 Estrellas, que obtuvo un tercio de los votos de los italianos en las elecciones gracias a una plataforma sin contenido político alguno y, por lo tanto, lista para ser utilizada por cualquiera para llegar al poder, ya sea Salvini o sus adversarios proeuropeos del Partido Democrático.

Lo que convierte a Italia, una vez más, en el Valle del Silicio del populismo es que allí, por primera vez, el poder fue conquistado por una nueva forma de tecnopopulismo posideológico, fundada no en ideas, sino en algoritmos proporcionados por los ingenieros del caos. No se trata, como en otros países, de políticos que emplean técnicos, sino de técnicos que toman directamente las riendas del movimiento, fundan partidos y eligen a los candidatos más aptos para encarnar su visión, hasta tomar el control del gobierno de toda la nación.

Esta historia es poco conocida fuera de Italia, pero merece ser contada para que podamos comenzar a delinear los límites de la tierra incógnita en la que nuestras democracias han comenzado a hundirse.

2. La Netflix de la política

LIVORNO ES UNA CIUDAD IMPORTANTE en la historia política italiana. Fue allí donde ocurrió, en 1921, la escisión que dio origen al Partido Comunista Italiano. También es el lugar donde, ochenta años después, los fundadores del Movimiento 5 Estrellas se reunieron por primera vez: "Lo encontré [...] en una noche de abril", escribe Beppe Grillo sobre Gianroberto Casaleggio, "durante mi espectáculo 'Black Out'. Vino a mi camerino y comenzó a hablarme sobre internet. Sobre cómo internet podía cambiar el mundo. Al no conocerlo, asentí y sonreí. Traté de no contradecirlo. No quería correr el riesgo de ser amenazado por una @ o un .com. Él estaba muy seguro de lo que decía. Imaginé que era un genio maligno o algún tipo de San Francisco de Asís que hablaba de internet en lugar de disertar sobre lobos y pájaros".

En esta escena inaugural, el encuentro entre la bestia, poderosa pero sin saber cómo canalizar su rabia, y el nerd frío, visionario pero un poco perdido en el mundo real, ya se encuentra toda la mitología de lo que estaba destinado a convertirse en el Movimiento 5 Estrellas. El espectáculo, el escarnio, la cultura de internet y la revolución.

*

Por un lado, Beppe Grillo, el irresistible comediante que salió de los locales de comedia underground de Génova para llegar a la cima de la popularidad televisiva, capaz de llenar teatros en todo el país con monólogos llenos de paradojas, provocaciones e insultos, utilizando su imponente físico y su voz feroz digna de las predicaciones del padre Savonarola (12).

Por otro lado, Gianroberto Casaleggio, preciso, silencioso, concentrado. Un gerente de 50 años, especialista en marketing digital, que se presenta como una especie de John Lennon posmoderno, con largos cabellos enmarcando una faz austera sostenida por un par de gafas redondas. La perfecta síntesis de la estética hippie y del enfoque geek (13) de donde nació la cibercultura californiana. Después de 30 años trabajando en Olivetti, durante mucho tiempo el emblema de la empresa informática en Italia, acaba de dejar el grupo para fundar su propia empresa, Casaleggio Associati.

Pero Casaleggio no es solo un empresario. Es un visionario, un autodidacta, que ha forjado para sí mismo una concepción de la realidad que une a San Francisco de Asís con Isaac Asimov y los pioneros de la ciencia ficción. No pretende, en absoluto, ser impulsado por ninguna pasión política. "La política no me interesa", asegura. "Lo que me interesa es la opinión pública".

En su posición de experto en marketing digital, Casaleggio entendió que internet revolucionaría la política, haciendo posible el surgimiento de un movimiento

completamente nuevo, guiado por las preferencias de los electores-consumidores. Pretende, entonces, lanzar un producto capaz de responder de manera eficaz a una demanda política que los partidos existentes no pueden satisfacer. Pero también sabe que la dimensión digital, por sí sola, es aún demasiado fría y distante para dar vida a un verdadero movimiento de masas en Italia. Es por eso que necesita a Beppe Grillo: para dotar de calidez y pasión a un movimiento que, de lo contrario, corre el riesgo de permanecer confinado a los geeks italianos.

La fuerza y la resistencia del futuro Movimiento 5 Estrellas vendrán de esta combinación sin precedentes: el populismo tradicional que se une al algoritmo y da a luz una temible máquina política.

Por ahora, después de obtener la aprobación del comediante, Casaleggio se conforma con lanzar un blog. Desde el principio, el éxito es fenomenal: "El 26 de enero de 2005, abrí un blog sin saber muy bien qué era", recuerda Grillo. "Solo ahora comienzo a entenderlo realmente: beppegrillo.it se convirtió, en pocas semanas, en el blog italiano más visitado". Detrás de la aparente desenvoltura del comediante ya se esconde un mecanismo perfectamente engrasado. Cada publicación nace de un ritual muy preciso. Durante la mañana, los colaboradores de Casaleggio Associati seleccionan los diez comentarios más interesantes publicados en el sitio y se los transmiten a Gianroberto. Él los lee, retrabaja los textos y escribe la publicación del día, que estará en línea a las 12 del mediodía. A los ojos del público, el único autor es Grillo. Casaleggio queda relegado al papel de mero proveedor de tecnología. Pero la realidad es muy diferente. Las campañas virales que marcarán el éxito del blog, llevándolo, en el transcurso de unos pocos años, a ser uno de los más seguidos del mundo, todas nacen en las oficinas milanesas de Casaleggio Associati. Es allí donde se identifican los temas que funcionan, basándose en los comentarios de los usuarios, en un proceso de interacción constante que ya es el embrión de los algoritmos más sofisticados que están por venir.

En este período, el blog se basa en temas populares que estimulan el resentimiento hacia el establishment político y financiero: la corrupción de los políticos, los abusos de las grandes empresas a expensas de los pequeños accionistas, la precarización del trabajo. Sobre todos estos temas, el blog no se limita a denunciar la situación. Por el contrario, propone remedios concretos, aunque simplistas, para los males que señala. Da la impresión de que la solución está cerca, si Italia no estuviera en manos de un grupo de delincuentes, tanto de derecha como de izquierda, que actúan únicamente en función de sus propios intereses en detrimento del pueblo.

En poco tiempo, comienza a desarrollarse una red sólida de partidarios que desean organizarse para ir más allá del blog. Casaleggio siguió con interés la

campana del candidato demócrata Howard Dean, el primer candidato "digital" en las primarias estadounidenses de 2004. Inspirado en Dean, decide fomentar que los seguidores de Grillo adopten la plataforma Meetup, un software que permite organizar fácilmente discusiones y encuentros, en línea o en el mundo real. Rápidamente, grupos de "Amigos de Beppe Grillo" florecen por toda Italia. En esta etapa inicial, los seguidores son completamente libres. Pueden organizarse como deseen, reunirse y tomar cualquier iniciativa que se les ocurra. El contraste entre la rapidez y la frescura de la máquina puesta en marcha por Casaleggio y la vieja política es implacable. "En 2007", escribe Marco Canestrari (un partidario de primera hora que luego quedará frustrado), "para hacer política en los partidos, uno necesitaba necesariamente someterse a reglas y rituales incomprensibles para una generación acostumbrada a la rapidez de los procesos en internet. En primer lugar, tenías que elegir de qué lado estabas, a la derecha o a la izquierda, casi independientemente del contenido. Luego, decidir a qué partido pertenecías, en todos los sentidos del término. Luego, durante años, luchar para ascender en la administración local y, en el mejor de los casos, buscar un 'santo' en el Parlamento. El mensaje del blog era, en cambio, muy diferente: para hacer política, no necesitas inscribirte en un partido y esperar años por el resultado. Puedes hacer política en cualquier momento de tu día, publicando comentarios en el blog o difundiendo publicaciones en la plataforma. Y, así, formar parte de las cosas desde el principio del proceso".

Sobre la superficie de esa promesa fácil, inmediata y contemporánea, y gracias a la virulencia de los contenidos de fuerte carga emotiva diseminados por la elocuencia de Grillo, la galaxia del blog se expande de manera vertiginosa. A principios de 2007, Casaleggio celebra el primer millón de comentarios, mientras que los Meetup ya se cuentan por cientos y rebosan de energía renovada e iniciativas. Mientras tanto, el viejo Prodi, al mando de una coalición tambaleante de centro-izquierda, recupera el cetro del gobierno de las manos del viejo Berlusconi, de la misma manera que diez años antes. Italia parece atrapada en la trampa de un interminable Truman Show, en el que los mismos actores, cada vez más exhaustos, vuelven al escenario para otra vuelta en el carrusel, en una danza tediosa e inmutable.

Dos periodistas del Corriere della Sera publican un libro, "La casta", que venderá más de un millón de ejemplares y se convertirá en el manifiesto de una revuelta del pueblo contra las élites. En sus páginas, se revelan, con profusión de detalles, todos los privilegios de la casta de políticos, desde el último concejal municipal hasta el presidente de la república, alimentando la indignación de los electores cuyos comentarios en el blog son cada vez más furiosos. Casaleggio siente que ha llegado el momento. Es hora de sacar de la dimensión virtual la furia acumulada por los discípulos de Grillo y darle una vía física: las calles.

El ocho de septiembre es una fecha simbólica en el imaginario italiano: marcó, en 1943, la proclamación del armisticio y la capitulación ante los Aliados. Así que, cuando, a finales de la primavera de 2007, Grillo/Casaleggio escriben un post inflamado llamando al "pueblo del blog" a unirse en una manifestación callejera el 8 de septiembre, es difícil ignorar las implicaciones de tal gesto. Para la ocasión, el comediante adopta un lenguaje particularmente lírico:

"Hay una atmósfera del 8 de septiembre", escribe. "La política siente que se acerca el tornado. Se prepara. Italia podría haber cambiado en 1992. No lo hizo. Los lobbies, los clanes y las mafias ganaron. La Segunda República murió en la cuna misma [...] El tornado gira, gira. Su olor es a madera podrida, a cuerda, a granizo y a lluvia densa. Italia es una olla a presión, si explota esta vez, se lleva a todos, quizás al propio Estado nacional [...] El verano será muy caluroso. Luego llegará septiembre y el Vaffanculo Day [el Día del Vete al Diablo], o V-Day. Un término medio entre el D-Day del desembarco en Normandía y la V de Venganza. Será el sábado 8 de septiembre, en las plazas de Italia, para recordar que, desde 1943, nada ha cambiado. Ayer era el rey huyendo y la nación derrotada; hoy son los políticos encerrados en los palacios. El V-Day será un día de información y participación popular. Para formar parte, conéctese al blog."

Con su título envolvente, la ira en estado puro, la convocatoria al Vaffanculo Day se viraliza en segundos y comienza a extenderse en las pantallas y monitores, mucho más allá de las fronteras de los simpatizantes de los Meetup.

Solo los medios tradicionales no se dan cuenta de nada. Una semana antes de la manifestación, Grillo intenta convocar una rueda de prensa para explicar la iniciativa, pero se ve obligado a cancelarla, ya que solo un periodista de un diario responde a la invitación. En los días previos al V-Day, la prensa no dedica ni una sola línea, y los canales de televisión no ceden ni un mísero minuto de sus antenas al acontecimiento.

Pero en este 8 de septiembre de 2007, la Plaza Maggiore de Bolonia está abarrotada de gente, como no se veía hace muchos años. En toda Italia, doscientas otras plazas son tomadas por partidarios del movimiento, que han venido a celebrar el Vaffanculo colosal dirigido por Grillo a la casta de políticos corruptos que oprime a los italianos. Se recogen más de trescientas mil firmas para la iniciativa "Parlamento limpio", que prevé, entre otras medidas, que cada diputado no pueda ejercer más de dos mandatos.

El impacto para el establishment político es inmenso. Es necesario decir que en 2007 Internet es aún una criatura más o menos desconocida para la mayoría de los responsables políticos, que dejan que sus asesores o secretarios se ocupen de sus buzones de correo electrónico.

A partir de ese momento, los medios comienzan a girar en torno a Grillo, en un gran frenesí. Quieren comprender el fenómeno. La clase política también se agita y vuelve los ojos con interés y miedo hacia esas plazas llenas de electores furiosos. En ese momento, ni el comediante ni Casaleggio imaginan que puedan asumir un papel político directo. Todavía piensan que es necesario invertir las fuerzas que han comenzado a movilizar en la arena tradicional del juego político.

Casaleggio, en este punto, ya ha cultivado una relación privilegiada con Antonio Di Pietro, el juez símbolo de la Operación Manos Limpias, que fundó su propio partido, aliado de la centro-izquierda de Romano Prodi. Desde entonces, ambos se sitúan más en las filas del partido democrático en gestación, una formación destinada a mezclar las principales corrientes de la centro-izquierda en un único recipiente político. De hecho, ni Grillo ni Casaleggio pueden considerarse de izquierda, pero la mayoría de sus discípulos, en esta primera fase, vienen de allí. Son, principalmente, jóvenes, sensibles a temas ambientales y laborales, alejados de la política tradicional e indignados con los despilfarros ligados a la corrupción.

Pero la izquierda no se muestra en absoluto receptiva a los avances de la dupla. Prodi les concede media hora de reunión ("Se quedó con los ojos cerrados, parecía dormir", diría Beppe Grillo poco después de la reunión), y cuando el comediante intenta postularse en las primarias del nuevo partido democrático, es descartado de inmediato. "Si quiere crear un partido, simplemente debe postularse y obtener votos", declara, inconscientemente, uno de los caciques del partido.

Es entonces cuando Grillo y Casaleggio deciden emprender vuelo en solitario. De hecho, el entusiasmo de sus seguidores se vuelve incontenible. Algunos se postulan como candidatos en las elecciones locales, integrando "listas Grillo" más o menos autónomas. El riesgo de que todo este fervor escape a su demiurgo es muy real. Casaleggio está obsesionado con el control. Durante muchos años estudió a los grandes conquistadores de la historia. Admira en particular a Gengis Khan, quien gobernaba un imperio construido sobre un sistema de comunicación extremadamente performático, capaz de enviar órdenes a todos los rincones de sus dominios. Le encanta la manera en que el emperador mongol seleccionaba a sus comandantes: una fidelidad a prueba de todo, que trascendía criterios como el nacimiento y la experiencia.

Por su parte, Casaleggio cultiva la misma voluntad inflexible de castigar toda forma de insubordinación. "¡Ante la menor duda, ninguna duda más!", repite como un mantra. Aquel que dé la impresión de no adherirse al 100% a la visión del jefe es sumariamente expulsado.

Con su hijo Davide, un apasionado especialista en internet y marketing viral, Casaleggio padre pone en marcha el modelo de organización del Movimiento 5

Estrellas. Una arquitectura aparentemente abierta, fundada en la participación de las bases, pero en realidad completamente bloqueada y controlada por la cúpula.

En un libro ampliamente inspirado por su padre, Davide Casaleggio compara las redes sociales con los hormigueros. "Las hormigas", escribe, "siguen una serie de reglas aplicadas a cada individuo, mediante las cuales se determina una estructura muy organizada, pero no centralizada. Cada hormiga reacciona al contexto, al espacio en el que se desplaza y a las otras hormigas."

Incluso autoorganizado, este sistema no excluye el papel de un demiurgo, que observa el hormiguero desde arriba y determina su evolución: "La información sobre las interacciones locales", continúa Casaleggio Jr., "permite comprender un sistema emergente y, si es posible, modificarlo. Por ejemplo, saber que las hormigas cambian de trabajo si encuentran cierto número de otras hormigas que realizan las mismas tareas nos permite comprender sus decisiones."

Pero para que esto sea posible, se deben respetar tres condiciones básicas: "Es necesario que los participantes sean numerosos, que se encuentren por casualidad y que no tengan conciencia de las características del sistema en su conjunto. Una hormiga no debe saber cómo funciona el hormiguero, de lo contrario, todas las hormigas desearían ocupar los mejores puestos y los menos agotadores, creando así un problema de coordinación."

Apoyándose en estas reflexiones, los Casaleggio sentaron las bases de su movimiento. Una organización compleja, con una fachada descentralizada, en la que ninguna hormiga debe conocer el proyecto general ni los roles desempeñados por las otras. Esta información está reservada para un demiurgo externo y omnisciente. Puede parecer una caricatura, pero son exactamente los principios sobre los que se basa el nuevo Movimiento 5 Estrellas, que Grillo presenta en un teatro, esta vez en Milán, el 4 de octubre de 2009.

Según el lenguaje siempre muy imaginativo del comediante, se trata de una "no-asociación", regida por un "no-estatuto" que declara, en su artículo primero: "El Movimiento 5 Estrellas representa una plataforma y un medio de confrontación y consulta que tiene sus orígenes y encuentra su epicentro en el blog www.beppegrillo.it. El contacto con el Movimiento 5 Estrellas está garantizado exclusivamente a través del correo electrónico, cuya dirección es movimento5stelle@beppegrillo.it."

En la práctica, el Movimiento no es ni un partido ni una asociación, sino un blog en sí mismo, propiedad de Grillo y Casaleggio, y una dirección de correo electrónico vinculada al mismo sitio web. Quien controla esta plataforma tiene el control absoluto de la vida del Movimiento 5 Estrellas. Además, en el artículo

3, el "no-estatuto" prevé que el nombre del Movimiento esté dotado de una marca "registrada a nombre de Beppe Grillo, único titular de sus derechos de uso".

Esta arquitectura privada ha sufrido varias modificaciones legales a lo largo de los años, pero ninguna variación sustancial hasta ahora. Hoy en día, el Movimiento 5 Estrellas representa el principal partido de Italia, y de sus filas han salido el presidente del Consejo y la mayoría de los ministros del gobierno actual. Sin embargo, sigue siendo una estructura fundamentalmente privada controlada por Davide Casaleggio, hijo y heredero de Gianroberto.

Es en torno a este punto que, desde el principio, reposa el gran malentendido del Movimiento. Para su base de militantes, internet es sinónimo de participación. Es el instrumento de una revolución democrática destinada a arrebatar el poder de las manos de una casta de profesionales de la política y entregárselo al hombre común. Pero para la élite del propio Movimiento, encarnada por la "diarquía" Casaleggio/Grillo, las cosas son diferentes: internet es, ante todo, un instrumento de control. Es el vector de una revolución desde arriba, que captura una cantidad enorme de datos para utilizarlos con fines comerciales y, sobre todo, políticos.

Volviendo al otoño de 2009, desde el principio, el modelo organizativo del Movimiento, que se opone radicalmente a la retórica de la participación desde la base, permite a sus propietarios guiar su criatura con mano de hierro. Los partidarios son hormigas, está prohibido formular críticas o tomar iniciativas. Cada uno está conectado al Centro a través del blog, pero se le impide establecer conexiones con otras hormigas. Quien se desvíe del camino trazado es eliminado. Esto ocurre con cientos de seguidores, a menudo los más entusiastas, expulsados por Casaleggio por insubordinación. El proceso es sumario y brutal. Para el Movimiento, que no es ni un partido ni una simple asociación, basta con un clic y los traidores son excluidos del blog. De la noche a la mañana, se encuentran privados del derecho de acceder a la plataforma en línea. A veces, reciben una carta del abogado de Grillo que les prohíbe usar el logotipo de 5 Estrellas, propiedad exclusiva de este último.

Si las hormigas rebeldes son eliminadas, por otro lado, las más disciplinadas tienen la oportunidad de ser ricamente recompensadas. Con la fundación del Movimiento, Grillo deja de ser el único portavoz del Vaffanculo. En las oficinas de Casaleggio Associati, se prueban otros rostros, principalmente jóvenes sin experiencia política o profesional, que "funcionan" en los monitores y pueden ser pasivamente controlados por el comando. Los mejores, aquellos que generan más revuelo en Facebook y otras redes sociales, son promovidos por el blog. En poco tiempo, alcanzan desde cientos de miles hasta más de un millón de seguidores en sus páginas y perfiles. Sus publicaciones y videos, obligatoriamente publicados en el blog y en otros sitios de Casaleggio, se suman a las publicaciones

de Grillo y comienzan a generar retornos publicitarios significativos para el partido-empresa.

"Estamos avanzando hacia la creación de avatares en la vida real", se entusiasma Gianroberto. Para él, el hecho de que la clase dirigente del Movimiento 5 Estrellas esté compuesta por personajes improbables, sin experiencia o competencia, representa una ventaja doble. En primer lugar, son avatares fácilmente controlados y, si es necesario, reemplazados. Además, su ignorancia, su gramática aproximada y sus frecuentes errores, deleite de los periodistas y adversarios políticos, los humanizan y hacen que los avatares de Casaleggio sean percibidos como cercanos al pueblo y distantes de la casta.

A partir de 2012, otros sitios se unen al blog beppegrillo.it. Entre ellos, La Cosa, una especie de web.tv, y Tze-Tze, un sitio de información compuesto exclusivamente por noticias seleccionadas del universo en línea según su popularidad. Durante esta fase, el Movimiento experimenta un salto cualitativo en la producción de la realidad paralela teorizada desde hace mucho tiempo por Casaleggio. Para los discípulos de Grillo, ya no es necesario salir de la burbuja para recurrir a los medios de comunicación tradicionales. Casaleggio Associati produce la información y la distribuye en sus propios canales. Ya están recortadas a medida para viralizarse en Facebook y otras redes sociales. Los títulos son seductores, a menudo engañosos, a veces violentos. Comienzan casi siempre con las mismas palabras y expresiones: "*Vergonzoso*", "*Noticia terrible*", "*¡Esto es Italia!*", "*¡Quedarán impactados!*", "*¡Basta!*". Al principio, se anticipa la emoción, generalmente negativa, que se quiere suscitar. Luego, una vez divulgada la información, a veces verdadera pero muy a menudo falsa, se invita a participar: "*¡Comparte!*", "*¡Haz circular!*", "*¡Máxima difusión!*" El único criterio de selección, por supuesto, son los clics.

Las noticias que generan las reacciones más intensas son valoradas, republicadas, profundizadas. Se convierten en objeto de discursos e iniciativas políticas, caballos de batalla del Movimiento. Otras, aburridas, incluso cuando son más importantes y precisas, terminan el día en un segundo plano, dando paso a denuncias de conspiración y corrupción, reales o imaginarias.

Tres años después de su nacimiento, el organismo tecnopolítico de Casaleggio ya es una criatura adulta, perfectamente desarrollada y capaz de sacar el máximo provecho de la implacable delincuencia del sistema político italiano. En Roma, Berlusconi, arrastrado por los escándalos sexuales y la tormenta financiera de 2011, se ve obligado a renunciar. En su lugar, ya está un profesor frío y calculador, que aplica, en tono académico, un programa de austeridad respaldado por casi todos los partidos del parlamento. Mario Conti, rebautizado "Rigor Mortis" por Grillo, es un blanco perfecto para el Movimiento 5 Estrellas.

A diario, el blog y otros sitios de la galaxia Casaleggio martillan el mismo estribillo. *"¡Todos son iguales! ¡Nos han arruinado! ¡Vamos a enviarlos de vuelta a casa!"* En plena recesión, con una tasa de desempleo del 13% y una presión fiscal récord, los italianos están cada vez más receptivos a las consignas simples y vulgares del Movimiento. En el espacio de unos pocos meses, el Movimiento 5 Estrellas se convierte en el único partido verdaderamente nacional del país, popular en el norte y en el sur, entre los jóvenes y los viejos, y capaz de captar votos tanto a la izquierda como a la derecha.

Así llegamos a las elecciones de febrero de 2013, cuando el Movimiento, con poco menos de 9 millones de votos y el 25% del sufragio, se convierte en el partido más votado de Italia. Es el extraño triunfo de la dupla Grillo/Casaleggio, pero también el comienzo de su declive.

Después de las elecciones, los fundadores logran seguir imponiendo su línea: nunca comprometer su pureza, nunca formar alianzas para llegar al gobierno. El Movimiento 5 Estrellas rechaza las invitaciones del Partido Democrático para integrar la mayoría gubernamental y permanece, orgullosamente, en la oposición. Aunque el Movimiento haya entrado en la corriente sanguínea de las instituciones, su actitud no cambia. Su objetivo sigue siendo socavar desde adentro las bases de la democracia representativa en nombre de una democracia directa "made in Casaleggio".

En su óptica, los 163 parlamentarios elegidos por el Movimiento son, y deben seguir siendo, hormigas: "Están allí en nombre del Movimiento", declara, "no deben hacer política, son solo el instrumento de un programa y deben respetar las reglas a las que aceptaron adherir. Es simple". Las humillaciones y controles infligidos a los elegidos, desde el primer día, son incontables. Se les pide, por ejemplo, que comuniquen a Casaleggio Associati las contraseñas para acceder a sus buzones de correo electrónico y sus perfiles personales en Facebook y otras redes sociales, para darle a la empresa un control absoluto sobre su existencia digital, la única que cuenta realmente a los ojos del Demiurgo.

Durante este período, Beppe Grillo vocifera contra el parlamento y las instituciones democráticas. Desde "huevo de larva vacío" hasta "lata de atún" cerrada, la creatividad verbal de Beppe alcanza, desde siempre, picos de extravagancia cuando se trata de definir el legislativo. En el otoño de 2010, el Movimiento organiza su primer "Día del mejillón", cuando los seguidores de Beppe se congregaron en Roma frente a la Cámara de Diputados. "No solo los condenados en última instancia deben irse", proclamó Grillo en su blog, "sino también todos los que se han atrincherado dentro del palacio. Atrapados, como mejillones, en sus privilegios. No merecen ni siquiera que les arrojemos unas monedas pequeñas, porque sería honrarlos demasiado. Merecen solo unas

conchas descarnadas, despojadas de su molusco, cada una rebautizada con el nombre de un parlamentario [...]. Pueden dejarse en la calle donde vive el diputado o colocarse en las escaleras del parlamento, como una invitación para que se vayan".

La elección de 163 representantes del Movimiento no convence a Grillo para adoptar un tono más moderado. Muy al contrario, describe el evento como una "marcha sobre Roma", aludiendo a la toma de poder de Mussolini en 1922. Luego, en una publicación en el blog, escribe: "El parlamento podría cerrar mañana, nadie lo notaría. Es un simulacro, un monumento a los muertos, la tumba maloliente de la Segunda República".

Pero la violencia de las declaraciones del Movimiento 5 Estrellas contra las instituciones democráticas es solo un reflejo de la violencia verbal que la ametralladora giratoria de Casaleggio continúa insuflando en el debate político. En Italia, cualquier periodista o comentarista comprendió rápidamente que el simple hecho de escribir un texto sobre el M5S (Movimiento 5 Estrellas, en italiano) lo exponía no solo a una ola de críticas, como sería normal, sino a una tormenta de insultos. A partir de finales de 2013, el blog introduce una sección dedicada al "periodista del día": generalmente, un reportero que criticó al movimiento. La víctima es presentada a las masas de seguidores de Beppe como un ejemplo de mala fe y corrupción de los medios italianos y se convierte puntualmente en objeto de injurias y amenazas en las pantallas de las redes sociales.

No es casualidad que, en su informe anual, Reporteros Sin Fronteras denuncie, a partir de 2015, al Movimiento 5 Estrellas como uno de los factores que más limitan la libertad de prensa en Italia. Dos años más tarde, la Asociación Internacional de Periodistas publicará: "El nivel de violencia contra los periodistas (intimidaciones verbales y físicas, provocaciones y amenazas) es alarmante, especialmente cuando políticos como Beppe Grillo no dudan en hacer públicos los nombres de los periodistas a los que no les gusta".

Si bien no todos los adeptos del Movimiento practican el acoso digital (14), la tasa de agresividad es mucho más alta que en todas las demás formaciones políticas. Sin embargo, detrás de la fachada, la verdadera lucha de cuchillos está relacionada con los datos recopilados por Casaleggio Associati durante más de diez años de actividad del blog, y los provenientes de otros sitios, en las redes sociales de los avatares del Movimiento.

En un libro de reportajes, Nicola Biondo, ex responsable de comunicaciones del grupo M5S en la Cámara de Diputados, y Marco Canestrari, mano derecha de Gianroberto Casaleggio entre 2007 y 2010, revelaron, por primera vez, el otro lado del escenario. Según esta reconstrucción, es principalmente la guerra por el

control de los datos lo que da vida interna al Movimiento y determina las relaciones entre la familia Casaleggio, Beppe Grillo y los nuevos avatares del M5S que aparecen de vez en cuando en el escenario. En comparación con los conflictos de poder que marcan todas las formaciones políticas, esta lucha tiene como singularidad el hecho de ocurrir enteramente a la sombra e involucrar una ambición orwelliana (15): el control de los cerebros de los adeptos, de la cual muy pocos son conscientes.

Por un lado, los datos tienen un valor comercial. "Casaleggio Associati", escriben Biondo y Canestrari, "no es una organización caritativa, sino una sociedad limitada. Tiene un interés evidente en controlar estos datos: conocer el 'perfil' de las personas vinculadas al Movimiento - quiénes son, dónde viven, cómo votan, cuánto pagan - tiene un valor [...] incalculable".

Por otro lado, considerando el consenso electoral del Movimiento, los datos se han convertido en el desafío principal de un juego político gigantesco. Conocer la opinión de los inscritos sobre un territorio y un tema definido, o la visión de los propios parlamentarios, es una ventaja competitiva importante, dentro o fuera del M5S, para aquellos que tienen la ambición de liderar el partido. Así, si Di Maio, o cualquier otro, desea tomar las riendas del Movimiento, deberá tener acceso a los datos. Saber quién, dentro del grupo parlamentario, votó a favor o en contra de la dirección, la abolición del delito de clandestinidad o las uniones civiles, por ejemplo, marca la diferencia.

Gracias al control absoluto que ejerce sobre los datos, Casaleggio-padre también controla a su criatura, incluso cuando se transforma en el primer partido italiano. Y puede continuar desarrollando sus experimentos políticos.

*

En la primavera de 2016, el Movimiento 5 Estrellas tiene finalmente la oportunidad de realizar completamente su proyecto de privatización digital de lo público. El alcalde de Roma, proveniente del Partido Democrático, se vio obligado a renunciar debido a una serie de escándalos, y el Movimiento está en primera posición para garantizar la sucesión. Virginia Raggi, una abogada totalmente desconocida y sin experiencia administrativa previa, es elegida por Casaleggio como candidata para las elecciones municipales del mes de junio.

Sin embargo, una vez más, en las intenciones del Demiurgo, se trata de un simple avatar: no es ella quien administrará la Ciudad Eterna. Antes de ser candidata, la futura alcaldesa firma, en total secreto, un contrato en el cual se prevé que "las propuestas de acciones de alta administración y las cuestiones jurídicamente complejas serán sometidas previamente a un juicio técnico-legal, dejado a los buenos cuidados del personal coordinado por los guardianes del Movimiento 5

Estrellas". La cláusula 4 del contrato determina que "el instrumento oficial para la divulgación de información y la participación de los ciudadanos" no será el sitio web de la alcaldía de Roma en internet, sino el blog www.beppegrillo.it. El inciso b de la misma cláusula establece que el equipo de comunicación será nombrado por Grillo y Casaleggio. Si la alcaldesa viola alguna de estas disposiciones, el contrato firmado por ella prevé una multa de 150,000 euros. Según la ley italiana, un contrato de este tipo es, evidentemente, ilegal y sería declarado nulo si la alcaldesa decidiera impugnarlo en los tribunales. Pero el mero hecho de que exista un documento así y haya sido aceptado, sin ninguna vacilación, por la futura "primera ciudadana" de Roma, muestra una vez más, de manera cristalina, la naturaleza orwelliana de la experiencia de Casaleggio.

Desafortunadamente para él, el Demiurgo no tendrá tiempo de ver triunfar la "prueba de Roma" ni la victoria de las elecciones nacionales dos años más tarde. Gravemente enfermo, Casaleggio muere en abril de 2016, en una clínica milanesa donde ingresó bajo el seudónimo de Gianni Isolato, "Juan, el Aislado", confirmando, una vez más, que en política no hay un final feliz.

Sin embargo, pocos días antes de morir, Casaleggio organiza, desde su lecho de muerte, su sucesión. Deja como herencia a su hijo Davide el principal partido político italiano. En ese momento nace la Asociación Rousseau, compuesta por solo dos personas, el padre moribundo y el hijo al que le pasa la corona, en forma de presidencia vitalicia de la entidad.

La recién creada asociación tiene como objetivo "promover el desarrollo de la democracia digital y ayudar al Movimiento 5 Estrellas". De hecho, según el primer artículo de los nuevos estatutos del Movimiento, Rousseau es responsable, para siempre, del conjunto de herramientas informáticas del Movimiento. A diferencia de los partidos piratas del norte de Europa y otras fuerzas políticas que luchan por la democracia electrónica y se basan de manera coherente en plataformas de código abierto completamente transparentes, el Movimiento 5 Estrellas hace sus elecciones en la más absoluta oscuridad. El sitio sobre el que se basa toda la vida del partido pertenece a una asociación protegida y administrada por una empresa privada, que tiene el mismo presidente que el partido. Ni los códigos ni ningún elemento que sirva al funcionamiento de la plataforma son públicos. Rousseau es una caja negra de la cual solo salen, dependiendo de la buena voluntad de Casaleggio hijo y sin ningún control, los resultados de las consultas: nombres de ganadores de las primarias para todos los cargos públicos, decisiones sobre temas del programa, votaciones para expulsiones y purgas de disidentes.

En tales condiciones, no es de extrañar que la participación en las votaciones en línea haya caído continuamente en los últimos años. Hoy en día, las principales

cuestiones sometidas a los miembros son decididas por un puñado de clics. El Demiurgo ha muerto, y el bufón Grillo, después de cumplir su deber como avatar número uno de los Casaleggio, ha sido relegado a un papel irrelevante, marginal. El poder, hoy, está completamente concentrado en manos de Davide, quien lo ejerce con mucha discreción, pero sin ningún pudor.

Si el padre era principalmente un autodidacta talentoso, el hijo está graduado en economía empresarial en una de las mejores universidades privadas de Italia, la Bocconi de Milán. Tímido, metódico, excelente jugador de ajedrez y apasionado del buceo, Davide no heredó el carácter idealista de su padre. Según quienes lo conocen, lo que le interesa, sobre todo, son los negocios. Para él, el Movimiento es una especie de mega departamento para relaciones institucionales, capaz de abrir todas las puertas en Italia y, a partir de ahora, en el extranjero. El hecho de que, después de las elecciones del 4 de marzo de 2018, el M5S se identifique con las instituciones no cambia fundamentalmente la naturaleza de su enfoque. Desde el backstage, Casaleggio controla a sus hombres de confianza en el comando, y no hay ninguna decisión estratégica relacionada con el Movimiento, y su gobierno, que no pase por su oficina.

En el escenario de la ópera, se agrupan los improbables avatares del partido-empresa: el presidente del Consejo de Ministros, Mister Conte, el líder provisional del Movimiento, Luigi Di Maio, el presidente de la Cámara, Roberto Fico, y el francotirador Alessandro Di Battista. Cada uno de ellos puede ser fácilmente reemplazado según la necesidad, las exigencias políticas o los intereses de la empresa. Para evitar cualquier malentendido, además, el estatuto del Movimiento prevé que ninguno de los elegidos pueda ejercer más de dos mandatos.

Ante esta situación sin precedentes para una democracia occidental, finalmente podemos comprender la medida exacta del poder de la intuición inicial de Gianroberto Casaleggio, cuando décadas atrás decidió crear un movimiento basado en la unión solidaria de dos componentes - uno analógico y otro digital - que hasta entonces no habían encontrado una síntesis política tan poderosa.

Este dispositivo tiene dos características explosivas en comparación con el sistema político preexistente. En primer lugar, el Movimiento 5 Estrellas tiene una vocación explícitamente totalitaria, en el sentido de que busca representar no una parte, sino la totalidad del "pueblo". Casaleggio-padre no concibió su movimiento como un partido destinado a integrarse en el juego -considerado obsoleto en su perspectiva- de la democracia representativa, sino como un vehículo destinado a llevar a Italia a un nuevo régimen político: la democracia directa, en la que los representantes de los ciudadanos desaparecen porque son los propios ciudadanos los que toman todas las decisiones. Esto se logra a través

de un proceso de consulta en línea permanente, extensible a todos los ámbitos de la vida social.

En segundo lugar, en línea con su aspiración totalitaria, el M5S no funciona como un movimiento tradicional, sino como el PageRank de Google. No tiene visión, programa o cualquier contenido o agenda positivos. Es un simple algoritmo construido para interceptar el consenso gracias a temas y tópicos "que funcionan". Si la inmigración es un tema fuerte, el Movimiento invierte en ello, adoptando la posición más popular, es decir, hoy en día, una postura similar a la de la Liga Norte. Lo mismo ocurre con el euro, los bancos, etc. Si la opinión pública evolucionara en sentido contrario respecto a cualquiera de estos temas, el M5S cambiaría de posición sin el menor escrúpulo. El partido-algoritmo creado por Casaleggio-padre tiene como único objetivo satisfacer de manera rápida y eficaz la demanda de los consumidores políticos. Y esta mentalidad comercial sigue siendo la piedra angular del partido-empresa.

En una entrevista con el Corriere della Sera, Davide Casaleggio habla del movimiento como si fuera una cadena de tiendas: "Nosotros garantizamos un mejor servicio y somos más eficaces en llevar las aspiraciones de los ciudadanos a las instituciones [...] la vieja partidocracia es como un [videoclub] Blockbuster, mientras que nosotros somos como Netflix".

3. Waldo conquista el planeta

EL 25 DE FEBRERO DE 2013 queda marcado por una increíble coincidencia. En el mismo día en que el Movimiento 5 Estrellas se presenta por primera vez a las elecciones y se convierte en el partido italiano más votado, obteniendo el 25% del sufragio, el canal de televisión inglés Channel Four emite una ficción que explica este fenómeno de manera más clara que cualquier ensayo de sociología política. Al comienzo del episodio de la serie Black Mirror que se emitió esa noche, Waldo, un pequeño oso digital azulado, en el papel de presentador de un talk-show terriblemente basura, se burla del invitado del día con chistes de mal gusto. Detrás del simulacro se esconde Jamie, un hombre frustrado de 30 años, que presta a Waldo sus gestos y sus (raras) ideas, siempre maltratando a los invitados, como Liam Monroe, un arrogante exministro de Cultura surgido de las filas del Partido Conservador.

En un momento dado, el productor del programa nota que el osito está ganando popularidad: "La gente quiere ver más a Waldo en la pantalla", dice. La oportunidad se presenta cuando un diputado conservador se ve obligado a renunciar debido a un escándalo de pedofilia y Liam Monroe es elegido para competir en su lugar. ¿Por qué no seguirlo a donde quiera que vaya y ridiculizar su campaña?, imaginan entonces los productores. ¡Mejor aún: qué tal si lo enfrentamos cara a cara con Waldo? Al inicio de la campaña, Monroe intenta ignorar a Waldo, quien sigue cada paso y gesto suyo, dejando un rastro de insultos y chistes vulgares. El problema es que el público adora al oso burlón. Hace reír y no tiene pelos en la lengua, a diferencia de los políticos, que se expresan en códigos y jergas. Sostenido por el pueblo, Waldo acaba siendo incluido entre los políticos al ser admitido en un debate público. El actor que presta su voz al inclemente oso, Jamie, no está en el ánimo: "No tengo la menor idea de cómo responder a una pregunta seria", se queja. "Pero nadie te está pidiendo eso", dicen los productores. "Eres el alivio cómico".

Durante el debate, Monroe intenta desacreditar y liquidar de una vez por todas la pantomima del osito de peluche: "Tu presencia en el escenario desvaloriza nuestra democracia", exclama. "Solo eres un personaje de dibujos animados, que no propone nada más que algunos chistes, y cuando se agotan, recurre a la agresión. Detrás de él hay un actor fracasado que, a los 33 años, nunca ha hecho nada en su vida. ¡Habla, si tienes algo que proponer, o retírate y deja tu lugar a los verdaderos candidatos!".

Por un instante, Waldo vacila. Pero se recupera rápidamente. "Vete al infierno, Monroe. Eres menos humano que yo, aunque yo sea solo un oso de mentira con una p***a azul turquesa. Ustedes, los políticos, son todos iguales, y es culpa de ustedes mismos si la democracia se ha convertido en una burla y nadie sabe para

qué sirve". En pocos minutos, la salida de Waldo se vuelve viral y registra millones de visualizaciones en YouTube, además de likes, retweets y compartidos.

Los comentarios se multiplican: "¡Todo el mundo está harto de tanto inmovilismo, este oso es el portavoz de los desalentados!". Waldo comienza a participar en programas más serios, y cuando los presentadores fingen indignarse por su falta de educación y su ignorancia, él replica: "¡Cállate, hipócrita! ¡Gracias a mí tendrás el mayor número de compartidos de tu vida!".

Mirando los votos, los productores crean una aplicación que geolocaliza a los potenciales votantes de Waldo, y los obsequian con un gadget y un chiste. Un consultor de marketing estadounidense contacta a los productores: "En este momento, Waldo es antipolítico, ¡pero en el futuro podría transmitir cualquier contenido político! ¡Y esto podría funcionar a nivel mundial!". "¡Como las patatas Pringles!", responde Jamie, sarcásticamente. "¡Exactamente como las patatas Pringles!", replica el estadounidense, sin ironía.

Entonces, el productor recibe los encargos de Waldo en lugar del escrupuloso Jamie y comienza a incitar a sus seguidores a llevar a cabo acciones cada vez más violentas. El día de las elecciones, Waldo pierde por un puñado de votos, pero poco importa. El fenómeno es incontrolable. En el momento de la proclamación de los resultados, Waldo ordena a sus fans que se quiten los zapatos y los arrojen a Monroe, quien, sumergido en una lluvia de calzado, se encuentra pronto como protagonista de un nuevo video viral. "Si esta cosa se convierte en la principal oposición", predice sombríamente mientras cruza la ciudad en su coche, "entonces es todo el sistema el que se revela absurdo. Y es probable que lo sea, aunque sea el mismo sistema que construyó estas calles".

La escena final tiene lugar unos años después, de noche, en una megalópolis no identificada, al estilo Blade Runner. Una patrulla de milicianos uniformados persigue a golpes de porra a un grupo de mendigos que duermen bajo un puente. Entre ellos se encuentra Jamie, quien se encuentra frente a un gigantesco panel electrónico. En la pantalla desfilan imágenes que llegan desde los cuatro rincones del planeta: estudiantes asiáticos usando uniformes azul turquesa de Waldo, aviones militares con la efigie de Waldo. En superposición, destacan, traducidos en todos los idiomas, los lemas vacíos del nuevo poder: Change, Hope, Believe, Future (16). El antissistema se ha convertido en el sistema y, detrás de la máscara del Carnaval, ha establecido un régimen de hierro.

En febrero de 2013, cuando la historia de Waldo se transmitió por primera vez en televisión, los espectadores no italianos pudieron pensar, sin temor, que se trataba de una sátira improbable. En ese momento, Donald Trump aún era una figura exuberante en un reality show de la NBC, y en Gran Bretaña, al igual que

en Francia y en el resto de Europa, los políticos tradicionales, provenientes de partidos tradicionales, ejercían el poder de manera convencional, sin que nada indicara el fenómeno que estaba por desatarse sobre ellos. Pero, pasados unos años desde la emisión, queda claro que Waldo está en camino de tomar el poder simultáneamente en todas las plazas. Por lo tanto, vale la pena estudiar las características de esta extraña bestia que se nutre del odio, la paranoia y la frustración de los demás.

En un libro publicado en 2006, Peter Sloterdijk reconstruyó la historia política de la cólera. Según él, un sentimiento irresistible atraviesa todas las sociedades, alimentado por aquellos que, con razón o sin ella, creen haber sido perjudicados, excluidos, discriminados o insuficientemente escuchados. Históricamente, la Iglesia fue la primera en abrir las compuertas para que esta inmensa rabia acumulada se expandiera. Luego, los partidos de izquierda tomaron la delantera a partir del final del siglo XIX. Estos últimos garantizaron, según Sloterdijk, la función de "bancos de cólera", acumulando las energías que, en lugar de gastarse en un instante, podrían invertirse en la construcción de un proyecto más amplio. Un ejercicio difícil, ya que se trataba, por un lado, de avivar constantemente la furia y el resentimiento, y al mismo tiempo, controlar esos sentimientos para que no se desperdiciaran en episodios individuales, sino que sirvieran para la realización del plan mayor. Según este esquema, el perdedor se convierte en militante, y su rabia encuentra un camino político para expresarse.

Hoy en día, dice Sloterdijk, nadie gestiona la cólera que los hombres acumulan. Ni la religión católica, que tuvo que abandonar los tonos apocalípticos, el juicio universal y la venganza de los humillados en el "otro mundo" para adaptarse a la modernidad, ni la izquierda, que en general se reconcilió con los principios de la democracia liberal y las reglas del mercado. Por lo tanto, desde el inicio del siglo XXI, la cólera comenzó a expresarse de manera cada vez más desorganizada, desde los movimientos antiglobalización hasta las revueltas de los suburbios.

Diez años después de la publicación del ensayo de Sloterdijk, está comprobado que las fuerzas de la ira se han reorganizado y se expresan en el centro de la galaxia de los nuevos populismos que, desde Europa del Este hasta los Estados Unidos, pasando por Italia, Austria y los países escandinavos, dominan cada día un poco más la escena política de sus respectivos países. Más allá de todas las diferencias entre ellos, estos movimientos tienen como punto común el hecho de poner en primer lugar de su agenda política el castigo a las élites tradicionales, de derecha e izquierda. Estas últimas son acusadas de haber traicionado el mandato popular, al cultivar los intereses de una minoría restringida en lugar de servir a los anhelos de la "mayoría silenciosa". Mucho más que medidas

específicas, los líderes populistas ofrecen a los electores una oportunidad única: votar por ellos significa ser parte de la oposición contra los gobernantes.

Así, uno de los prospectos distribuidos a favor del Brexit mostraba los rostros satisfechos del primer ministro, David Cameron, y del canciller del Tesoro, George Osborne, acompañados del eslogan: "Acaben con su voluntad de sonreír, voten 'Leave' (el 'sí' para salir del bloque europeo)". Las multitudes que recibían a Trump en sus mítines electorales entonaban en coro, a su vez, "Lock her up! Lock her up!" – "Enciérrenla, enciérrenla", refiriéndose a su rival, Hillary Clinton.

Desde la antigua Grecia, el castigo de los poderosos siempre fue el primer punto del programa de los demagogos. Y aunque el resto de los proyectos de los populistas sean nebulosos e irrealistas, hay que admitir que, en este aspecto punitivo, cumplen su palabra. Un voto adicional a su favor, o incluso una simple preferencia expresada en una encuesta electoral, puede sembrar el pánico entre las élites políticas tradicionales. Por lo tanto, aquellos que declaran que la llama populista durará poco –porque una vez en el poder, las fuerzas que la encarnan no podrán mantener sus promesas– están nadando en plena ilusión. La promesa central de la revolución de los populistas es la humillación de los poderosos, y esta se realiza desde el momento en que ellos ascienden al poder.

Detrás de la ira pública, hay causas reales. Los electores castigan a las fuerzas políticas tradicionales y vuelven sus banderas hacia líderes y movimientos cada vez más extremistas. Se sienten amenazados por la perspectiva de una sociedad multiétnica. Y, en conjunto, castigados por los procesos de innovación y globalización que las élites les han impuesto a la fuerza, en dosis masivas, durante el último cuarto de siglo.

No estaríamos hablando, evidentemente, de Waldo, de Trump y de Salvini, del Brexit y de Marine Le Pen, si no hubiera una realidad material sobre la cual los nuevos populistas hayan cimentado sus reclamos. Pero si miramos los datos más de cerca, estos elementos, aunque pertinentes, no son suficientes para explicar la amplitud de los cambios en curso. Como lo prueba, de hecho, el simple hecho de que, casi en todas partes, no son necesariamente las categorías más pobres, ni las más expuestas a la inmigración y al cambio, las que se entregan al abrazo de Waldo. Los electores de Trump tenían, en 2016, un nivel de ingresos más alto que los que votaban por Hillary Clinton, mientras que en Europa, los partidos xenófobos registran sus mejores resultados en las regiones que albergan menos inmigrantes.

Si la desconfianza contemporánea se basa en razones objetivas cuya importancia nadie pretende negar, también se alimenta de un ingrediente adicional, el

verdadero tabú que nadie se atreve a evocar: no solo las élites han cambiado, sino también el "pueblo".

Como dice el escritor estadounidense Jonathan Franzen, puede ser que "todos, cada uno por sí mismo, de repente, se hayan vuelto desconfiados de las élites". Más probable, sin embargo, es que internet y el advenimiento de los teléfonos inteligentes y las redes sociales tengan una buena parte de participación en el proceso. Un elemento fundamental de la ideología del Valle del Silicio es la sabiduría de las multitudes: no confíen en los expertos, las personas comunes saben más. El hecho de andar con la verdad en el bolsillo, en forma de un pequeño dispositivo brillante y colorido en el que basta con tocar con el dedo para tener todas las respuestas del mundo, inevitablemente influye en cada uno de nosotros.

Nos hemos acostumbrado a que nuestras demandas y deseos sean satisfechos de inmediato. Cualquiera que sea la solicitud, "There's an app for that" - "Hay una aplicación para eso", prometía el eslogan de Apple. Una forma de impaciencia legítima se ha apoderado de todos nosotros: ya no estamos dispuestos a esperar. Google, Amazon y los servicios de entrega de alimentos nos han acostumbrado a ver cómo se satisfacen nuestros deseos antes de que se formulen por completo. ¿Por qué la política debería ser diferente? ¿Cómo es posible seguir tolerando los rituales largos e ineficaces de una maquinaria gobernada por dinosaurios impermeables a cualquier solicitud?

Pero detrás del rechazo a las élites y de la nueva impaciencia de los pueblos hay una transformación en la manera en que las relaciones entre individuos están cambiando. Somos criaturas sociales, y nuestro bienestar depende en gran medida de la aprobación de aquellos que nos rodean. A diferencia de otros animales, el ser humano nace sin defensas ni habilidades y continúa así durante muchos años. Desde el principio, su supervivencia depende de las relaciones que puede establecer con los demás. El poder diabólico de atracción de las redes sociales se basa en este elemento primordial. Cada "me gusta" es una caricia maternal para nuestro ego. La arquitectura de Facebook se sustenta completamente en nuestra necesidad de reconocimiento, como admite tranquilamente su primer financiador, Sean Parker:

"Te proporcionamos una pequeña dosis de dopamina cada vez que alguien te da un 'me gusta', comenta una foto o un post, o cualquier otra cosa tuya. Es un ciclo de validación social, exactamente el tipo de cosa que un hacker como yo podría explotar, porque aprovecha un punto débil de la psicología humana. Los inventores, los creadores, yo, Mark [Zuckerberg], Kevin Systrom, de Instagram, éramos perfectamente conscientes de esto. Y, aún así, hicimos lo que hicimos. Y esto literalmente cambia las relaciones que las personas tienen entre sí y con la

sociedad en su conjunto. Interfiere probablemente en la productividad, de cierta manera. Solo Dios sabe qué efecto produce esto en los cerebros de nuestros hijos".

Mucho antes de Bannon y Casaleggio, están los trabajos de los aprendices de hechiceros del Valle del Silicio. El potente maquinario de las redes sociales, suspendido sobre los resortes más primarios de la psicología humana, no fue diseñado para reconfortarnos, sino más bien para mantenernos en un estado de incertidumbre y necesidad permanente. El cliente ideal de Sean Parker, Zuckerberg y todos los demás es un ser compulsivo, empujado por una fuerza irresistible a regresar a la plataforma decenas, cientos, miles de veces al día, adicto a estas pequeñas dosis de dopamina de las que se ha vuelto dependiente. Un estudio estadounidense demostró que, en promedio, cada uno de nosotros toca la pantalla de nuestro teléfono inteligente 2,617 veces al día. Sin duda, no es el comportamiento de una persona cuerda. Está más cerca del comportamiento de un adicto en fase terminal, que se "aplica", a lo largo del día, dosis sucesivas de refrescos y "me gusta".

Para entender la ira contemporánea, por lo tanto, es necesario salir de la perspectiva puramente política y entrar en una lógica diferente. La ira, dicen los psicólogos, es el "afecto narcisista por excelencia", que surge de una sensación de soledad e impotencia y caracteriza la figura del adolescente: un individuo ansioso, siempre en busca de la aprobación de sus pares y permanentemente aterrorizado por la idea de estar inadecuado.

El problema es que hoy, en las redes sociales, todos somos adolescentes encerrados en nuestras pequeñas habitaciones, donde aumenta la frustración debido al creciente abismo entre la mediocridad de nuestra vida y todas las vidas posibles que se nos ofrecen virtualmente en nuestros monitores y pantallas de celular. Y, exactamente como un adolescente, explican los psicólogos, tenemos fuertes probabilidades de terminar en dos tipos de sitios web que alimentan aún más nuestra frustración: los sitios pornográficos y los sitios conspirativos, que ejercen un poder de fascinación intenso porque ofrecen, al fin, una explicación plausible para las dificultades en las que nos encontramos. ¡Es culpa de los demás!, nos dicen, porque los demás no hacen nada más que manipularnos para lograr sus objetivos demoníacos. Nosotros te mostraremos la verdad, continúan, y así podrás unirte a otros que, como tú, finalmente han abierto los ojos.

El conspiracionista siempre propone un mensaje halagador. Él comprende al enfurecido, conoce su ira y la justifica: está bien, no es tu culpa, es de los demás, pero aún así puedes corregirte y convertirte en un soldado en la batalla por la verdadera justicia. Se comienza desde las cosas más insignificantes para llegar a las más grandes. Simone Lenzi relató, en un bello libro, la epidemia de resentimiento e ira que se apoderó de los italianos, a partir de un episodio

aparentemente banal. "Recuerdo que un día comenzó, en el blog, una discusión sobre el acto de devolver el cambio. Especialmente sobre aquellos que se equivocan al devolver el cambio. Todos contaban sus propias experiencias: en la tienda de tabaco, con el vendedor de periódicos, el farmacéutico o el camarero a la hora de pagar la cuenta. Todos los participantes en la discusión habían sido víctimas de un cambio incorrecto. Pero, por supuesto, en el sentido contrario, nunca nadie recibió demasiado cambio. Intentaron quedarse con dos euros de uno, diez euros de otro. Dependientes, farmacéuticos, camareros, taxistas: todos fingen equivocarse para robar a los demás. Pero finalmente llegó el momento de decir basta. Ya no aceptarían ser engañados más. Ya no estaban solos, ya no eran átomos sueltos en el universo: ahora formaban parte de una legión". - "¿Cómo te llamas?", preguntó Jesús. - "Me llamo Legión, porque somos muchos".

Es importante reconocer que detrás de esta dinámica de búsqueda de validación en las redes sociales y de la propagación de la ira y el resentimiento, hay un cambio significativo en la forma en que nos relacionamos entre nosotros como individuos. Las redes sociales, con su poderoso atractivo, han capitalizado nuestra necesidad innata de reconocimiento y validación social. Cada interacción en estas plataformas, ya sea un "me gusta" o un comentario, nos proporciona una dosis de dopamina que refuerza nuestra autoestima.

Sin embargo, estas interacciones no son solo benignas; también pueden ser adictivas. Los algoritmos detrás de las redes sociales están diseñados para mantenernos enganchados, impulsándonos a regresar constantemente en busca de más validación. Esto crea un ciclo de dependencia que se asemeja al comportamiento de un adicto.

Esta búsqueda constante de validación puede llevar a un estado de insatisfacción crónica y frustración, especialmente cuando comparamos nuestras vidas con las representaciones idealizadas que vemos en línea. Como resultado, nos encontramos en un estado de constante búsqueda de significado y justificación para nuestras dificultades y descontento.

Es en este contexto que los sitios web conspirativos encuentran su audiencia. Ofrecen explicaciones simplistas y reconfortantes para nuestras luchas, culpando a otros de nuestros problemas y prometiendo revelar la "verdad" oculta. Estas narrativas, aunque falaces, son atractivas para aquellos que se sienten alienados y desencantados con el mundo que los rodea.

En última instancia, la ira contemporánea no puede entenderse únicamente desde una perspectiva política; también es el resultado de dinámicas sociales y psicológicas complejas. La búsqueda de validación en las redes sociales, combinada con un sentido de alienación y frustración, ha creado un terreno fértil para la propagación de la ira y el resentimiento. Para abordar este fenómeno, es

necesario adoptar un enfoque holístico que reconozca tanto los factores políticos como los sociales y psicológicos que contribuyen a él.

La historia del cambio es naturalmente un ejemplo trivial, pero ilustra muy bien la dinámica paranoica que está en la base de las mil conspiraciones que florecen todo el tiempo en las pantallas.

Las redes sociales no están, por naturaleza, diseñadas para la conspiración. Sean Parker y Mark Zuckerberg no se preocupan mucho por la cuestión de los cambios erróneos, ni - presumo - creen que las vacunas causan autismo, o que George Soros planeó la invasión de Europa por inmigrantes musulmanes. Pero los complots funcionan en las redes sociales porque provocan fuertes emociones, polémicas, indignación y rabia. Y esas emociones generan clics y mantienen a los usuarios pegados al monitor.

Un reciente estudio del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) demostró que una información falsa tiene, en promedio, un 70% más de probabilidades de ser compartida en internet, pues generalmente es más original que una noticia verdadera. Según los investigadores, en las redes sociales la verdad consume seis veces más tiempo que una noticia falsa para alcanzar a 1.500 personas. Tenemos, en fin, la confirmación científica de la frase de Mark Twain según la cual "una mentira puede dar la vuelta al mundo en el mismo tiempo en que la verdad se pone los zapatos".

Los nuevos empleados contratados por Facebook aprenden inmediatamente que el parámetro crucial para la empresa se llama L6/7 - índice que mide el porcentaje de usuarios tan intoxicados por la plataforma que llegan a utilizarla seis días por semana. Para aumentar ese número, las verdaderas informaciones y las charlas virtuales entre viejos amigos de clase no bastan. "La simple contemplación de la realidad no ocupa tiempo suficiente", escribe Jaron Lanier. "Para mantener a sus usuarios conectados, una empresa de redes sociales debe, sobre todo, hacer las cosas de manera que ellos se enerven, se sientan en peligro o tengan miedo. La situación más eficaz es aquella en la que los usuarios entran en extrañas espirales de un consenso muy poderoso o, al contrario, de serio conflicto con otros usuarios. Eso no acaba jamás, y ese es, exactamente, el objetivo. Las empresas no planifican ni organizan ninguno de estos modelos de utilización. Son otros los que son incitados a hacer el trabajo sucio. Como los jóvenes macedonios que completan su presupuesto mensual publicando noticias falsas envenenadas. O incluso los estadounidenses ansiosos por ganar un dinero extra."

Las implicaciones de un negocio de este tipo que aplica su modelo a un tercio de la humanidad – 2,2 mil millones de personas –, que utilizan Facebook al menos una vez al mes, aún necesitan ser plenamente comprendidas. Pero ya quedó

evidente que uno de los efectos de la propagación de redes sociales fue el de aumentar estructuralmente el nivel de cólera ya presente en nuestra sociedad.

*

Todos los estudios muestran que las redes sociales tienden a exacerbar los conflictos, radicalizando los tonos hasta convertirse, en algunos casos, en un verdadero vector de violencia. En Birmania, ONGs denuncian, desde hace años, el papel desempeñado por las comunicaciones vía Facebook en la persecución de la minoría musulmana de los Rohingya. En 2014, un extremista budista provocó una serie de linchamientos al compartir en la plataforma la falsa información de una violación. Las autoridades se vieron obligadas a bloquear el acceso a Facebook para detener el torbellino. Un estudio sobre miles de publicaciones fue capaz de trazar los contornos de una verdadera campaña que deshumaniza a los Rohingya y promueve el recurso a la violencia hasta llegar al extremo del genocidio.

En Brasil, varias investigaciones probaron el papel desempeñado por YouTube en la difusión del virus del Zika. A partir de 2015, mientras las autoridades médicas se esforzaban por distribuir las vacunas y los larvicidas que matan a los mosquitos transmisores del virus, los primeros videos conspiracionistas hicieron su aparición en la red. Algunos de estos videos revelaban la supuesta existencia de un complot de las ONGs para exterminar a las poblaciones más pobres, mientras que otros atribuían a esas mismas vacunas y larvicidas la propagación del virus. La popularidad de estos videos creó un clima de desconfianza que llevó a muchos padres y madres a rechazar los procedimientos médicos imprescindibles para la supervivencia de sus hijos. “Luchamos diariamente contra el doctor YouTube, y estamos perdiendo la batalla”, denunció un médico en la prensa brasileña.

El ex-empleado de YouTube, Guillaume Chaslot, explicó claramente de qué manera el algoritmo de la plataforma, responsable del 70% de los videos vistos, fue concebido para impulsar al público hacia los contenidos más extremos, maximizando el nivel de compromiso hasta sus límites. Así, quien busca información sobre el sistema solar en YouTube tendrá ante sí un menú bien surtido de videos que sustentan la teoría de la Tierra Plana, mientras que el usuario interesado en cuestiones de salud será rápidamente reorientado hacia las ideas de los No Vax, el movimiento antivacunas, y de los conspiracionistas. El mismo mecanismo se acelera en el terreno político. Así es como los brasileños han visto, en los últimos años, el ascenso de una nueva generación de YouTubers de extrema derecha, que supieron explotar el algoritmo de la plataforma para multiplicar su visibilidad (y sus ingresos). Es el caso de Nando Moura, un guitarrista aficionado que reúne a más de tres millones de suscriptores en su

canal de YouTube, alternando canciones, instrucciones para videojuegos y, sobre todo, una variedad extraordinaria de teorías de conspiración. O el caso de Carlos Jordy, un fisiculturista cubierto de tatuajes que debe su popularidad, y su escaño en el Congreso, a una serie de videos que denuncian un complot de los profesores de izquierda para difundir el comunismo en las escuelas.

Otro ejemplo es el Movimiento Brasil Libre, una organización fundada durante la campaña a favor del impeachment de la ex-presidenta Dilma Rousseff, dotada de una poderosa productora de videos para YouTube que empleaba a jóvenes profesionales dedicados a la lucha contra lo que consideran “la dictadura de lo políticamente correcto”. En octubre de 2018, uno de sus miembros más activos, Kim Kataguiri, fue elegido, a los 22 años, el diputado más joven en integrar el Congreso Nacional. En la misma ocasión, otros cinco candidatos del MBL ingresaron en el parlamento. Juntos, estos personajes, así como numerosas figuras similares, contribuyeron a crear el clima que hizo posible la elección de un ex-militar de extrema derecha, él mismo muy popular en las redes sociales, a la presidencia de la república. El video de los seguidores de Jair Bolsonaro, reunidos en Brasilia el día de su toma de posesión, que gritaban alegremente los nombres de Facebook y YouTube, dio la vuelta al mundo.

En Francia, el movimiento de los Chalecos Amarillos se alimenta desde el principio de dos ingredientes: la ira de ciertos segmentos populares y el algoritmo de Facebook. Desde los primeros Grupos de Cólera, que empezaron a aparecer en la plataforma a principios de 2018, hasta las peticiones en línea contra el precio de los combustibles, que recogieron millones de adhesiones, pasando por grupos como “La France en colère!!!”, que se convirtieron en órganos de información y centros de coordinación de las protestas. En ausencia de cualquier organización formal, los creadores de las páginas más seguidas en Facebook automáticamente se convirtieron en líderes del movimiento, recibidos por las autoridades y cortejados por los medios. La propia idea de un chaleco de seguridad como señal de reconocimiento nació, además, de un video publicado en Facebook por un joven mecánico, Ghislain Coutard, visualizado más de 5 millones de veces en el espacio de pocos días. Allí, también, lo que sorprende es la rapidez: el video apareció en línea el 24 de octubre y, tres semanas después, el 17 de noviembre, 300 mil Chalecos Amarillos se movilizaron por todo el territorio francés, para una protesta autónoma que causó una muerte y dejó 585 personas heridas.

Una vez más, Facebook funcionó como un formidable multiplicador, nutriéndose de los ingredientes más dispares para diseminar una epidemia de ira que se trasladó de la dimensión virtual a la realidad. En la base de la protesta, había, claro, las demandas legítimas de los manifestantes, frente al aumento de las tasas sobre combustibles y otras medidas del gobierno. Pero, desde el primer día,

el algoritmo desencadenado por la red social californiana mezcló estos temas con los llamamientos a la revuelta lanzados por extremistas de derecha y de izquierda, con las fake news y con las teorías de la conspiración de múltiples fuentes. También circularon: una falsa carta del presidente de la república convocando a las fuerzas del orden a usar la violencia contra los manifestantes; detalles de un complot de la masonería para subyugar a Francia; y el análisis de un supuesto constitucionalista explicando que la elección de Macron era ilegítima. Fue ampliamente compartida otra tesis exótica, según la cual el Global Compact sobre las migraciones promovido por la ONU sería, en realidad, un complot para neutralizar a la clase media blanca. Macron, de acuerdo con esta teoría, habría "vendido a Francia" al firmar el acuerdo en Marrakech, segundos antes de renunciar.

Para hacerse una idea de los ingredientes del cóctel explosivo que alimentaba el furor de los manifestantes, bastaba, durante los días en que ocurrieron las protestas en serie, ir a Facebook y hacer una ronda por la página "La France en colère!!!", principal dirección de coordinación del movimiento, con decenas de millones de clics en su activo estadístico. Argumentos muy sensatos y testimonios de verdaderos Chalecos Amarillos en dificultades se alternaban permanentemente con ataques contra diputados con ingresos elevados y medios de comunicación sumisos al poder, hasta llegar a las fake news de matriz rusa y a invitaciones para tomar por asalto el Palacio del Elíseo.

En su plasticidad, capaz de combinar todo y, principalmente, lo contrario de todo, el movimiento de los Chalecos Amarillos mostró por enésima vez que la ira contemporánea no nace solamente de causas objetivas de naturaleza económica y social. Nace, también, del encuentro de dos grandes tendencias que vienen siendo observadas. En el plano de la oferta política, el debilitamiento de las organizaciones que canalizan tradicionalmente la revuelta popular, los "bancos de ira" de Sloterdijk: la Iglesia y los partidos de masas. Y, en el plano de la demanda, la irrupción de nuevos medios que parecen haber sido concebidos a propósito – y lo fueron, de hecho – para exacerbar las pasiones más extremas, los "clubes de la lucha de los cobardes", en la precisa definición de Marilyn Maeso.

La capacidad de posicionarse en el corazón de este cruce de tendencias determina el verdadero talento de los ingenieros del caos. Uno de ellos, el gran consejero de Viktor Orban, Arthur Finkelstein, describió la situación en los siguientes términos, en la primavera de 2011:

“Viajo mucho por el mundo y veo, donde voy, un gran volumen de ira. En Hungría, Jobbik obtuvo el 1% de los votos con el mensaje ‘Es culpa de los gitanos’. Lo mismo sucede en Francia, en Suecia, en Finlandia. En Estados Unidos, la ira se enfoca en los mexicanos, en los musulmanes. Hay un solo grito: ellos roban

nuestro trabajo, ellos cambian nuestro estilo de vida. Esto producirá una demanda por gobiernos más fuertes y hombres más fuertes, que ‘impidan a esa gente’, quienquiera que sea ‘esa gente’. Hablarán de economía, pero la esencia de su negocio es otra: es la ira. Es una gran fuente de energía que está en pleno desarrollo en todo el mundo.”

Los ingenieros del caos comprendieron, por tanto, antes que los demás, que la ira era una fuente de energía colosal, y que era posible explotarla para realizar cualquier objetivo, a partir del momento en que se descifrarán los códigos y se dominara la tecnología.

El Waldo de Black Mirror no es más que la traducción política de las redes sociales. Una máquina temible que se nutre de ira y tiene como único principio el compromiso de sus partidarios. Lo importante es alimentarla permanentemente con contenidos “calientes”, que susciten emociones.

Detrás del escritorio de Davide Casaleggio, en Milán, un monitor mide, en tiempo real, los índices de popularidad de los contenidos publicados en las diferentes plataformas digitales de la galaxia del Movimiento 5 Estrellas. Sean ellos positivos o negativos, progresistas o reaccionarios, verdaderos o falsos, no importa. Los conceptos que agradan son desarrollados y relanzados, transformándose en campañas virales e iniciativas políticas. Los otros simplemente desaparecen, en un proceso darwiniano que tiene como único criterio de selección la atención atraída por una pantalla.

Desde finales de 2014, la Liga de Matteo Salvini se ha equipado con un aparato similar, llamado “La Bestia”. Las redes sociales de Salvini son sistemáticamente analizadas para comprender cuáles son las publicaciones y los tweets que tienen el mayor número de respuestas y qué tipo de personas interactúan en sus órbitas. Ningún esfuerzo es escatimado para alimentar a la Bestia, como en el caso de la iniciativa “Vinci Salvini”, un juego en línea lanzado durante la campaña electoral de 2018 que permitía acumular puntos gracias a la producción de contenidos pro-Liga y, por qué no, encontrarse con el líder del partido. Todos los datos son devorados por la Bestia que, después de masticarlos, los regurgita en forma de eslóganes y de campañas capaces de interceptar a cientos de miles, a veces millones, de electores.

Es claro que, como en el caso de Waldo, la mano humana se esconde detrás de la Bestia. Pertenece a Luca Morisi, doctor en filosofía por la Universidad de Verona, donde enseñó, durante diez años, “informática filosófica”, o sea, “cómo la revolución digital redefine los temas clásicos del pensamiento occidental”.

De forma manifiesta, el fruto de esa reflexión profunda se identifica con las posturas a la Mussolini 2.0 del “Capitán”, apodo que Morisi inventó para Salvini.

“Matteo es un campeón de la comunicación polarizada”, dice. “Avanza en la dirección de las personas incluso cuando disparan una bazuca en su cara. Abraza el conflicto. Así, consigue, más aún que Trump, fidelizar a quienes lo siguen. Si te vas de vacaciones y te gusta un restaurante, das un ‘me gusta’ en la página del establecimiento en Facebook, aunque sea poco probable que vuelvas. El secreto de Salvini está en que ha logrado catalizar una atención constante sobre sí mismo. La continuidad del contacto es lo más importante.”

Compromiso, compromiso, compromiso. El parámetro clave siempre es el mismo. Gracias a las artes mágicas de Morisi, el capitán se convirtió, en pocos meses, en el líder europeo más seguido en Facebook, con 3,3 millones de "me gusta", comparado con los 2,5 millones de Merkel y los 2,3 millones de Macron. Trump tiene 22 millones, pero, como agrega Morisi, "Matteo le gana en términos de compromiso público: 2,6 millones de clics en una semana para Salvini frente a 1,5 millones para Trump".

Para lograr estos resultados, algunos afirman que la Liga utilizó software y perfiles falsos como armas. Morisi lo niega: "Nunca creé perfiles falsos en Twitter o Facebook para aumentar artificialmente el compromiso", asegura. Por otro lado, afirma haber creado avatares de carne y hueso. "En 2014, inventamos un sistema, 'Sé un portavoz de Salvini', del que se habló mucho: los usuarios se registraban y aceptaban tuitear automáticamente contenido publicado por Salvini. No eran personas inventadas, sino personas reales que aceptaban dar un cheque en blanco para difundir ciertos contenidos en ciertos contextos." La iniciativa funcionó bien. Decenas de miles de personas, a menudo recién llegadas a Internet, aceptaron registrarse instantáneamente en redes sociales solo para ser avatares del Capitán. "Pero hoy, hay una base tan sólida, incluso en Twitter, que ya no necesitamos la herramienta."

Este resultado, indiscutible en términos numéricos, se debe en parte a la habilidad de Morisi. Los nuevos ingenieros del caos a menudo son creativos y dominan técnicas que los asesores de comunicación más tradicionales aún no conocen. En Alemania, la campaña del partido de extrema derecha AFD aseguró que cada vez que un votante escribiera "Angela Merkel" en Google, el primer resultado que apareciera en la pantalla fuera una página denunciando la traición de la canciller en lo que respecta a la política de refugiados y las víctimas del terrorismo en Alemania.

En Estados Unidos, detrás de la aparente simplicidad de la campaña de bajo presupuesto de Donald Trump también había técnicas psicométricas de Cambridge Analytica y, sobre todo, la capacidad de aprovechar las características más innovadoras de Facebook gracias a un equipo de técnicos movilizadas por la empresa (que la campaña de Hillary rechazó).

En Brasil, los comunicadores que trabajaban para el candidato ultranacionalista Jair Bolsonaro eludieron los límites impuestos al contenido político en Facebook comprando miles de números de teléfono para bombardear a los usuarios de WhatsApp con mensajes y noticias falsas.

Pero a pesar de los logros alcanzados por los ingenieros del caos, la verdadera ventaja competitiva de Waldo no es técnica. Radica en la naturaleza del contenido en el que se basa la propaganda populista. La indignación, el miedo, los prejuicios, los insultos, las polémicas racistas o de género se propagan por las pantallas y generan mucha más atención y compromiso que los tediosos debates de la vieja política.

Los ingenieros del caos son muy conscientes de esto. Como dice Andy Wigmore, mano derecha del líder soberanista británico Nigel Farage y estratega de dos campañas pro-Brexit, "Cuando publicábamos algo sobre la economía, obteníamos tres o cuatro mil 'me gusta' como máximo. ¡Pero cada vez que incluíamos un factor emocional, siempre teníamos al menos cuatro o cinco cientos de miles, a veces dos o tres millones de 'me gusta'!"

No importa si el compromiso surge de alimentar los prejuicios y el racismo o de difundir información falsa: "Fotografiamos la realidad", defiende Morisi. "Por supuesto, usamos colores fuertes, pero nos damos cuenta de que esos sentimientos ya están en el corazón de esas personas".

Waldo no quiere nada más que repetir lo que "estas personas" piensan y hacerlo sin hipocresía, en el lenguaje que ellas usan. Y aún mejor si las élites, enemigas del pueblo, consideran que es un lenguaje ofensivo y vulgar. Será una señal de que están desconectadas del pueblo, al que solo Waldo es capaz de representar. O, mejor aún, de reflejar. Pero, al posar como espejo de lo peor, Waldo actúa como un multiplicador. En Italia, como en los Estados Unidos de Trump o en la Hungría de Orbán, el primer y principal efecto de la nueva propaganda es la liberación de la palabra y de los comportamientos. Por primera vez en mucho tiempo, la vulgaridad y los insultos ya no son tabú. Los prejuicios, el racismo y la discriminación de género salen a la luz. Las mentiras y el conspiracionismo se convierten en claves de interpretación de la realidad.

Y todo esto se presenta como una guerra sacrosanta para la liberación de la voz del pueblo, finalmente desatada de los códigos opresivos de las élites globalizadas y políticamente correctas. Estas mismas élites que provocaron la crisis financiera, que causó el empobrecimiento de las clases populares y, para colmo, conspiraron con las ONGs y el lobby judeo-masónico para sustituir la mano de obra local por inmigrantes provenientes de los países del Sur.

Una vez liberada la cólera, pasa a ser posible construir cualquier tipo de operación política. "Descubra por qué las personas están enojadas, dígales que la culpa es de Europa, vote y hágales votar por el Brexit", así es como uno de los ingenieros del caos resumió la estrategia, elemental y temible, de una campaña referendaria que parecía destinada al fracaso. "Déjenme ser el portavoz de su ira": fue con este mensaje que el candidato más improbable de la Historia tomó la Casa Blanca.

Detrás de las principales evoluciones geopolíticas de los últimos años, está la risa ácida de Waldo, el oso azul que parecía ser una broma y se convirtió en un actor en vías de cambiar la faz del mundo. Si para Lenin el comunismo era "los Soviets y la electricidad", para los ingenieros del caos el populismo es hijo del matrimonio entre la cólera y los algoritmos.

4. Troll, el Jefe

EL 4 DE NOVIEMBRE DE 2008, Estados Unidos entra en una nueva era, o al menos es en lo que se nos persuade a creer esa noche. Por primera vez, los Estados Unidos eligen para la Casa Blanca a un presidente de origen africano. Las fracturas que marcaron la historia de este gran país parecen finalmente superadas, y todas las encuestas son unánimes: "El racismo no existe más". Incluso en los estados más retrógrados del Sur, no se encuentra ya a un solo elector dispuesto a admitir que su voto está influenciado por el color de la piel. Después de más de tres siglos, el crisol racial americano parece haber encontrado finalmente su destino natural.

No obstante, esa misma noche del 4 de noviembre, lejos de los reflectores del Grant Park de Chicago, donde Barack Obama celebra su victoria, se produce un fenómeno muy diferente. Los datos de Google, que, a diferencia de las encuestas tradicionales, revelan los pensamientos y comportamientos reales de las personas, nos dicen que durante esa noche, en algunos estados, el número de búsquedas por "first nigger president" – que podría traducirse como "primer presidente negro" – supera el número de búsquedas por "first black president" – "primer presidente negro". Esa misma noche, además, la red social racista Stormfront registra el mayor pico de inscripciones de su historia. Concretamente, mientras la historia oficial anuncia el fin del odio racial, este último ya está en vías de reorganizarse, adoptando una forma nueva, menos explícita y más contemporánea, que permitirá a estos grupos, ocho años después, hacer un sonoro regreso. En ese momento, nadie se da cuenta. Sería necesario un brujo, más que un político tradicional, para decretar el fenómeno: desde los primeros meses del mandato de Obama, ese hechicero, capaz de movilizar la base oculta más significativa de los electores racistas, asumirá la improbable fisonomía de Donald Trump.

Improbable no tanto por sus cabellos amarillos, sus negocios sospechosos y sus poses teatrales. Pero, principalmente, porque, en el otoño de 2008, el empresario neoyorquino es una de las figuras más populares entre los afroamericanos y los latinos. ****El Aprendiz****, el reality show que él presenta con gran éxito desde 2004, y en el cual interpreta su propio papel, agrada particularmente a las minorías porque pone en escena a jóvenes de todas las orígenes étnicas compitiendo para realizar el sueño americano bajo la mirada implacable pero justa de Donald. Al inicio de cada episodio, un instante antes de subir al helicóptero bautizado con su nombre, el magnate se vuelve hacia las cámaras: "He dominado el arte de los negocios y he transformado el nombre Trump en una marca de la más alta calidad. Como maestro, deseo transmitir mi conocimiento a cualquier persona. Estoy en busca... del aprendiz".

Entre los dieciséis jóvenes que, en cada temporada, participan en la competición para merecer los favores del Maestro, hay, por supuesto, hombres y mujeres que representan la pluralidad de la sociedad americana. Y no es raro que ellos ganen, como en el otoño de 2005, cuando el show coronó a Randal Pinkett, un joven y brillante afroamericano de 26 años. ****El Aprendiz**** es un escenario para la vitalidad de la sociedad multiétnica, y las minorías disfrutaban del programa. Durante este periodo, Donald Trump es, por lo tanto, más popular entre negros y latinos que entre el público blanco.

Pero todo esto está a punto de cambiar muy rápido a partir de 2010. Es cuando Trump detecta una teoría de conspiración que, hasta entonces, estaba confinada a las periferias más extremas de la derecha alternativa – teoría según la cual Barack Obama no habría nacido en los Estados Unidos. Por lo tanto, no tendría derecho a ser elegido presidente: “Estoy un poco escéptico sobre el nacimiento de Obama”, declara Trump, “y no creo que aquellos que comparten esta opinión deban ser considerados como idiotas tan precipitadamente”. “Donde él dice haber nacido, nadie lo conocía”. “Hay algo en esa partida de nacimiento que no agrada a Obama”. Así, poco a poco, de pequeña frase en pequeña frase, Trump da vida a una campaña cuyo objetivo es forzar a Obama a presentar su partida de nacimiento. Cuando la Casa Blanca publica, finalmente, el documento, Donald apuesta más alto y ofrece cinco millones de dólares a quien sea capaz de proporcionar una copia original de la solicitud de inscripción de Obama en la universidad. En algunos meses, se impone, así como el opositor más radical, y el más políticamente incorrecto, del presidente.

Mucho antes del anuncio oficial de su candidatura, se perciben ya en este tono inaugural los principales ingredientes de lo que sería el trumpismo. En primer lugar, la señal de humo convocando a la base del electorado tradicional, blanco, impregnado de prejuicios y de racismo, que experimentó la elección de Obama como una aberración. Al cuestionar los orígenes del presidente, bajo el sutil velo del argumento legal, Trump cuestiona, en realidad, la legitimidad de que un negro ocupe la Casa Blanca. Al mismo tiempo, guiña un ojo al electorado blanco, rural y de las periferias urbanas, marginado en el seno del sistema político americano.

El segundo elemento de la polémica en torno a la partida de nacimiento es la teoría de la conspiración: detrás de la elección de Obama, estaría un gran complot reuniendo poderes más o menos ocultos de las élites globales, capaces de falsificar la realidad para realizar sus propios objetivos contra los intereses del buen pueblo americano.

Por último, desde el origen, las fake news constituyen el tercer ingrediente. El supuesto nacimiento de Obama fuera del territorio de EE. UU. es,

evidentemente, una mentira. El propio Trump admitirá el embuste algunos años después, sin ningún tipo de constricción. Pero el hecho de que la trayectoria política de Donald se sostenga, desde el inicio, sobre una fake news no constituye, de ninguna manera, un punto débil. Al contrario, de manera asombrosa, será una de las grandes fuerzas de su candidatura.

*

Cuando Trump lanza su campaña de comunicación sobre la partida de nacimiento de Obama, nadie imagina que una iniciativa de este tipo pudiera servir como rampa de lanzamiento para ascender a la Casa Blanca. Estamos en la América del siglo XXI, donde los blancos serán una minoría a partir de 2040 y donde la cultura dominante ya es, desde hace mucho tiempo, la de la meritocracia y el políticamente correcto de las grandes universidades, de Hollywood y del Valle del Silicio. En un mundo así, The Donald es, como máximo, un hombre de Cro-Magnon folclórico, una especie de sobreviviente de los dinosaurios años 1980.

Pero, en los márgenes de la vida política americana, ya desde hace algún tiempo, ronda un personaje que tiene la sensibilidad y la experiencia necesarias para olfatear antes que otros las corrientes que se mueven bajo el aparente consenso de la Nueva América, particularmente en el mundo digital. Es cierto que un episodio a priori sin importancia en el currículo de Steve Bannon marcó, de forma determinante, su manera de ver las cosas.

En 2005, Bannon deja Hollywood y parte hacia Hong Kong. Allí, participa en el lanzamiento de una empresa, Internet Gaming Entertainment, con un modelo de negocios bastante curioso. Esta empresa explota la popularidad de un videojuego, World of Warcraft, que tiene millones de apasionados en todo el mundo. El juego emplea a miles de jóvenes chinos, que juegan desde la mañana hasta la noche y acumulan trofeos virtuales - armas y oro - reservados para los mejores jugadores. Las ganancias virtuales se revenden, luego, a cambio de moneda real, a los jugadores occidentales más perezosos, que desean progresar en el juego sin tener que pasar tanto tiempo pegados a la pantalla.

Surge un problema: este modelo enfurece a los verdaderos gamers. Estos jugadores han hecho del videojuego su razón de vivir. Para ellos, comprar trofeos en lugar de ganarlos es sinónimo de trampa y un atentado a los códigos de honor que rigen la vida de los guerreros digitales. Comienza, así, una violenta campaña virtual al término de la cual los gamers rebeldes obligan a la empresa propietaria de World of Warcraft a suspender las cuentas de usuarios que protestan contra Internet Gaming Entertainment.

Para Bannon, este fiasco total es la oportunidad de descubrir una realidad cuya existencia ni siquiera imaginaba. En línea, se encuentran millones de jóvenes inmersos en una realidad paralela a la cual están ferozmente apegados. En nombre de la defensa de esta esfera, están dispuestos a movilizar un poder de fuego enorme, capaz de derribar empresas y hacer que grandes colosos mundiales se rindan. Claro, es un mundo anárquico, compuesto de comunidades difíciles de controlar e impregnado de una cultura frecuentemente misógina y hiperviolenta, al menos en la dimensión cibernética. No obstante, es allí donde se ha transferido una parte significativa de la energía que hace que los jóvenes sean, históricamente, la plataforma de los tumultos y las revoluciones. Muchos piensan que esta energía se ha disipado y desaparecido. En realidad, todavía está allí. Solo hace falta saber interceptarla para, luego, canalizarla en la dirección de la política.

A partir de ese momento, Bannon comienza a prestar especial atención a las comunidades digitales. No a las comunidades bien pensantes y políticamente correctas que estarán en el origen del éxito de la candidatura de Obama en 2008 y aplaudidas como motor global del cambio durante la Primavera Árabe de 2011. Sino a aquellas menos visibles y menos presentables, que se agitan bajo los radares de los partidos y de los medios tradicionales. Plataformas como 4chan, 8chan o los subgrupos del portal Reddit, que agregan a millones de usuarios mediante polémicas inflamadas contra el establishment de los medios y de las políticas y los nuevos dogmas del políticamente correcto. Son microcosmos en los cuales ningún argumento es tabú y la única regla es el exceso - como modo de atraer la atención y escandalizar a los bien pensantes con declaraciones abusivas, misóginas, racistas o antisemitas.

En ese ínterin, Bannon, después de su aventura en el mundo de los gamers, vuelve a los Estados Unidos y se alía con uno de los personajes más intrigantes de la nueva derecha americana. Andrew Breitbart es un periodista, escritor, hijo adoptivo de un matrimonio burgués judío de Los Ángeles. Criado en un ambiente progresista, Breitbart tuvo su revelación política en 1991, durante el escándalo relacionado con el juez negro Clarence Thomas, un conservador antiaborto preseleccionado por George Bush para un puesto en la Corte Suprema, acusado de agresión sexual por su excolaboradora Anita Hill. “Yo seguía la investigación parlamentaria desde mi posición de buen liberal que deseaba la caída de Clarence Thomas”, recuerda él, “porque los presentadores estrella de los noticieros decían que Clarence Thomas era el hombre malo y Anita Hill la víctima gentil. La Organización Nacional para las Mujeres también pintaba a Clarence Thomas como el malvado y a Anita Hill como la buena chica, y yo me posicionaba del mismo lado. Me sentaba frente a la televisión y veía las audiencias en el Senado, esperando las pruebas que darían razón a la acusación,

porque al fin y al cabo se trataba de un proceso. Al final de la semana, me pregunté: ¿cuándo se presentarán las pruebas? Yo creo en Anita, muy bien. Admitamos que ella dice la verdad. ¿Y qué? Si en seis años de carrera, pasando de un trabajo a otro con aumentos constantes de salario, lo peor que le pasó fue ver una lata de Coca-Cola con un pelo púbico encima, y la única manera que encontró de lidiar con eso fue una audiencia pública en el Senado, ¿de qué estamos hablando? Esa fue mi epifanía, entendí que algo no estaba bien. No entendía cómo la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color) podía continuar así, de brazos cruzados, mientras los blancos privilegiados, como Ted Kennedy - ¡Ted Kennedy, ese Ted Kennedy! -, escupía condenas sobre el comportamiento de un hombre hacia una mujer. Fue algo que me dejó enojado”.

De ahí en adelante, Breitbart comienza a pensar que el establishment americano está impregnado de una cultura progresista hipócrita y elitista, que dicta los términos del discurso público y persigue sin piedad a todos aquellos que no se conforman con sus dogmas políticamente correctos. En su libro-manifiesto de 2011, **Righteous Indignation** [Indignación justificada], Breitbart reconstruye la génesis compleja de la hegemonía cultural de la izquierda americana. Según él, todo comenzó con los teóricos de la Escuela de Frankfurt, exiliados en América para huir de las persecuciones nazis. Estos filósofos, como Adorno, Horkheimer y Marcuse, abiertamente marxistas, tenían como objetivo inicial minar las bases de la sociedad de consumo americana, con su teoría crítica destinada a arrojar luz sobre la naturaleza alienante del capitalismo. En poco tiempo, sus ideas se difundieron en las universidades americanas, convirtiéndose en la base de la contestación estudiantil de los años 1960, para luego imiscuirse, a medida que los exalumnos seguían sus carreras, en las redacciones de los periódicos, en Hollywood y en las cúpulas del poder político.

Así nacería lo que Breitbart define como **Democrat Media Complex**, una máquina inexorable que traza las fronteras de lo justo y lo injusto, de lo decible y lo indecible, y persigue ferozmente a todos los herejes e iconoclastas, sobre todo a los de derecha. Combatir esta máquina en su propio terreno, a través de los medios tradicionales y de la industria del entretenimiento, es una batalla perdida antes siquiera de comenzarla: en esos mundos, el pensamiento único progresista se ha enraizado hasta convertirse en una segunda naturaleza para aquellos que están en su centro.

Internet, al contrario, es un territorio aún libre. Una frontera inexplorada y salvaje, en la cual la hegemonía del políticamente correcto no ha tenido tiempo de implantarse. Por lo tanto, es allí donde Breitbart decide abrir las hostilidades: “Estoy en guerra contra el **Democrat Media Complex**”, declara. “Ellos lo saben. Y yo lo sé. Es una guerra abierta, y quiero que baje la Estrella de la Muerte (17)”.

Desde el comienzo, Breitbart juega el juego a un alto nivel. En 1995, ayuda a Matt Drudge a lanzar su sitio en internet, el *Drudge Report*, que poco después revelará al mundo la relación de Bill Clinton con Monica Lewinsky. Algunos años más tarde, participa, con Arianna Huffington, en el lanzamiento del *Huffington Post*. A través de estas experiencias, Breitbart pone en funcionamiento las técnicas fundamentales de la guerrilla virtual: cómo encontrar la información y captar la atención en un medio altamente competitivo; cómo volver contra los medios tradicionales el reflejo de lo que ellos mismos informan; cómo multiplicar los clics y los compartidos hasta generar un verdadero movimiento de opinión.

En 2005, Breitbart decide involucrarse individualmente en la guerrilla al fundar *Breitbart News*, un sitio cuya ambición es ser el *Huffington Post* de la derecha. Su fuerza no está tanto en la capacidad de encontrar información, sino, sobre todo, en la habilidad de insertarla dentro de una narrativa coherente. Claro, un golpe de noticia de vez en cuando puede ser útil. Pero solo servirá a la causa si es una faceta de la guerra contra la hegemonía progresista. Recuperar la cultura es la obsesión de Breitbart. Es por eso que él da destaque, en las noticias que publica, a problemas de inmigración, al terrorismo, a la crisis de los valores tradicionales, todo en el esquema más general de una única gran batalla contra el establishment, que incluye tanto a demócratas como a republicanos moderados, ambos esclavos de la ortodoxia del pensamiento único.

Es durante este período que sus relaciones con Bannon se vuelven más estrechas. Ambos comparten claramente la misma visión del mundo. Así, Bannon decide albergar la redacción de Breitbart en sus oficinas de Los Ángeles y, en 2011, lo presenta a Robert Mercer, un millonario que acepta financiar la empresa, inyectando en ella diez millones de dólares.

El sitio pronto experimenta un ascenso pleno. Siembra escándalos – como el que revela el exhibicionismo del diputado Anthony Weiner, joven protegido de los Clinton – y se afirma rápidamente como uno de los puntos de referencia de la derecha radical americana. Pero, el 1 de marzo de 2012, la asociación entre Breitbart y Bannon termina de manera trágica, cuando el primero muere de un paro cardíaco.

Solo, Bannon se ve obligado a tomar las riendas de *Breitbart News*, lo que hace con la energía habitual. “Facts get shares; opinions get shrugs” es su eslogan: algo así como “Los hechos ganan clics; las opiniones ganan desdén”. Bannon es un ideólogo tan convencido por sus propias ideas que llega a veces al fanatismo – pero sabe muy bien que los viejos argumentos no bastan para ganar la batalla cultural contra el establishment.

Tomemos como ejemplo al matrimonio Clinton, la dupla de poder inoxidable que, en esa época, reina en Washington desde hace veinte años y representa la bestia

negra a ser abatida por la derecha americana. Para hacerlo – lo cual es indispensable, pues Hillary está en la pole position para la sucesión a Obama – no se debe dejar cegar por el odio. Desde hace dos décadas, los enemigos de los Clinton esparcen las teorías más inverosímiles, acusándolos de todo tipo de perversidades, con el único resultado de desacreditarse a sí mismos, sin conseguir afectar al matrimonio demócrata. Ahora, piensa Bannon, es necesario salir del gueto umbilical de los profesionales del odio, a quienes nadie escucha más, y conquistar la opinión pública en un sentido más amplio. Es la única manera de añadir nuevos elementos a la lucha: construir meticulosamente un dossier, basado en hechos reales, que desmoralice a los Clinton ante los ojos de sus propios seguidores, empezando por los medios del establishment.

Por eso Bannon funda un think tank, el *Government Accountability Institute*, dirigido por Peter Schweizer. Con el apoyo de Bannon, Schweizer pasa meses acumulando información sobre la *Clinton Global Initiative*, fundación de Bill que recauda cientos de millones de dólares al año mediante financiamientos provenientes de todo el mundo. Esta organización es el pilar material del matrimonio, pero también la plataforma de lanzamiento para la candidatura de Hillary a las elecciones presidenciales de 2016. Hablando con las “gargantas profundas” del círculo clintoniano y cruzando los nodos más recónditos de la Deep Web, Schweizer reconstruye ciertos pasajes más oscuros de las actividades de la CGI. Cuando, por ejemplo, el magnate de las minas canadiense Frank Giustra dona millones a la fundación y luego, a bordo de su jet privado, lleva a Bill Clinton a cenar con el dictador kazajo Nazarbayev, obteniendo una concesión para la explotación de yacimientos de uranio en el país. O cuando otro donante financiero de la fundación obtiene, a cambio de su altruismo, la concesión de la red de datos móviles de Haití, donde Bill coordina esfuerzos de reconstrucción después del gran terremoto de 2010. Sin mencionar las decenas de multimillonarios con reputación dudosa que financian la fundación, o los honorarios que Bill embolsa por todo el mundo en eventos públicos organizados en favor de algunas de las peores dictaduras del planeta.

Por supuesto, aquí tienes la traducción con los puntos y aparte respetados:

Los frutos de esta meticulosa investigación fueron reunidos en un libro, "Clinton Cash", que se convertiría en uno de los principales dossiers contra Hillary, suficiente combustible para alimentar, en primer lugar, el desafío lanzado por Bernie Sanders desde la izquierda, y luego la embestida de Donald Trump.

En lugar de lanzar el libro en la plataforma Breitbart, lo que lo condenaría a quedar confinado a los medios de derecha, Bannon decide dar exclusividad a los portavoces más detestados del establishment: el primero entre ellos, por supuesto, fue el New York Times.

Desde el principio, las revelaciones contenidas en los originales de "Clinton Cash" tuvieron un impacto inmenso en la opinión pública. Los clintonianos intentaron desacreditar el libro, como ya habían hecho en muchos otros casos, pero sin éxito: los hechos revelados por Schweizer están muy bien documentados.

En este punto, solo quedaba para los grandes medios seguir las pistas lanzadas por Bannon. Y él se regocijaba: "¡Tenemos a los 15 mejores reporteros de investigación de los 15 mejores periódicos del país persiguiendo a Hillary Clinton!".

Por supuesto, luego tendría todo el tiempo del mundo para desarrollar este filón en Breitbart, convirtiendo cada acusación contra Hillary en un gran alboroto destinado a generar millones de clics, porque, detrás de esa fachada respetable, Bannon estaba utilizando en Estados Unidos las lecciones de su breve incursión en el mundo de los videojuegos.

Él sabía que, bajo la superficie de la web, se agitaban corrientes invisibles pero muy poderosas, alimentadas por la frustración de millones de individuos que se sentían al margen de la sociedad y por la "cólera innata y sorda" de América, de la cual ya hablaba Philip Roth en Pastoral americana. Él creía haber encontrado, finalmente, el cebo ideal para pescar este sentimiento.

A principios de 2013, el cebo se materializó repentinamente en la forma inesperada de la persona de Zoe Quinn, una desarrolladora que estaba detrás de un videojuego insólito. El juego, "Depression Quest", era una especie de inmersión virtual en el mundo de la depresión, que Quinn conocía por experiencia propia. El objetivo era demostrar que un videojuego podría ser algo más que aventuras de soldados, ninjas y guerreros medievales, y que las mujeres podrían aportar una contribución valiosa.

Los jugadores "de raíz" no recibieron bien la novedad. Para ellos, los videojuegos eran aventuras violentas, reservadas esencialmente a los hombres, y debían seguir así. Quinn comenzó a ser objeto de ataques en internet, que se convirtieron en un huracán cuando su exnovio escribió un mensaje sosteniendo que ella había obtenido comentarios positivos sobre "Depression Quest" gracias a su relación con un periodista.

El "ex" asumió así la autoría del primer disparo del bombardeo de los jugadores que, a cientos de miles, lanzaron insultos y amenazas de muerte contra Zoe Quinn. "La próxima vez que aparezcas en una conferencia, te alcanzaremos el cerebro", escribió uno de ellos. "Tendrás secuelas permanentes pero no lo suficientemente graves como para evitar que sigas teniéndonos miedo por el resto de tu vida".

El actor Adam Baldwin incluso creó el hashtag #gamergate en Twitter para coordinar los ataques. Los trolls descubrieron y compartieron la dirección y otra información personal sobre Quinn en las redes, hasta el punto de que ella se vio obligada a abandonar su hogar.

Todos los que intentaron defenderla se convirtieron, a su vez, en objetivos de ataques violentísimos. Entre septiembre y octubre de 2014, se crearon solo en Twitter más de dos millones de mensajes que contenían el hashtag #gamergate.

No se trataba solo de una controversia. Era una guerra abierta. Y el objeto de la controversia iba mucho más allá del caso específico. El verdadero problema era el siguiente: ¿a quién pertenecía el mundo de los videojuegos? ¿A todos aquellos, hombres y mujeres, que querían participar, aportando sus ideas y pasiones? ¿O al núcleo de jugadores puros y duros, algunos millones de jóvenes vinculados entre sí por una subcultura misógina y violenta, cultivada durante años de práctica en internet y de intercambios en plataformas como 4chan, 8chan y Reddit?

Esta guerra podría haberse limitado al mundo de los videojuegos. Pero no contaban con Steve Bannon, que, fiel a su personaje, pasaba por esas regiones con una caja de fósforos en la mano. Para él, el Gamergate era la oportunidad soñada para finalmente reclutar a los jugadores en la batalla contra el establishment político y mediático.

Así es como entra en escena Milo Yiannopoulos, de lejos el personaje más pintoresco de la galería de ingenieros del caos, a pesar de que ésta es una fuente inagotable de tipos. Inglés de treinta años, homosexual, un hombre monstruosamente seguro de sí mismo, Milo, como se llama a sí mismo, es el cofundador de una revista en línea dedicada a las nuevas tecnologías, "The Kernel", que se hizo conocida por su enfoque irreverente.

Sus admiradores lo describen como "una mezcla entre un pitbull y Oscar Wilde", mientras que, a los ojos de sus oponentes, es simplemente un narcisista cínico, capaz de todo para atraer la atención e impresionar a su público.

Sea lo que sea, Yiannopoulos comprende que el Gamergate es un inmenso movimiento sin rostro y decide convertirse en ese rostro. Comienza a difundir la idea de que, en esta historia, las verdaderas víctimas no son Quinn y otros desarrolladores y periodistas, casi todos mujeres, a pesar de haber sido blanco de miles de insultos y amenazas. No, las verdaderas víctimas son ellos mismos, los trolls, esos guerreros contemporáneos que luchan contra la censura progresista en nombre de la libertad de expresión, que, para Milo, debe ser absoluta.

"Existe un ejército de programadoras y activistas feministas psicópatas", escribe, "protegidas por blogueros esclavos del políticamente correcto, que buscan tomar el control de la cultura de los videojuegos". Por lo tanto, no es de extrañar que, ante una ofensiva de este tipo, los jugadores busquen defenderse.

Esta posición, capaz de atraer la atención de Bannon, finalmente proporcionó el eslabón que faltaba entre su guerra contra el establishment y las masas desocupadas de trolls y jugadores. Así que, dicho y hecho, Bannon convoca a Milo a sus oficinas en Washington.

"Cuando lo conocí por primera vez", recuerda, "vi a un personaje capaz de establecer conexiones culturales como Andrew Breitbart. Tenía el coraje, el cerebro, el carisma... Hay algo especial en personas así. Simplemente tienen un engranaje extra. La diferencia es que Andrew tenía un universo moral muy fuerte, mientras que Milo es un nihilista inmoral. Supe desde el primer momento que sería un meteorito fantástico".

Mientras espera que el "meteorito" Milo complete su trayectoria, Bannon se esfuerza por captar su energía. Milo es puesto a cargo de una nueva sección del sitio "Breitbart Tech" con una misión muy precisa: "Debes movilizar este ejército. Vamos a hacer que ingresen a través del Gamergate u otro camino, y luego convertirlos en política y en partidarios de Trump"

Milo no necesita que se lo digan dos veces. "Nuestros lectores están hartos de ser etiquetados como trolls, acosadores o misóginos solo porque no están de acuerdo con las opiniones de los periodistas", proclama en un video de lanzamiento de "Breitbart Tech". "Queremos defender a los usuarios de 4chan que desean permanecer en el anonimato, a los usuarios de Reddit que luchan contra moderadores invasivos. Defenderemos a los jugadores contra todos aquellos lo suficientemente estúpidos como para molestarlos".

Para Milo, al igual que para Bannon, la batalla de los jugadores forma parte de un contexto más amplio. Las libertades fundamentales, comenzando por la libertad de expresión, están amenazadas por la ortodoxia progresista. Así que, "los disidentes anónimos de hoy" serían como los autores de los Federalist Papers, los fundadores de la democracia americana Alexander Hamilton y James Madison, quienes al principio también escribieron bajo seudónimos.

Para evitar malentendidos, el día del lanzamiento del Breitbart Tech, el sitio publica una entrevista exclusiva con Donald Trump. "Con excepción de Hillary Clinton, gracias al escándalo de sus correos electrónicos", anuncia irónicamente la apertura de la entrevista, "pocos candidatos presidenciales han hablado sobre temas tecnológicos durante esta campaña. Como prueba, la entrevista exclusiva

concedida por Donald Trump, en la que habla sobre hackeo, ciberguerra e inteligencia artificial".

El mensaje que Breitbart transmite a los jugadores y a otros provenientes del universo digital es claro: su mundo está en peligro, la poderosa maquinaria del políticamente correcto y los censores demócratas quieren arrebatárles todo lo que más aprecian, la libertad de expresión, el anonimato, es decir, la esencia de lo que ha definido hasta ahora la cibercultura. La única forma de salvarse es hacer política. Únanse a nosotros y a Trump para luchar contra el establishment, los medios de comunicación y la política tradicional, para defender sus derechos y su identidad.

Así, el soberanismo clásico se fusiona con la forma más contemporánea de soberanismo digital. Ser "dueño de uno mismo" no solo se refiere a la frontera con México o a la entrada de musulmanes al país. También se aplica al ciberespacio, que debe permanecer como está, sin interferencias.

Los trolls son abiertamente invitados a entrar en guerra. Y al mismo tiempo, Milo se expande mucho más allá de las fronteras de los foros tecnológicos, convirtiéndose en un personaje público integral.

El esquema es bastante simple. Yiannopoulos es homosexual y declara que nunca trabajaría con otros homosexuales porque "usan demasiadas drogas, tienen relaciones sexuales en exceso, nunca trabajan y siempre encuentran excusas. Casi peores que las mujeres". Además, considera a las lesbianas simplemente alborotadoras, mujeres en busca de afecto que deberían calmarse, ya que la "homosexualidad femenina no existe genéticamente".

Yiannopoulos tiene una madre judía y un esposo afroamericano, pero coquetea peligrosamente con movimientos supremacistas y neonazis estadounidenses. Un video lo muestra cantando "America the Beautiful" en un bar, bajo los aclamamientos de un público que hace el saludo nazi. Técnicamente, Yiannopoulos es un inmigrante, pero se declara totalmente a favor de la construcción del muro en la frontera con México y de la prohibición de musulmanes. De hecho, Milo disfruta subvirtiendo los supuestos de la izquierda identitaria estadounidense: "Soy un inmigrante judío y gay que solo duerme con hombres negros y que es verdaderamente, verdaderamente de derecha. ¡Eso los vuelve locos!"

Además, Yiannopoulos es un troll, capaz de ser expulsado de Twitter por su campaña de difamación contra la protagonista de Los Cazafantasmas. Según Milo, la izquierda quiere ser la policía del humor porque no puede controlarlo, pero en realidad se erige como jueza de la sensibilidad de las personas, con su habitual complejo de superioridad. Para Milo, el trolling es "una forma de

periodismo hecho por cualquiera que no esté sentado en una redacción", y los trolls son "las únicas personas que aún dicen la verdad, como los bufones de la Edad Media": detrás de la pantalla, revelan la desnudez del poder.

Trump, por su parte, es un troll. La controversia sobre el certificado de nacimiento de Obama ya es una forma de trolling, y su campaña electoral oficial sigue la misma línea. En junio de 2015, irrumpió en la campaña electoral con dos maniobras que habrían acabado con cualquier candidatura tradicional. Primero, oficializó su participación en las primarias republicanas con un discurso aparentemente improvisado contra los inmigrantes mexicanos, a quienes definió, entre otras cosas, como "violadores". Algunos días después, Trump se manifestó sobre el senador republicano John McCain, una verdadera institución de la política estadounidense, con el halo de respeto de todo el espectro constitucional. "No es un héroe de guerra", dijo Trump. "Porque fue capturado. Me gustan las personas que no son capturadas".

El discurso sobre los mexicanos aún podía pasar, pero ¿un candidato republicano que "trolea" a McCain y a los veteranos de guerra? Nunca se había visto algo así en las filas del Gran Partido Viejo. La ola de indignación fue inmediata y violenta. El jefe del partido excomulgó a Trump en campo abierto: "No hay lugar en nuestro partido o en nuestro país para comentarios que ofendan a aquellos que lo sirvieron con honor". Trump entró en el índice de toda la clase política estadounidense: indigno, miserable, repulsivo. En las redacciones, los periodistas se regocijaron. Matt Taibbi, de Rolling Stone, informa: "Ahora esperamos que Donald adopte la posición clásica y se someta al ritual expiatorio de las personalidades que dieron un paso en falso, comenzando por el Acto de Contrición Pública".

En ese momento, Trump, yendo en contra de la corriente, hizo algo absolutamente inédito. No intentó disculparse de ninguna manera y afirmó, sin titubear, que nunca dijo que McCain no fuera un héroe. "Si alguien es prisionero, lo considero un héroe", dijo. ¿Cómo es eso? ¡Él dijo lo contrario! ¡El video está ahí! Los periodistas se alarmaron: ¿cómo es posible que un candidato a la Casa Blanca niegue la evidencia?

Y, sin embargo, es así. Trump supera el incidente con McCain con la desenvoltura de un golden retriever y continúa ganando apoyos. Sigue una larga serie de aparentes meteduras de pata y mentiras comprobadas que lo llevarán triunfalmente a las elecciones de noviembre de 2016. Después del episodio con los veteranos, vienen los insultos machistas contra una periodista de televisión ("ella tiene sangre saliendo de todas partes", dice el candidato); la imitación de un reportero con discapacidad física que lo criticó; los apodosos infantiles con los que honra a otros candidatos republicanos (Marco Rubio se convierte en

"Pequeño Marco" y Ted Cruz, "Ted, el mentiroso"). Hacer campaña contra Trump significa ser arrojado a un patio de escuela, donde el bravucón de la clase es semianalfabeto, pero también –quién sabe cómo– increíblemente eficaz en el arte de ridiculizar a la profesora y a los intelectuales de gafas.

Los iniciados están desconcertados, pero al público le encanta (sin mencionar a los jugadores...) y recompensa a su favorito con calificaciones cada vez más altas, permitiéndole hacer campañas con una fracción del dinero utilizado por los demás para promover sus candidaturas. El megáfono de Trump es la incredulidad y la indignación de los medios tradicionales que caen en todas sus provocaciones. Le hacen publicidad y, sobre todo, le dan credibilidad a su reivindicación, a priori absurda para un multimillonario neoyorquino, de ser el candidato anti-establishment. Sin los gritos diarios y escandalizados de los comentaristas políticos, los insiders de Washington y los intelectuales vestidos de negro, sería difícil para Trump legitimarse como el abanderado de la ira de los abandonados contra el sistema. En estas condiciones, por el contrario, todo es más fácil. Basta con que los espectadores de América rural observen la reacción impactada de las élites urbanas frente a la candidatura de The Donald para convencerse de que, realmente, este hombre puede representar su cansancio con todo lo que viene de Washington.

La campaña de Hillary emplea a más de mil personas. La de Trump, diez veces menos. De hecho, él solo necesita ser él mismo para catalizar la atención de los medios y del público, mientras que los "estrategas" de Hillary informan que "están trabajando para que ella parezca más espontánea". El gran mérito de Trump es, en el fondo, haber entendido que la campaña electoral era un formato televisivo de mentiritas, producido por aficionados y poniendo en escena personajes tristes y sin vida, que probablemente no habrían pasado una preselección de La Rueda de la Fortuna, y mucho menos de un reality show seguido por millones de fans de Kim Kardashian y Justin Bieber. En este paisaje tibio, dominado por directores y actores de segunda categoría –la pésima Clinton, el pésimo Bush y algunas apariciones improvisadas de personajes con el entusiasmo de quienes hacen cola en el correo, pensando "tarde o temprano, mi turno llegará"– Trump surge en el salón como Clint Eastwood en una película del oeste.

"Trabajo en el mundo de la dramaturgia desde hace diez años", declaró un productor al New York Times, "y puedo decirles que Donald es exactamente lo que buscamos en nuestros castings. No es complicado y es auténtico. Puedes entender su personalidad escuchándolo hablar durante quince segundos. Su emblema es la autopromoción. Sus edificios son altos y dorados, con el nombre TRUMP escrito en letras mayúsculas y garrafales... Durante las campañas políticas, hay conflictos, pero a veces son matizados demás para el gran público.

Trump resolvió el problema. Sus insultos personales se convirtieron en su marca distintiva. Incluso cuando dice que se contienen, como cuando declara, respecto al senador Rand Paul: 'Nunca lo atacaría por su físico –y, sin embargo, crean, no faltarían motivos'".

En América en 2016, los criterios de evaluación de los políticos pasaron a ser los mismos que los utilizados para otras celebridades: primero, la capacidad de atraer atención –y en este aspecto Donald es un maestro; en segundo lugar, la capacidad de identificación– "¿cuánto me reconozco en él?". La autenticidad de los participantes es la obsesión de todos los reality shows. Es esa misma condición la que, como por casualidad, se convirtió en la preocupación principal de los electores en relación con aquellos que participan en el reality show de la política. Bajo este perfil, la postura de Trump está cimentada, obviamente, en un componente de actuación, pero también contiene un verdadero elemento de espontaneidad. Mucho antes de ser candidato, un inversor extranjero le preguntó qué significaba "white trash", apodo ofensivo utilizado por algunos esnobs para referirse a los blancos del Medio Oeste, vistos como incultos y generalmente obesos, la mayor parte del tiempo inertes frente al televisor. "Son personas exactamente como yo", respondió Trump, "con la diferencia de que son pobres".

A través de la brutalidad de su lenguaje y sus provocaciones, mediante sus discursos improvisados y sus tweets, sus bromas injuriosas y sus fanfarronadas ingenuas, Trump expresa una autenticidad que lo distingue de los políticos profesionales, alrededor de los cuales el mundo parece deslizarse con la usual e inmutable indiferencia.

Donald es, sin duda, un poco loco, pero es una persona real, no la creación artificial de consejos de asesores. Él dice las cosas como son. No tiene tiempo para lo políticamente correcto y para esta América que, afirma, se pierde en chácharas sobre los baños transgénero y los huertos orgánicos mientras las fábricas cierran y los trabajos son transferidos a México y el Lejano Oriente. El estilo agresivo de Trump transmite un sentimiento de fuerza. De que él, sin miedo de desafiar las convenciones, luchará con la misma energía para cambiar las cosas.

No sorprende que esta actitud conquiste la adhesión de Milo y de la vasta comunidad de gamers más radicales. Durante toda la campaña, Trump continuará cimentando esta alianza, retuiteando regularmente mensajes provenientes de los redutos más remotos de la blogósfera. A cambio, los gamers y bloggers de la derecha alternativa ofrecerán al candidato republicano diversos servicios esenciales. En primer lugar, crearán eslóganes y campañas virtuales. También romperán numerosos tabúes y actuarán de manera que las opiniones antes consideradas extremas impregnen el debate público. En parte, gracias a la

fuerza de las redes sociales, pero también a los reflejos condicionados de los medios tradicionales, que caen directamente en todas las trampas al reproducir, indignados, cualquier tipo de provocación.

El modelo de Milo coincide con el modelo de Trump. Ninguno de los dos podría funcionar sin los gritos de indignación del establishment, que, por un lado, propagan los argumentos de la nueva derecha y, por otro lado, confirman que tales ideas son, efectivamente, antisistema. Como el cardenal Mazarino, cuyo precepto era "ex inimici salus mea", la salvación de Donald Trump proviene, antes que nada, de sus enemigos. Un multimillonario podría parecer poco confiable a los ojos de la gente común, pero la hostilidad violentísima del establishment y los periodistas contra él ha llenado sus galones de combustible suministrado por el electorado popular.

La contribución de las tropas digitales de Bannon y Milo no se limita a este aspecto. Al invertir masivamente en sitios de información y redes sociales, los trolls de la derecha alternativa crean un clima de intimidación en Internet. Así, cualquier observador o periodista que se atreva a tomar posición en su contra es bombardeado con insultos y amenazas. Es el escuadronismo en línea, practicado desde hace mucho tiempo por los trolls populistas en Italia. Contribuye a influir en el clima, en la atmósfera en la que se lleva a cabo el debate. O, mejor aún, impide cualquier debate de fondo. La Liga Antidifamación calculó que 2,6 millones de tweets antisemitas se difundieron en Internet durante la campaña, la mayoría de ellos enviados a periodistas y personalidades que se oponían a Trump.

Las hordas digitales también prestan servicios más puntuales al candidato republicano. En el primer debate televisivo con Hillary, por ejemplo, se movilizan para alterar los resultados de las encuestas en línea realizadas por los principales medios de comunicación. Es así como, aunque pierde en las encuestas telefónicas tradicionales, Trump triunfa esa noche en todos los resultados en línea. Time, CNBC, Fortune, The Hill y otros medios de comunicación basados en Internet lo declaran ganador, y el propio candidato puede, sin miedo, tuitear: "Realmente, un gran honor. ¡Las encuestas sobre el debate dicen que el MOVIMIENTO es el ganador!".

En los próximos capítulos, veremos que la campaña de Trump recurrió en Internet a otras herramientas más sofisticadas para promover al candidato republicano y desalentar a los partidarios de Hillary. Y diferentes investigaciones en curso en Estados Unidos están demostrando el papel desempeñado por Rusia durante las elecciones. Pero, en última instancia, el triunfo inesperado del candidato más improbable para las presidenciales de 2016

sigue siendo, antes que nada, el fruto de una operación política y cultural durante mucho tiempo disimulada, antes de salir a la luz del día.

Por eso, cuando, en el primer encuentro cara a cara entre los dos candidatos a la Casa Blanca, Hillary Clinton acusa a Trump de vivir en su propia realidad, Steve Bannon no puede evitar una sonrisa. Es cierto que Donald tiene "una concepción narrativa de la verdad", que le permite adoptar un comportamiento bastante creativo en comparación con los hechos reales. Pero la realidad en la que vive, y que construye día tras día con sus espectáculos unipersonales improvisados y su flujo continuo de tweets, coincide con la de millones de votantes, repartidos en los cuarenta estados que no dan ni al Atlántico ni al Pacífico. Y a quienes los habitantes privilegiados de las regiones costeras llaman, con desprecio, flyovers (o "sobrevolados"). Millones de hombres americanos, blancos, trabajadores, acostumbrados desde hace generaciones a considerarse la columna vertebral de la nación. Y que, de repente, se convirtieron en motivo de vergüenza para las "clases creativas multiétnicas que dominan la economía y los medios de comunicación mientras toman capuchinos y jugos de fruta orgánicos en los cafés de Manhattan y Palo Alto".

Hillary y los liberales (18), que hablan a menudo de noticias falsas y burbujas informativas, aún no habían comprendido el problema. Claro, los filtros cognitivos existen. Pero la verdadera burbuja, la que impide aprehender correctamente la realidad en el otoño de 2016, no es la formada por Trump, Breitbart y la galaxia de sitios conspiracionistas de la derecha alternativa estadounidense. Es la burbuja de los demócratas, los liberales y los medios de las costas Este y Oeste que repiten incansablemente que es imposible llegar a la Casa Blanca insultando a minorías, mujeres, inmigrantes y discapacitados. Prueba de una incompetencia sin precedentes.

"Es un grupo de personas que hablan entre sí y que no tienen la menor idea de lo que está pasando. Si el New York Times no existiera, CNN y MSNBC no sabrían qué hacer. El Huffington Post y todo lo demás se basan en el NYT. Es un circuito cerrado, del cual Hillary Clinton obtiene toda su información, y en el cual basa su seguridad. Esa fue la intuición capital de Bannon: la victoria de Trump es posible porque el mainstream ni siquiera puede imaginarla. 'Si ellos dicen que no es posible, significa que nosotros podemos llegar allí'."

5. Un extraño dúo en Budapest

ONCE DE ENERO DE 2015 es un día especial. Una ciudad, París, y con ella toda Francia, despierta después del horror del atentado a la redacción de Charlie Hebdo. El presidente François Hollande invita a jefes de Estado y de gobierno de todo el mundo a unirse a él para lo que será la mayor manifestación vista en las calles de París desde la Liberación en 1944. Dos millones de personas desfilan a lo largo del bulevar que lleva el nombre del autor del Tratado sobre la tolerancia, Voltaire. El primer ministro inglés, la canciller alemana, el presidente del consejo italiano, unidos, abrazan emocionados a su colega francés. Quizás ya se dan cuenta de que han sido lanzados, por segunda vez desde el 11 de septiembre de 2001, a una época impredecible y violenta que pronto los afectará. Pero eligen, por ahora, entrar juntos en la tormenta y levantar con fuerza los valores de libertad y apertura que marcaron la construcción europea en sus mejores momentos.

Solo un hombre, entre todos los líderes europeos, mantiene cierta distancia. Y no es por timidez. Muy por el contrario, Viktor Orbán se reveló al mundo en una manifestación en la primavera de 1989. En ese momento, con 26 años, gritó desde un estrado instalado en la Plaza de los Héroes en Budapest, consignas exigiendo la libertad de su pueblo y la retirada inmediata de las tropas soviéticas del territorio húngaro.

Pero ese día, en París, Orbán se niega a jugar el juego. "El espíritu del 11 de enero" es muy poco para él. Orbán quiere, en realidad, marcar su diferencia. "La inmigración económica", declara, al margen de la manifestación, "es algo malo para Europa. No deberíamos reconocer ningún mérito en ella, porque solo trae desorden y peligro a los pueblos europeos [...] Mientras yo sea primer ministro y mi gobierno esté constituido, no permitiremos que Hungría se convierta en el destino de inmigrantes en los términos pensados por Bruselas. No queremos entre nosotros ninguna minoría con patrimonio cultural diferente al nuestro. Queremos que Hungría siga siendo de los húngaros".

Cuando Orbán pronuncia estas palabras en París, la inmigración todavía está lejos de ser una preocupación para los húngaros. Las encuestas dicen que solo el 3% de los votantes consideran el tema prioritario. Pero como político visionario, el primer ministro sabe que ahí hay una veta de oro. Basta con explotarla, y él sabe cómo hacerlo, y sobre todo, con quién hacerlo.

A primera vista, Arthur Finkelstein es la antítesis de Viktor Orbán. Si uno es ruidoso y parlanchín, el otro es reservado y obsesionado por la discreción. La CNN llegó a compararlo con Keyser Söze, el villano de la película "Los sospechosos de siempre" que nadie jamás ha encontrado en persona: "Digno de Hollywood, un personaje capaz de derribar al adversario más fuerte, pero tan

secreto que muy pocos han tenido la oportunidad de verlo realmente". Así, después de cuarenta años de carrera en las altas esferas del poder, hay pocas fotos y entrevistas de Finkelstein para demostrarlo. Cuando va a un hotel, se registra bajo una identidad que no es la suya, y la empresa de la que es dueño no lleva su nombre. Mientras que Viktor reclama orígenes provincianos, con su estilo rudo y viril de exjugador de fútbol endurecido por la vida a base de golpes en las espinillas, Arthur es un judío homosexual de Nueva York apasionado por la ópera y la literatura rusa.

Y sin embargo, aunque todo los separa, los dos están hechos el uno para el otro. Como Orbán, Finkelstein es un niño prodigio que milita, desde muy joven, en el ala dura del Partido Republicano. Sin haber cumplido los veinte años ya trabaja para Barry Goldwater, el candidato ultraconservador a la Casa Blanca, luego para Richard Nixon. En 1976, tiene un papel decisivo en la campaña de las primarias que proyecta, por primera vez, al gobernador de California Ronald Reagan en la escena nacional. Cuatro años más tarde, se convertirá en uno de sus consejeros políticos más cercanos en la Casa Blanca, desarrollando una actividad de comité que lo hará elegir a decenas de miembros del Congreso y gobernadores de varios estados estadounidenses.

Ya en ese momento, su método es el microtargeting. Es decir, análisis demográficos sofisticados y encuestas a boca de urna entre los votantes de las primarias, que permitirán identificar los diversos grupos a los que se deben enviar mensajes segmentados. Facebook todavía está lejos, pero Finkelstein utiliza masivamente cartas en papel y telemarketing para mapear a los partidarios potenciales de sus clientes. A algunos les envía mensajes más moderados; con otros, enfatiza ciertos aspectos del programa o la personalidad de los candidatos que apoyan.

Pero el verdadero talento de Finkelstein consiste, desde el principio, no tanto en promover a su candidato, sino en destruir a su adversario. En sus manos, las campañas negativas, que atacan resaltando los defectos de los oponentes, se convierten en una forma de arte. Cuando, por ejemplo, se trata de elegir a Al D'Amato, un republicano sin carisma en una circunscripción fuertemente demócrata, Finkelstein explica: "No tenía mucho material para trabajar. Si conoces a D'Amato, sabes de lo que estoy hablando. Por lo tanto, no podía resaltar sus cualidades. Entonces, decidí mostrarlo lo menos posible. Nunca lo llevé a los estudios de televisión. Ni una sola vez". Por otro lado, destruir a sus adversarios no fue difícil. Primero, se elimina al senador en el final de su mandato, un miembro de la clase A de cierta edad descrito por Finkelstein como una especie de cadáver ambulante. Luego, se ataca al rival demócrata de D'Amato, el fiscal general del Estado. "Un liberal sin esperanza", en palabras de Finkelstein, lo que en su lenguaje significa un elitista hipócrita, ajeno a la realidad y ocupado en

dictar leyes con el dedo meñique levantado, mientras que la verdadera América fundamenta desde siempre su grandeza en la iniciativa personal, libre de reglas y burocracia.

Para enfatizar este punto, Finkelstein graba un anuncio de televisión. Pero no lo hace con D'Amato, siempre cuidadosamente mantenido alejado de las cámaras, sino con la madre del candidato, provista de bolsas de supermercado. Ella encarna así las dificultades de la vida cotidiana de la gente común ignorada por la izquierda caviar.

Durante esta campaña, como en decenas de otras, Finkelstein transforma el adjetivo "liberal" en insulto. Al hacerlo, contribuye a la victoria de un batallón de candidatos ultraconservadores y a la derrota de verdaderos íconos del Partido Demócrata, como Frank Church, George McGovern y Mario Cuomo, "demasiado liberales y durante mucho tiempo", es el lema ganador que Finkelstein susurra al oído de su oponente desconocido, George Pataki.

"En pocos años, Finkelstein se convirtió en una leyenda en los círculos de poder republicanos y formó toda una generación de spin doctors, que desempeñarían roles centrales en las victorias sucesivas de George W. Bush y Donald Trump. Los dos principales asesores implicados en la investigación sobre la interferencia rusa a favor de Trump, Paul Manafort y Roger Stone, fueron formados en la escuela de Finkelstein.

A mediados de la década de 1990, Finkelstein comienza a exportar sus habilidades más allá de las fronteras de Estados Unidos. En 1996, llega a Israel, donde encuentra una situación aún más explosiva de lo habitual. El primer ministro, Yitzhak Rabin, acaba de ser asesinado por un judío fanático que se opone a los acuerdos de paz con los palestinos. Su sucesor, Shimon Peres, es considerado un moderado, con una victoria prevista en las próximas elecciones. Sin embargo, Finkelstein ve una oportunidad para su candidato, Benjamin Netanyahu, quien es considerado un extremista inexperto y poco confiable.

Finkelstein crea una campaña agresiva, retratando a Peres como un traidor a la patria y destacando a Netanyahu como el verdadero patriota. El eslogan "Netanyahu es bueno para los judíos" es simple pero efectivo, polarizando la opinión pública en torno a una división clara entre "nosotros" y "ellos". Sorprendentemente, la estrategia funciona y Netanyahu es elegido primer ministro.

En los años siguientes, Netanyahu continúa fortaleciendo su posición política, utilizando la división establecida por Finkelstein entre "nosotros" y "ellos". La leyenda de Finkelstein se extiende por Europa del Este y el antiguo bloque soviético, donde continúa aplicando sus habilidades en campañas difamatorias,

moldeando la política en varios países. En Hungría, encuentra un cliente en Viktor Orbán, cuyas ideas políticas se asemejan a las suyas, identificando a Europa como el enemigo y promoviendo un mensaje nacionalista y populista."

"Al igual que Finkelstein, Orbán es un discípulo de Carl Schmitt, para quien la política se trata principalmente de identificar al enemigo. En 2009, el enemigo está claro: Europa, que ha sometido a Hungría a la humillación de una crisis financiera de la cual solo puede salir con la ayuda del FMI, imponiendo medidas de austeridad que afectan a la clase media.

En el poder está Gordon Bajnai, un tecnócrata apoyado por Bruselas y los mercados, quien comienza a reducir los salarios del sector público y las pensiones. Orbán se presenta como el defensor de los intereses nacionales y critica ferozmente las políticas de austeridad impuestas por la Unión Europea. Con un enfoque agresivo y populista, Orbán utiliza el descontento popular para consolidar su posición política y ganar las elecciones de 2010.

Finkelstein y Orbán comparten una visión política que se basa en la identificación del enemigo y en la creación de una narrativa divisiva que polariza a la sociedad. Su colaboración lleva a la consolidación del poder de Orbán en Hungría y al fortalecimiento del nacionalismo y el populismo en Europa Central y del Este."

Orbán, quien ya había gobernado Hungría durante cuatro años con una plataforma claramente proeuropea, entendió que era momento de cambiar de rumbo. Con la ayuda de Finkelstein, construye una intensiva campaña contra los liberales que traicionaron al pueblo y condujeron al país a la bancarrota debido a su corrupción y sumisión a intereses extranjeros. Hungría no es una colonia, declara vigorosamente Orbán. Después de haber soportado la ocupación turca, de los Habsburgo y de los soviéticos, no aceptará ser esclava de Bruselas. Y Bajnai, el tecnócrata sostenido por la izquierda, es una presa fácil para la campaña negativa orquestada por Finkelstein.

En la primavera de 2010, Orbán gana las elecciones de manera abrumadora, obteniendo el 57,2% de los votos. En el clima sobrecalentado de una campaña negativa y enojada, el 17% de los votos se destinan al partido xenófobo Jobbik. Concretamente, tres cuartos del electorado eligen, ese año, a un partido de derecha o extrema derecha. Los viejos partidos de centro-derecha y centro-izquierda que dominaron la escena desde 1989 son enviados de vuelta a casa, y los socialistas caen del 46% al 19% de los votos. Así, en Hungría se materializa, años antes, el escenario que luego se impondrá en otros países europeos.

Desde el principio, Orbán presenta la victoria no como un simple cambio, sino como el preludio de la revolución que permitió al pueblo finalmente tomar el

poder. Un Manifiesto por la Cooperación Nacional, en el que "el trabajo, el hogar, la familia, la salud y el orden" son señalados como pilares del "nuevo sistema nacido de la voluntad popular", es votado por la mayoría parlamentaria y exhibido en los edificios públicos. La Constitución es reescrita para acelerar los procedimientos (a partir de entonces, una ley puede ser aprobada en pocas horas) y para centralizar el poder (los tribunales de justicia pasan a estar bajo control del Ejecutivo).

Orbán se apoya firmemente en el espíritu de revancha de una nación que, al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, fue amputada en dos tercios de su territorio y dos quintos de su población. Después del Tratado de Trianon (1920), más de tres millones de húngaros se encuentran en países extranjeros: Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia. Desde su entrada en vigor, el gobierno de Orbán otorga ciudadanía a todos los húngaros que viven en el extranjero y proclama el 4 de junio, fecha de la firma del Tratado de Trianon, como "Día de la Solidaridad Nacional". A partir de entonces, los ciudadanos húngaros de los países vecinos pasan a ser los componentes principales y más sólidos del electorado de Orbán: en las elecciones de 2014, el 95% de ellos votarán al Fidesz, el partido del primer ministro.

Pero es la ciudadanía en su conjunto la que es movilizada permanentemente por la "lucha en pro de la liberación nacional", puesta en escena por Orbán y sus consejeros. Se imponen tasas especiales a la actividad de las multinacionales extranjeras. Comprar tierras agrícolas se convierte, para los que vienen de fuera, en casi imposible. Los medios de comunicación, privados o públicos, pasan a estar bajo control del poder ejecutivo. Todo esto en flagrante violación de las reglas más elementales del Mercado Común europeo.

Cada vez que las instituciones europeas intentan, tímidamente, hacer oír su voz, Orbán aprovecha para despertar los recuerdos más dolorosos de la historia de la patria. "Conocemos bien la naturaleza de esta ayuda no solicitada ofrecida por los camaradas, y la percibimos incluso cuando no se presenta en uniformes con hombreras, sino en trajes bien cortados", declara, por ejemplo, durante la fiesta nacional de 2012

Surfeando en la ola de la lucha por la liberación popular, Orbán gana nuevamente las elecciones en 2014 y, gracias a la nueva ley electoral, sus 45% de votos se transforman en el 90% de los escaños en el parlamento (96 de 106). Pero, a partir de ese momento, algo se quiebra. Nada funciona más: una serie de escándalos de corrupción afectan a personalidades cercanas al primer ministro; en las elecciones parciales, el Jobbik conquista escaños en detrimento del partido de gobierno; las calles de Budapest se convierten en escenario de inmensas manifestaciones de jóvenes que catalizan y hacen visible el descontento

acumulado con el "gobierno del pueblo". En unos pocos meses, el Fidesz cae en las encuestas hasta alcanzar el 20% más bajo.

"Tenemos que cambiar el esquema", repite Finkelstein, incluso cuando Orbán ya ha entendido. En un primer momento, intenta desviar el debate hacia la pena de muerte. ¿Por qué no restablecerla para hacer aún más fuerte la retoma de la revolución nacional?

Pero el público reacciona fríamente y el debate no despegue. Extrañamente, el tema no excita los ánimos. Orbán y Finkelstein saben muy bien que lo que necesitan es un nuevo enemigo, y los ataques terroristas aparecen como una solución perfecta para los anhelos de la "causa".

Gracias a una especie de magia, el Islam, encarnado por las sombrías fisonomías de los inmigrantes llegados de África y Oriente Medio, se convierte en el nuevo enemigo número uno. El único inconveniente es que en Hungría el problema no existe o es invisible. Los extranjeros representan solo el 1,4% de la población húngara y, entre ellos, la cantidad de musulmanes es ínfima.

Pero eso no importa: Finkelstein nunca se ha dejado vencer por la realidad. "Lo más importante", dice en una entrevista concedida en Praga, "es que nadie sabe nada. En política, lo que percibes como verdad es la verdad. Si les digo que es un placer estar aquí porque dejé Boston, donde estaba nevando, y ahora estoy en Praga, donde brilla el sol, lo creerán. Porque saben que hoy, aquí, está haciendo un día hermoso. Si, por el contrario, digo que estoy triste de estar aquí porque dejé Boston con sol brillante y en Praga está nevando, no me creerán, porque basta con mirar por la ventana y creer que está nevando en Boston porque les menté sobre Praga. Eso es: un buen político es alguien que va a decir una serie de cosas verdaderas antes de comenzar a decir una serie de cosas falsas, porque así creerán todo lo que diga, verdadero o falso".

Tan pronto como Orbán regresa de París, la maquinaria de propaganda se pone en marcha. Con la ayuda de sus colaboradores locales, Finkelstein concibe un cuestionario que será enviado a todos los votantes, dentro de una "consulta nacional sobre el terrorismo y la inmigración". Ocho millones de ciudadanos reciben en su buzón un formulario oficial con preguntas del tipo: "Algunos dicen que hay una conexión entre la mala gestión de la inmigración por parte de Bruselas y la escalada del terrorismo. ¿Comparte usted esa opinión?".

Al mismo tiempo, Finkelstein organiza una enorme campaña publicitaria con mensajes teóricamente dirigidos a los inmigrantes, pero escritos en húngaro y rigurosamente pensados para influir en los votantes. Las paredes de todo el país están cubiertas de letreros en mayúsculas: "Si vienes a Hungría, no puedes

robarle el trabajo a los húngaros". "Si vienes a Hungría, ¡tienes el deber de respetar nuestra cultura!"

A diferencia de otros líderes europeos sorprendidos por la crisis migratoria de 2015, Orbán y Finkelstein están preparados. Siguiendo el principio de Maquiavelo que aconseja nunca dejar pasar una crisis, crean las condiciones perfectas para convertir los flujos de refugiados sirios en una máquina generadora de adhesiones. Y, al parecer, la suerte favorece a los audaces, la invasión realmente sucede. Ese año, las entradas irregulares al país se multiplican por ocho, pasando de 50,000 el año anterior a más de 400,000.

En realidad, la gran mayoría de los que llegan no tienen ninguna intención de quedarse en Hungría. Solo desean atravesar el país para dirigirse a Alemania y otros países del norte de Europa. Pero Orbán necesita una chispa para encender su explosivo mensaje de tolerancia cero con la inmigración. No se conforma con hacer aprobar por el parlamento, en un tiempo récord de dos horas, una ley para construir una barrera de 175 kilómetros a lo largo de la frontera: además, ordena el cierre de la estación de tren de Budapest.

Como resultado, los inmigrantes que solo querían atravesar el país seguirán bloqueados en la capital húngara y obligados a emprender una larga marcha hacia la frontera austriaca.

En términos políticos, la línea inflexible de Orbán, que llega en el momento perfecto al corazón del clima de paranoia generado por las campañas de Finkelstein, funciona perfectamente. La popularidad del primer ministro se dispara en las encuestas, mientras que la extrema derecha de Jobbik entra en cortocircuito bajo el efecto de un gobierno que ha recuperado sus principales líneas maestras.

Los asesores de imagen dan instrucciones precisas a la televisión estatal sobre cómo cubrir la crisis. Nunca se deben filmar a los niños, oficialmente para protegerlos, pero en realidad para no generar demasiada empatía hacia los recién llegados. El término "refugiados" nunca debe ser utilizado, e incluso el término "bevándorló", que siempre ha designado a los inmigrantes, es abolido y reemplazado por "migrantes", una palabra de origen latino que suena enfáticamente extranjera en húngaro.

Nada se deja al azar para que la urgencia se transforme en una ola de popularidad a favor del primer ministro. Sin embargo, en marzo de 2016, bajo el impulso de Alemania, la Unión Europea firma un acuerdo controvertido con Turquía para bloquear el flujo de inmigrantes en la ruta de los Balcanes.

Teóricamente, la crisis estaría resuelta. Pero después de haber encontrado la mina de oro, Orbán no tiene intención alguna de renunciar a ella tan fácilmente.

Por suerte, la Unión Europea anuncia un plan para distribuir a los refugiados que siguen llegando a Italia y Grecia, según el cual Hungría debería acoger a 1.294 personas. El número es irrisorio, pero para Orbán es la ocasión soñada para insistir en su guerra de civilizaciones.

Tan pronto como se lanza el plan de Bruselas, Orbán convoca un referéndum para el 2 de octubre para aprobarlo o rechazarlo. Al mismo tiempo, la campaña de carteles vuelve a comenzar; ocupará la mitad de todos los espacios publicitarios del país, con lemas del tipo "Los ataques en París fueron cometidos por inmigrantes" o "Desde la crisis de inmigración, los ataques contra las mujeres han aumentado". La fuerza de estos mensajes radica en que están en todas partes, basta con dar un paso en cualquier dirección para encontrarse con un cartel llamativo. Durante el verano, las transmisiones en vivo del Campeonato Europeo de Fútbol y de los Juegos Olímpicos, con grandes audiencias, se interrumpen cada hora con boletines informativos dedicados a los inmigrantes y sus supuestos delitos. Paralelamente, la televisión estatal entrevista a actores y deportistas que, de manera unánime, explican por qué votarán "No" en el referéndum

Sin sorpresas, el "No" gana con el 98% de los votos, aunque menos de la mitad de los electores acudieron a las urnas. En menos de dos años, Orbán ha logrado convertir a su país en una especie de bunker y ha involucrado a otros países de la región, que han firmado en el pueblo húngaro de Visegrado un pacto histórico en contra de cualquier forma de redistribución de refugiados.

Orbán también tiene sus seguidores en Europa occidental, donde comienza a ser percibido como el estandarte de un modelo alternativo abiertamente opuesto a la tecnocracia de Bruselas.

Los contornos del modelo son claros. El primer ministro húngaro los delimitó en 2014 en un discurso que pasó a la historia: "La nación húngara no es solo un conjunto de individuos, sino una comunidad real que debe ser organizada, fortalecida y, en la práctica, construida. En este sentido, el nuevo Estado que estamos construyendo en Hungría es un Estado 'iliberal', no un Estado liberal. No niega los valores fundamentales del liberalismo, como la libertad, pero, por otro lado, no hace de esa ideología el elemento central de la organización estatal".

En la práctica, para Orbán, el Estado debe estar al servicio del pueblo, entendido como la mayoría de los húngaros. Y nadie, ya sea un juez, un periódico o una ONG, puede oponerse al ejercicio de la voluntad en nombre de la defensa de cualquier minoría o principio constitucional. Según él, "hoy el liberalismo en Europa no se centra en la libertad, sino en lo 'políticamente correcto', que se ha convertido en una ideología esclerosada y dogmática. Los liberales son los

enemigos de la libertad". Los contrapoderes son "una invención americana que Europa ha adoptado por mediocridad intelectual".

Las palabras de Orbán tienen el mérito de ser claras, aunque resulta un poco difícil escucharlas saliendo de la boca de un ex estudiante rebelde de 1989, que llegó apresuradamente desde Oxford, donde en ese momento estudiaba gracias a una beca de la Fundación Soros, ofrecida para controlar a jóvenes liberales, anticomunistas y proeuropeos de Budapest.

Como Trump y el Movimiento 5 Estrellas, Orbán es ante todo un político oportunista, guiado por un algoritmo y sediento de poder. Si el liberalismo y la tolerancia le hubieran garantizado ese poder, su brújula interna lo llevaría, sin duda, a respetar escrupulosamente los principios de la democracia liberal. Pero en el caso de Orbán, quizás haya un factor adicional. Para entender de qué se trata, conviene dejarse guiar por Ivan Krastev, uno de los observadores más perspicaces de la escena política postsoviética. Después de la caída del Muro de Berlín, según Krastev, las élites de Europa del Este se lanzaron a un proceso de imitación del Occidente, esperanzadas en recuperar el retraso acumulado en medio siglo de comunismo. Desafortunadamente, aparte de los trastornos materiales que causó en la vida de los ciudadanos de los ex satélites soviéticos, este proceso tuvo un costo psicológico brutal. Lo que hace que esta imitación sea tan dolorosa, según Krastev, no es solo el supuesto de que el imitador es inferior al modelo, sino también el hecho de dar al Occidente el derecho de juzgar el éxito o el fracaso de los países del Este desde sus estándares occidentales. Desde este ángulo, la imitación se traduce en una pérdida de soberanía.

Sería, por lo tanto, natural que en algún momento la frustración acumulada por los imitadores produjera consecuencias negativas. Más aún si consideramos que la admiración de las élites de Europa Oriental se basaba, al menos en parte, en un malentendido. A los ojos de los conservadores húngaros, checos y polacos, Occidente representaba un ideal porque, a diferencia del comunismo, garantizaba el respeto a las tradiciones y la religión. No es sorprendente que se sintieran engañados cuando se dieron cuenta de que la norma en Occidente era el multiculturalismo y los matrimonios homosexuales. Las crisis de los últimos años, el terrorismo islámico y la urgencia migratoria solo han reforzado la desilusión. Hasta provocar una inversión radical.

Bajo la influencia de los nuevos líderes soberanistas, las democracias no liberales del Este se presentan como el nuevo modelo para todos aquellos que consideran sagrados los valores seculares de la "Vieja Europa": Dios, la patria y la familia. Estos regímenes constituyen hoy en día los muros contra la dictadura de lo políticamente correcto y los derechos de las minorías, que barren las tradiciones y vuelven a cuestionar la verdadera importancia de la familia. También se

oponen a la inmigración en masa, que amenaza la homogeneidad y la identidad cultural de los pueblos europeos.

Hasta hace poco, los gobernantes de los países del Este adoptaban en Bruselas y en otras instancias una postura un tanto humillante de novato que, siempre expuesto al riesgo de una crítica o una condena, esperaba el momento de ser juzgado. Ahora, por el contrario, su misión es preservar la llama de los valores que Occidente ha perdido.

"Hace veintisiete años", dijo Orbán en un discurso en 2017, "aquí, en Europa Central, pensábamos que Europa era nuestro futuro; ahora, sentimos que representamos el futuro de Europa".

Es difícil no darle la razón, al menos en parte, si consideramos cómo han evolucionado las cosas en los últimos años. En muchos países europeos, Orbán se ha convertido en el modelo de inspiración de los movimientos soberanistas que ganan elecciones y a veces logran tomar el poder.

La cuestión migratoria permite alimentar al oso Waldo en todos los contextos. En Italia, Casaleggio Associati elaboró, a partir de 2014, un manual de conducta para los electos del Movimiento 5 Estrellas que participan en programas de televisión. En cuanto al tema de los inmigrantes, el texto sugiere adoptar la siguiente actitud: "El tema de la inmigración suscita muchas emociones, entre las cuales, en primer lugar, el miedo y la cólera. Por lo tanto, en la televisión, empezar a argumentar, explicar los tratados o incluso proponer soluciones más o menos realistas es inútil. Las personas están dominadas por sus emociones y se sienten amenazadas, al igual que sus familias. No se puede pretender que sigan un discurso puramente racional". El vademécum del M5S concluye sugiriendo la estrategia de la "transferencia emocional" o "decalque": "Somos una salida para la ira y el miedo". Durante la campaña para las elecciones municipales de 2017, Grillo llevará el "decalque" al extremo al usar, contra una minoría étnica como los gitanos, en su mayoría ciudadanos italianos, el término alemán "raus!" (¡fuera!). Convertido en ministro del Interior, el jefe de la Liga, Matteo Salvini, se ocupará de transformar estas ideas en proyectos de ley concretos, con el total apoyo del Movimiento 5 Estrellas.

Lo mismo ha ocurrido en todas partes, aunque bajo formas ligeramente diferentes. En todos los países industrializados, los ingenieros del caos se han apropiado del tema de las relaciones con el "extranjero", ya sea un refugiado, un inmigrante, o incluso un compatriota de origen étnico o religión diferente, para convertirlo en el principal combustible del populismo de Waldo. Desde su punto de vista, la ventaja de la cuestión migratoria no es solo que refuerza la división de Schmitt entre Nosotros y Ellos, sino sobre todo el hecho de que hace estallar las barreras tradicionales entre derecha e izquierda.

El estratega del Brexit, Dominic Cummings, comparte un episodio bastante esclarecedor al respecto. "Estaba coordinando un grupo de discusión con votantes del Partido Conservador. Hablamos sobre inmigración durante unos veinte minutos. Luego, pasamos a hablar de economía. Después de unos minutos, un poco sorprendido por sus palabras, pregunté: ¿pero a quién votaron? Al Labour, respondieron todos. Por un error de planificación, estaba hablando con miembros del Partido Laborista, y no con conservadores. Pero, en el tema de la inmigración, era casi imposible distinguir entre estos votantes de las capas populares y los tories o los soberanistas del UKIP."

El énfasis en la inmigración permite desarticular las formaciones políticas habituales, liberando un inmenso espacio político para el populismo, que puede, así, presentarse como no siendo ni de derecha, ni de izquierda. Cummings continúa: "Los medios de comunicación intentaron clasificar la campaña del Leave como 'de derecha', pero a los ojos del público no éramos ni de derechas ni de izquierdas. Lo mismo sucedió después con Trump. Cometió muchos errores, pero había algo atractivo en su mensaje nacional que iba más allá de las categorías de derecha/izquierda. Allí también los medios no entendieron y etiquetaron, como en el caso del Brexit, de 'derecha populista', con el sello de algunos charlatanes universitarios. Pero la razón por la que tuvo tanto éxito es precisamente porque llevó un mensaje que va más allá de ser simplemente de derecha."

La cuestión migratoria es el tema sobre el cual la derecha populista puede sellar su unión con la izquierda populista, como ocurrió en Gran Bretaña en el momento del Brexit y en Italia con el cierre de puertos decretado por Matteo Salvini. En el fondo, se trata solo de hacer evolucionar la oferta política para que esta se alíe con la demanda. Por eso, en los países donde la fusión aún no ha ocurrido, muchos protagonistas, tanto de extrema derecha como de extrema izquierda, trabajan para ser los primeros en dinamitar la antigua división ideológica.

En Alemania, una campaña agresiva, centrada casi exclusivamente en el tema de la inmigración, permitió al movimiento de extrema derecha AFD ("Alternativa para Alemania") desviar las intenciones de voto de la izquierda. Según los análisis de las transferencias de votos entre partidos en las elecciones de 2017, el movimiento obtuvo prácticamente tantos votos en las filas del Partido Socialdemócrata y de la izquierda radical Die Linke como en la derecha tradicional CDU-CSU. Por eso, después de las elecciones, muchos ex líderes de extrema izquierda crearon el movimiento Aufstehen ("Levantarse"), para, según una de sus fundadoras, "acabar con la buena conciencia de la izquierda sobre la cultura de acogida."

En Francia, se plantea la cuestión de si el movimiento de los Chalecos Amarillos puede constituir el detonante de una convergencia entre populistas de derecha e izquierda. A pesar de los esfuerzos considerables en esa dirección, realizados tanto por Marine Le Pen como por Jean-Luc Mélenchon, lo que falta aún en el caso francés es una especie de "Macron al revés" - un líder que tenga la capacidad de trascender el abismo derecha/izquierda para reunir a los nacional-populistas de ambos márgenes. Pero la propia experiencia del inquilino del Elíseo prueba que una figura de ese tipo puede emerger con extrema rapidez cuando las circunstancias le son favorables.

6. Los "físicos" y los datos

Al final de la década de 1960, cuando la pesadilla de la guerra atómica amenazaba con destruir el planeta, el dramaturgo suizo Friedrich Dürrenmatt imagina en una obra de teatro internar a Newton, Einstein y Möbius en una clínica dedicada a enfermedades mentales. En el asilo de los Físicos, los pisos son de madera, las camas son acogedoras y los balcones dan a las montañas. Aun así, Newton y Einstein no están muy encantados con el lugar y pasan sus días imaginando estratagemas para escapar de allí: sus laboratorios los esperan y aún tienen mil descubrimientos por hacer.

En cierto momento, Möbius se ve obligado a explicarles a ambos lo que realmente está pasando. "Hemos llegado al final de nuestro viaje", declara. "Pero la humanidad aún no ha llegado. Hemos avanzado sin parar, y hoy nadie nos sigue más, nos hemos lanzado al vacío. Nuestra ciencia se ha transformado en algo terrible, nuestra investigación es peligrosa, nuestros descubrimientos son mortales. Como físicos, solo nos queda capitular ante la realidad. La humanidad no tiene la capacidad para hacer frente a nuestra ciencia, y corre el riesgo de perecer por nuestra culpa". "¿Qué significa esto?", preguntan entonces los otros dos, muy preocupados. "Que deben quedarse conmigo en el asilo."

La obra de Dürrenmatt me vino a la mente al día siguiente del Referéndum inglés, cuando el director de la campaña a favor del Brexit, Dominic Cummings, hizo una declaración algo sorprendente. "Si quieres progresar en política", escribió en su blog, "mi consejo es contratar físicos, no expertos o comunicadores". Y, de hecho, en lugar de recurrir a los habituales consultores políticos, Cummings organizó la campaña con la ayuda de un equipo de científicos procedentes de las mejores universidades de California y de una empresa canadiense de Big Data vinculada a Cambridge Analytica, llamada AggregateIQ.

El pedido que Cummings hizo a estos dos grupos era muy simple: ayúdenme a apuntar bien. Díganme a dónde debo enviar mis voluntarios, en qué puertas debo llamar, a quién debo enviar correos electrónicos y mensajes en redes sociales y con qué contenidos. Según declaraciones del estratega del Brexit, los resultados superaron todas sus expectativas. Hasta el punto de que Cummings, él mismo, sacó una conclusión perturbadora: "Si eres joven, inteligente y te interesa la política, piénsalo dos veces antes de estudiar ciencias políticas en la universidad. Deberías interesarte, en cambio, en estudiar matemáticas o física. En un segundo momento, podrás entrar en política y tendrás conocimientos más útiles, con aplicaciones infinitas [...] Siempre puedes leer libros de historia más tarde, pero no puedes aprender matemáticas cuando quieras".

Ante este razonamiento, es legítimo ser un poco escéptico. En el fondo, la tecnología en la política a menudo tiende a revelarse como una burbuja. Después

de cada elección, siempre hay alguien que afirma que el ganador no fue elegido por razones políticas, porque tenía las mejores ideas o una personalidad más seductora, sino sobre todo gracias a una nueva ciencia conocida solo por el electo, desarrollada en secreto en algún sótano en Wichita o en Skopje. Después del Brexit y la elección de Trump, esta tendencia alcanzó su paroxismo cuando los medios de comunicación de todo el mundo se embarcaron en una cacería brutal contra los manipuladores ocultos, desde Facebook y Cambridge Analytica hasta blogueros macedonios y granjas de trolls rusos, todos personalmente acusados de hacer posible la materialización de esos resultados inesperados.

Es verdad que diferentes actores tienen interés en amplificar el papel desempeñado por las tecnologías en el proceso electoral. Los medios de comunicación, que tienen así una historia nueva y fascinante para contar, en lugar de los análisis habituales de los politólogos. Los perdedores, que pueden decir, a sí mismos y a sus seguidores, que no fueron derrotados por su bajo desempeño, sino por fuerzas oscuras. Los estrategas, como Cummings, los tecnólogos, los consultores y las plataformas, que pueden jactarse de haber cambiado el curso de la historia. Cuando Christopher Wylie, el "arrepentido" de Cambridge Analytica, admite su culpa en vivo ante el mundo entero, al confesar "elegí a Trump con mis algoritmos", él hace, sobre todo, publicidad de sí mismo (y de la sociedad que finge atacar) más que proponer una lucha por la libertad y la democracia.

Dicho esto, es cierto que algunas elecciones se deciden por márgenes tan ínfimos que la capacidad de influir incluso en algunos votos, de manera dirigida, puede marcar la diferencia. Trump ganó en Pensilvania con 44,000 votos de ventaja en 6 millones; con 22,000 en Wisconsin; y con solo 11,000 en Michigan. Desde una perspectiva global, es difícil negar que algo fundamental ha cambiado en la relación entre la tecnología y la política.

Los científicos siempre han soñado con reducir el gobierno de la sociedad a una ecuación matemática que suprimiera los márgenes de irracionalidad y de incertidumbre inherentes al comportamiento humano. Hace dos siglos, Auguste Comte ya definía la física social como "ciencia que tiene por objeto el estudio de fenómenos sociales considerados en el mismo espíritu que fenómenos astronómicos, físicos, químicos y psicológicos, es decir, como sujetos a las leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento es el punto de llegada de las investigaciones. Desde entonces, muchos han propuesto sus visiones de la "ciencia de la política", sin lograr nunca el objetivo de hacer más previsible la evolución de la sociedad.

Pero, en los últimos años, se ha producido un fenómeno decisivo. Por primera vez, los comportamientos humanos, que hasta entonces seguían siendo fines en

sí mismos, comenzaron a producir un flujo masivo de datos. Gracias a Internet y a las redes sociales, nuestros hábitos, nuestras preferencias, opiniones e incluso emociones comenzaron a ser mensurables. Hoy, cada uno de nosotros se desplaza voluntariamente con su propia "jaula de bolsillo", un instrumento que nos hace rastreables y movilizables en todo momento. En el futuro, con la "internet de las cosas", cada gesto generará un flujo de datos no exclusivamente vinculado a los actos de comunicación y consumo, sino también a hechos como cepillarse los dientes o quedarse dormido en el sofá de la sala. Eric Sadin habla, al respecto, de una "industria de la vida", el sector más prometedor de la nueva economía, destinado a canibalizar todos los demás.

Esta profusión sin precedentes de datos, y los poderosos intereses económicos que representa, están en la raíz del nuevo papel de los físicos en la política. Para entender mejor de qué se trata, decidí alejarme de todos los encantadores de serpientes que ya abarrotan el ámbito del Big Data aplicado a la política, para intentar volver a los fundamentos.

Por ello, opté por visitar a Antonio Ereditato, un investigador que participa en los experimentos internacionales más importantes sobre física de partículas, entre el CERN de Ginebra, el Fermilab de Chicago y el J.Parc de Tokai, en Japón. Él está basado en Berna, donde dirige el "Laboratorio de Física de Altas Energías" y el "Centro de Física Fundamental Albert Einstein". La física aplicada a la política solo le interesa hasta cierto punto. "Son aplicaciones ya conocidas", dice al recibirme en una oficina austera que parece haber sido diseñada por un diseñador de la Wiener Werkstätte (19). "El verdadero investigador está animado por la curiosidad. Quiere romper las fronteras del conocimiento. Es evidente que se necesita más fantasía para comprender cómo está hecho el mundo que para inventarlo".

A pesar de esto, accede a hacer algunos comentarios sobre el tema. "En física, el comportamiento de cada molécula no es predecible, ya que cada una está sujeta a interacciones con una infinidad de otras moléculas. El comportamiento de un conjunto, por otro lado, es predecible, ya que a través de la observación del sistema se puede deducir el comportamiento promedio. Las interacciones importan más que la naturaleza de las unidades, y el sistema, tomado en su conjunto, tiene características, y sigue reglas, que hacen previsibles las evoluciones. Las leyes de la física se aplican a los comportamientos humanos agrupados. Por supuesto, nunca podremos manejar mil millones de personas como mil millones de moléculas, pero hay analogías sobre las cuales se pueden aplicar algunos principios, incluso si son sistemas caóticos".

"En este sentido, como dice Nanni Moretti, las palabras son importantes. Para un físico, afirmar que un sistema es caótico no significa que sea un desastre y

que nadie entienda nada. Decir que un sistema es caótico significa hablar de un sistema en el que una pequeña variación de las condiciones iniciales puede producir efectos enormes en su evolución. Un sistema de seres humanos que interactúan entre sí puede ser un sistema caótico en el que, por ejemplo, una noticia falsa puede ser la pequeña modificación inicial que produce inmensos efectos secundarios".

Hasta hace unos diez años, los datos para aplicar las leyes físicas a los conjuntos humanos no existían. Hoy sí. Disponemos, incluso, de más datos sobre los conjuntos humanos que sobre la mayoría de los fenómenos físicos que solemos estudiar. "En general", confirma Ereditato, "si analizas un gas, o un sistema físico estadístico clásico, tienes un número de sensores mucho menor que el número de moléculas. Si analizas Facebook hoy, tienes casi tantos sensores como moléculas, es decir, usuarios. El problema entonces se vuelve la interpretación de los datos. Y ahí es donde pesa la ventaja competitiva del físico, que, a diferencia del político, está acostumbrado a trabajar con una cantidad infinita de datos".

No hace mucho tiempo, tener un enfoque científico en la política representaba una desventaja. Había, por supuesto, encuestas, pero estas permitían, en el mejor de los casos, un análisis rudimentario de las orientaciones de la opinión pública tomada en su conjunto. Cada intento de llegar a un enfoque más preciso era necesariamente costoso y producía, como máximo, resultados aleatorios. Lo que contaba en política, al final, era la capacidad de estar en sintonía con los tiempos y elegir el momento adecuado, lo que caracteriza al animal político desde Tucídides, para quien el líder es aquel capaz de "señalar, entre diferentes cosas inminentes, aquella que realmente sucederá".

En un contexto como este, cualquier proyecto para instalar una administración "científica" de la política podría parecer ridículo, fruto de las angustias de espíritus sin el hábito de enfrentar riesgos e incertidumbres, dos factores que siempre han caracterizado la experiencia política. Hoy, por primera vez, esta situación se invierte.

"Antes de intervenir en un sistema", retoma Ereditato, "es necesario comprenderlo, algo que el hombre político no sabe hacer. Este último se apoya en muy pocos elementos, algunas encuestas de intención y su instinto. La política adquiere información básica y actúa en función de ella: Salvini, por ejemplo, sabe que hay personas que están en contra de los inmigrantes y trata de conquistar sus votos".

"El físico, por el contrario, está acostumbrado a recopilar el mayor número de datos, es decir, los valores de las variables que describen el sistema. Además, realiza casi siempre simulaciones, sometiendo el sistema a la mayor cantidad de

condiciones diversas, a través de experimentos virtuales. En el caso de Salvini, no es suficiente saber cuántas personas están en contra de los inmigrantes: él también quiere saber cuántas son aquellas que, estando en contra de los inmigrantes, aún quieren seguir formando parte de la Unión Europea. O cuál es el punto de quiebre de los electores de su aliado Di Maio que son seguramente un poco racistas, pero que podrían, ante los frecuentes excesos, volver a marchar en las filas de la izquierda en defensa de los inmigrantes o de la Unión Europea".

"Hoy en día, los datos para obtener respuestas en tiempo real a estas preguntas, y a muchas otras, existen. Pero para obtenerlas, es necesario ser capaz de hacer tres cosas: llevar a cabo experimentos, recopilar datos y analizarlos".

Por supuesto, los físicos no son los únicos que saben enfrentar estos tres desafíos, pero entre todos los científicos, son quienes mejor han desarrollado el método de las simulaciones. La física determinista llegó a su fin a principios del siglo XX. En enero de 1900, Lord Kelvin anunció: "No hay nada más que descubrir, lo único que queda por hacer es determinar medidas cada vez más precisas". En diciembre del mismo año, Max Planck introdujo los primeros elementos de la física cuántica, abriendo así las puertas a un mundo totalmente nuevo. Desde entonces, la física dejó de ser una disciplina determinista en la que tal causa produce necesariamente tal efecto, ya que las variables se volvieron aleatorias en el nivel más profundo. A veces, en estas condiciones, no es posible resolver un problema de manera rigurosa, digital. Se adoptan entonces soluciones aproximativas.

"Por eso los físicos trabajan utilizando simulaciones. Realmente es parte de nuestra forma de pensar", continúa Ereditato. "Somos un poco creadores perversos. Si un hombre construye un castillo de arena, el físico es aquel que después de haberlo construido comienza a quitar granos para ver cómo se derrumba: desde qué momento, de qué lado, etc. Luego, repite la simulación miles de veces, hasta comprender cuál es la regla que rige la estabilidad de los castillos de arena".

"Hoy en día, las simulaciones se hacen también utilizando datos reales. Una vez que has realizado el experimento, recopilado los datos y los has analizado, eres capaz de identificar las correlaciones, es decir, cómo la modificación de un parámetro, incluso ínfimo, afecta al conjunto. Un sistema, en nuestro caso, con muchas variables y posibles efectos caóticos".

Solo en ese momento se vuelve posible empezar a intervenir para producir un efecto en lugar de otro. "Vas a llegar allí optimizando los parámetros del sistema. Cambias algo y mejoras el resultado basándote en el objetivo que buscas alcanzar. ¿Quieres incitar a alguien a hacer clic en un enlace? ¿Vender helados de pistacho? ¿Estimular a alguien para que vote por ti o, por el contrario, se

quede en casa el día de las elecciones? No importa el objetivo, hay mensajes más efectivos y mensajes menos efectivos. Los clics darán la respuesta en tiempo real y, a partir de ellos, puedes hacer pruebas continuamente e ir modificando los mensajes, en contenido y forma, manteniendo las características que funcionan y descartando las menos efectivas. Claramente, cada vez que optimizas los parámetros, modificas el sistema; por lo tanto, debes recibir datos nuevamente para comprender de qué manera, para luego optimizar una vez más, y así sucesivamente, en un ciclo casi infinito".

Concretamente, en el caso de la campaña a favor del Brexit, las cosas sucedieron de la siguiente manera. En un primer momento, los físicos estadísticos cruzaron los datos de las encuestas en Google con los de las redes sociales y con bases de datos más tradicionales, para identificar los posibles apoyos al "Leave" [el voto por la salida] y su distribución por el territorio. Luego, utilizando el "Lookalike Audience Builder", un servicio de Facebook muy popular entre las empresas, identificaron a los "persuadibles", es decir, a los votantes que no habían sido llevados al campo del Brexit, pero que, según sus perfiles, aún podían ser convencidos. Una vez delimitada el área potencial del "Leave", Cummings y los físicos de datos pasaron al ataque. El objetivo: diseñar los mensajes más convincentes para cada grupo de simpatizantes. "Durante las diez semanas que duró la campaña oficial, produjimos casi mil millones de mensajes digitales personalizados, principalmente en Facebook, con una fuerte aceleración durante los días previos a la votación". También en este frente, el papel de los científicos fue decisivo. Facebook les permitió probar simultáneamente decenas de miles de mensajes diferentes, seleccionando en tiempo real aquellos que obtenían una respuesta positiva y exitosa y logrando, mediante un proceso de optimización continua, elaborar versiones más efectivas para movilizar partidarios y convencer a los escépticos.

Gracias al trabajo de estos físicos aplicado a la comunicación, cada categoría de votantes recibió un mensaje a medida: para los defensores de los animales, un mensaje sobre las regulaciones europeas que amenazan los derechos de los animales; para los cazadores, un mensaje sobre las regulaciones europeas que, por el contrario, protegen a los animales; para los libertarios, un mensaje sobre la burocracia de Bruselas; y para los estatistas, un mensaje sobre los recursos desviados del estado de bienestar hacia la Unión. Gracias a todas las versiones posibles de estos mensajes, los físicos de datos pudieron identificar los más efectivos, desde la formulación del texto hasta el aspecto gráfico. También pudieron optimizar continuamente, en función de los clics registrados en tiempo real.

Medir el impacto preciso de esta actividad compleja sobre el voto es imposible. Pero todo indica que fueron movimientos importantes. El propio Cummings

escribió que "si Victoria Woodcock, la responsable del software utilizado en la campaña, hubiera sido atropellada por un autobús, el Reino Unido habría seguido en la Unión Europea".

Sin embargo, es importante destacar que el Vote Leave no tiene la exclusividad de este tipo de prácticas, que se han vuelto cada vez más habituales en las campañas electorales de todo el mundo. Esto comenzó con la campaña para la reelección de Obama en 2012, que representó el verdadero salto cualitativo en la materia.

En términos políticos, la llegada del Big Data podría compararse con la invención del microscopio. En el pasado, a partir de encuestas siempre aleatorias, los comunicadores políticos podían llegar a grandes conglomerados demográficos o profesionales: los jóvenes, los profesores del sector público, las amas de casa y así sucesivamente. Hoy, el trabajo de los físicos estadísticos permite enviar un mensaje personalizado a cada elector basado en características individuales. Esto posibilita una comunicación mucho más efectiva y racional que en el pasado, pero plantea algunas cuestiones problemáticas. Si el cruce de datos nos dice que una persona es particularmente sensible al tema de la seguridad, ¿será posible enviarle mensajes adaptados (a través de Facebook, por ejemplo), enfatizando la firmeza de unos o la cobardía de otros sin que el gran público y los medios de comunicación lo sepan? Se pueden abordar argumentos más controvertidos, dirigiéndolos solo a aquellos que sean sensibles a ellos, sin correr el riesgo de perder el apoyo de otros votantes que piensen diferente.

Dado que gran parte de esta actividad ocurre en las redes sociales, esto implica, al menos en apariencia, una comunicación entre pares, más que un mensaje que provenga desde arriba: este tipo de propaganda viral escapa a cualquier forma de control y verificación de hechos. Si por casualidad algo debe ser revelado, su autoría fácilmente puede ser negada por el actor político que está detrás de la noticia. El resultado es lo que algunos empiezan a definir como "política del silbato para perros", cuando solo algunos perciben el llamado, mientras que otros no escuchan nada.

Bajo esta perspectiva, la campaña de Trump de 2016 dio un gran paso adelante. A través de una inversión masiva en Facebook y gracias al equipo de técnicos gentilmente proporcionados por la empresa de Mark Zuckerberg, los asesores digitales de Donald probaron 5.9 millones de mensajes diferentes, frente a los 66 mil de Hillary, implementando así compulsivamente el proceso de optimización continua del que hablaba Ereditato. Pero la campaña de Trump no se conformó con utilizar Big Data para elaborar los mensajes más efectivos destinados a sus propios seguidores. También estableció un dispositivo masivo para desalentar a

los votantes demócratas de ir a las urnas, centrándose en particular en tres objetivos: los liberales idealistas blancos que habían apoyado la campaña de Bernie Sanders, el rival demócrata de Hillary durante las primarias; las mujeres jóvenes de 18 a 35 años; y los afroamericanos que viven en barrios problemáticos de las grandes ciudades.

Los primeros fueron bombardeados con mensajes que subrayaban los vínculos de Hillary con la comunidad financiera, los negocios oscuros de la fundación de su esposo y toda la información, verdadera o falsa, que pudiera corroborar la imagen de una candidata ávida y corrupta, irremediablemente comprometida con el "partido de Davos".

En cuanto a las mujeres jóvenes, la campaña de Trump no dejó de recordar los escándalos sexuales que habían manchado la carrera política de Bill, de los cuales estas mujeres no necesariamente estaban al tanto, ya que los hechos datan de al menos dos décadas atrás, y presentaba a Hillary como cómplice de un esposo pervertido, motivada ya sea por pura debilidad o por una ambición desenfrenada.

Finalmente, los afroamericanos de los guetos urbanos fueron objeto de mensajes que recordaban la reforma del sistema de asistencia social, que traería el fin de las ayudas incondicionales, y de un discurso de Hillary en el que describía a cierta categoría de hombres de color como "superdepredadores" que necesitaban ser "puestos de rodillas".

La parte legal de estos esfuerzos, la que utilizaba videos e información real, fue conducida directamente desde el cuartel general de la campaña digital de Trump en San Antonio, Texas. La parte ilegal, basada en la manipulación y las noticias falsas, que tuvo un papel esencial, fue gestionada de manera descoordinada por terceros, bloggers y sitios de información de la derecha alternativa, en América y también, al parecer, en lugares más inesperados como Macedonia y San Petersburgo. De este magma indefinido surgieron los ataques más absurdos, y los más seriales, contra la candidata demócrata, desde la acusación de vender armas al Estado Islámico hasta la de dirigir una red de pedófilos en el sótano de una de las pizzerías más populares de Washington.

El resultado de todo este trabajo es que, en el día de las elecciones, muchos votantes demócratas se quedaron en casa, abriendo las puertas de la Casa Blanca a los seguidores de Trump, aunque estos representaban una minoría del electorado en su conjunto.

Más allá de los casos particulares, que han sido objeto de numerosas investigaciones periodísticas o judiciales, es posible sacar al menos dos conclusiones de carácter más general. En primer lugar: una máquina

superpoderosa, concebida originalmente para apuntar con una precisión increíble a cada consumidor, sus gustos y aspiraciones, irrumpió en la política. Al principio, esta máquina no fue diseñada para alcanzar objetivos políticos, sino esencialmente comerciales. Facebook y otras redes sociales son plataformas publicitarias que ponen a disposición de las empresas instrumentos extraordinariamente avanzados para llegar a sus clientes. Pero una vez creada, queda claro que esta máquina también puede ser utilizada para fines políticos, como realmente ha sucedido en los últimos años. Y, considerando que son simples motores comerciales, las redes sociales no están equipadas, ni tienen interés en estarlo, para evitar desviaciones y abusos

Lo único que les interesa es el compromiso, el tiempo que cada usuario pasa en la plataforma. Que este valor aumente debido a un bombardeo de poemas de Rainer Maria Rilke o noticias falsas antisemitas, poco importa para Facebook. Por el contrario, considerando que su modelo de negocio se basa en el hecho de no ser un órgano de información, de lo contrario, tendría que responder ante la justicia por los contenidos que publica, Facebook debe, a toda costa, permanecer neutral en cuanto al contenido. Para la plataforma, tanto Rilke como los negacionistas son iguales y deben seguir siendo iguales, de lo contrario, todo el edificio sobre el edificio sobre el cual se erige el imperio de Zuckerberg se derrumbaría.

En segundo lugar, gracias a esta máquina, las campañas electorales cada vez más se convierten en verdaderas guerras entre software, durante las cuales los oponentes se enfrentan con la ayuda de armas convencionales (mensajes públicos e información veraz) y armas no convencionales (manipulación y noticias falsas), con el objetivo de lograr dos resultados: multiplicar y movilizar sus apoyos, y desmovilizar las bases del adversario.

Esta partida aún no ha tomado el lugar del juego político tradicional, pero está en vías de asumir una importancia capital y ya ha comenzado a impactar visiblemente nuestra sociedad.

En el viejo sistema, cada líder político solo disponía de instrumentos bastante limitados para segmentar a sus electores. Podía enviar mensajes específicos a ciertas categorías de base, como sindicatos, pequeños empresarios y amas de casa, pero necesitaba hacerlo públicamente. Quien quisiera crear un consenso mayoritario, y no solo de nicho, tenía que dirigirse al elector medio con mensajes moderados, alrededor de los cuales pudiera converger el mayor número posible de personas.

El juego democrático tradicional tenía, por lo tanto, una tendencia centrípeta: ganaba aquel que lograra ocupar el centro de la arena política.

El mundo de los físicos de datos funciona de manera diferente. Aquí, para crear consenso, el hecho de lanzar un proyecto político capaz de convencer a todo el mundo cuenta mucho menos, ya que, como profetizaba Michel Foucault hace cuatro décadas, el pueblo, masa compacta, fue abolida en beneficio de una reunión de individuos separados, cada uno susceptible de ser seguido en sus menores detalles.

En una situación así, el objetivo pasa a ser identificar los temas que importan para cada uno y luego explotarlos a través de una campaña de comunicación individualizada. La ciencia de los físicos de datos permite que campañas contradictorias coexistan en paz, sin nunca encontrarse, hasta el momento del voto. En el nuevo mundo, por lo tanto, la política es centrífuga. Ya no se trata de unir a los electores en torno a un denominador común, sino, al contrario, de inflamar las pasiones del mayor número posible de grupos para luego agregarlos, incluso en contra de su voluntad. Las inevitables contradicciones contenidas en los mensajes enviados a unos y otros continuarán, de todos modos, invisibles a los ojos de los medios y del público en general.

Esta dinámica económica que sigue la misma lógica también fortalece esta tendencia. Hasta hace unos años, como señaló Nick Cohen en la revista *Spectator*, ser un extremista político no era nada cómodo. Hoy, por el contrario, Internet ha abierto un mundo de oportunidades económicas para los propagadores del odio. El propagandista antimusulmán Tommy Robinson gana 4.000 libras al mes gracias al tráfico generado por sus sermones incendiarios, y recaudó 100.000 libras en un sitio de financiación colectiva para equipar un estudio de radio. Por otro lado, en la lógica de los nuevos medios de comunicación, que enfatizan los contenidos capaces de suscitar las emociones más fuertes, esto crea obstáculos para los pensadores más moderados, que tienen dificultades para hacer circular sus publicaciones y generar retornos financieros satisfactorios para ellos mismos y para los medios que los hospedan.

En un entorno así, el comportamiento de los líderes y de los partidos tiende a cambiar. Incluso para los partidos considerados clásicos, la motivación para elaborar una plataforma coherente y un mensaje único capaz de interceptar al elector medio disminuye, mientras que crece la tentación de multiplicar las señales, incluso contradictorias, para capturar a los grupos más diversos. Como se observa claramente en el caso del Movimiento 5 Estrellas, el líder y el partido se transforman en un algoritmo, sin una línea propia definida, pero capaces de interpretar las demandas más diversas gracias a la brújula de los datos.

Durante la campaña de 2016, la matemática Cathy O'Neil observó que, más allá del uso de los datos, el propio Trump se comportaba, en el fondo, como un

algoritmo de carne y hueso, tuiteando y bombardeando al público con comentarios de todo tipo, para luego modificarlos de acuerdo con las reacciones.

Como el personaje Revizor, de Gogol, el líder político se convierte en un "hombre hueco": "Los temas de su conversación son dados por aquellos que lo interrogan: son ellos quienes le ponen las palabras en la boca y crean la conversación". El único valor adicional solicitado es el que es común al espectáculo. "Nunca seas aburrido" es la única regla que Trump sigue rigurosamente, produciendo diariamente una escena de teatro, como el cliffhanger, el final inacabado de una serie que obliga al público a permanecer pegado a la pantalla para ver el próximo episodio. En el fondo, el mérito histórico de Trump fue principalmente entender que la campaña presidencial era un reality show bastante mediocre. Y eso sigue siendo cierto para Donald en su versión Comandante en Jefe. Beppe Grillo aplicó el mismo método durante años. Sus mítines eran espectáculos en solitario en los que el público participaba como si estuviera en una sala de teatro: la gente se indignaba, se emocionaba a veces, pero, sobre todo, se reía mucho. Y todo gratis...

Hoy en día, los príncipes del movimiento populista mundial aplican todos el mismo principio, cada uno con su propio brillo explosivo: los tweets impactantes de Trump, las actuaciones teatrales de Nigel Farage, las publicaciones en Facebook de Matteo Salvini; apenas comentamos un evento y este ya es eclipsado por otro. En el centro del proceso, la coherencia y la veracidad importan mucho menos que la amplitud de la resonancia, que cubre todo el espectro de opiniones, desde aquellas que hasta hace poco reclamaban un sello de izquierda radical hasta las que pertenecen a la extrema derecha. Sin ninguna intención de moderarlas ni sintetizarlas, sino radicalizándolas para luego sumarlas. Es la misma lógica de un estadístico que, para encontrar la temperatura media óptima, pone la cabeza dentro del congelador y los pies en el horno.

Mucho antes de Internet y las redes sociales, Peter Gay definió magistralmente la crisis de la República de Weimar como un colapso del centro del tablero político durante el cual los partidos moderados del centro fueron reemplazados por extremistas. Hoy, los nuevos instrumentos digitales simplemente aceleran y refuerzan la misma tendencia, que se manifiesta en todos los períodos de crisis y deslegitimación de las clases dirigentes.

Estamos así en vías de redescubrir la manera en que las minorías intolerantes pueden determinar el curso de la Historia. "¿Cómo llegamos a una situación en la que ciertos libros son prohibidos (o quemados...)?", se pregunta Nassim Nicholas Taleb. "Seguramente porque ofenden al común de los mortales. La mayoría de las personas son pasivas y no le dan mucha importancia, al menos no lo suficiente como para pedir la prohibición. Pero según la experiencia, basta con algunos activistas motivados para conseguir prohibir ciertos libros o poner

en la lista negra a ciertas personas." Esto ocurre porque una minoría intolerante, aunque sea pequeña, es totalmente inflexible y no puede cambiar de opinión, mientras que una parte significativa del resto de la opinión pública es más maleable. En condiciones ideales, y si el precio no es demasiado alto, este grupo más grande puede decidir alinearse con la minoría intolerante, dando razón, de paso, a John Stuart Mill cuando escribió que "para triunfar, el mal solo necesita la inacción de los hombres de bien".

Basándose en este principio, el físico de partículas francés Serge Galam fue uno de los pocos que predijo la elección de Donald Trump. Mientras todos los comentaristas repetían que un candidato como ese nunca podría ganar y que, de todas formas, una vez ganadas las primarias republicanas, se vería obligado a moderarse para acercarse al centro, Galam teorizaba lo contrario: "La victoria de Trump depende al mismo tiempo de la existencia de una pequeña minoría de intolerantes y de la existencia de una gran mayoría de personas tolerantes que rechazaron pero conservan los prejuicios que Trump quiere activar con sus declaraciones provocativas". Concretamente, según Galam, cada vez que Trump provoca un escándalo con una afirmación controvertida, galvaniza el núcleo de los inflexibles y envía un mensaje a todos los demás, haciendo así que el costo de adherirse a los principios de los intolerantes disminuya. "Una duda nace del enfrentamiento de argumentos opuestos. En ese instante, un grupo puede elegir seguir a Trump, guiado por el prejuicio inconsciente reactivado, pero sin la necesidad de identificarse formalmente con el prejuicio."

En este marco, la importancia de la minoría intolerante es capital. Para que una duda pueda desarrollarse en el corazón de la mayoría flexible, es necesario que el argumento radical obtenga una masa crítica que lo sustente. Por eso, Trump y otros populistas no pueden permitirse renunciar a sus apoyos más extremos. Son ellos los que constituyen la piedra angular de la movilización a su favor.

La lógica, bien conocida por los investigadores de ciencias sociales, es la de la teoría del flujo superficial (o escorrentía). Frente a una nueva opinión, nos dirigimos a las fuentes y personas que constituyen nuestro propio círculo de convivencia de referencia: ¿es una opinión aceptable? ¿Puede ser compartida? ¿O debe ser rechazada como falsa o engañosa? Para responder, nos dirigimos a los demás, porque eso forma parte de nuestra naturaleza como animales sociales. Y porque, en el fondo, es lo más racional que hacer. En la mayoría de los casos, no tenemos información de primera mano y debemos confiar en lo que parece ser la opinión dominante.

No verificamos personalmente que la Tierra gira alrededor del Sol, que los nazis exterminaron seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, o que las vacunas erradicaron las peores enfermedades de la historia de la humanidad.

Pero vivimos en sociedades, al menos hasta tiempos muy recientes, en las que estos hechos fueron ampliamente compartidos.

El umbral de resistencia frente a una nueva información u opinión varía de persona a persona. Algunos aceptan más fácilmente porque coinciden con las convicciones que ya tienen, y otros tienen un grado de resistencia más alto. Pero lo cierto es que cuanto mayor sea el número de personas que adopte una nueva idea (como que las vacunas causan autismo o que los refugiados son terroristas, por ejemplo), menor será el umbral de resistencia a lo que es difícil de aceptar. Una vez alcanzada esta masa crítica, puede ocurrir que, de manera relativamente indolora, toda una comunidad adopte una opinión o un comportamiento que inicialmente solo era compartido por una minoría muy reducida.

Esto ha ocurrido muchas veces en la historia del siglo XX. Y es lo que vemos hoy con Internet y las redes sociales, que parecen hechos especialmente para acelerar y multiplicar las cascadas cognitivas (20).

En Internet, el núcleo de los duros y puros: sitios web, blogs y páginas de Facebook de extremistas, constituyen la fuente primaria de las cascadas que alimentan la cuenca electoral de Trump, Orban y Salvini. Por supuesto, puede suceder, de vez en cuando, que una mano oculta confeccione artesanalmente una noticia falsa, al igual que los perfiles falsos y los bots contribuyen al flujo de la corriente. De hecho, esto sucede mucho. Pero el punto esencial sigue siendo que los extremistas se han convertido, en todos los sentidos y en todos los niveles, en el centro del sistema. Son ellos los que marcan el tono de la discusión.

No pasado, el juego político consistía en divulgar un mensaje que unificara; hoy en día se trata de desunir de la manera más explosiva posible. Para conquistar una mayoría, ya no se debe converger hacia el centro, sino agregar los extremos.

Volviendo a la física, el problema es que un sistema caracterizado por un movimiento centrífugo se vuelve necesariamente cada vez más inestable. Esto es válido tanto para los gases naturales como para los colectivos humanos. ¿Hasta cuándo será posible gobernar sociedades atravesadas por impulsos centrífugos cada vez más potentes?

En el plano económico, la desagregación comenzó hace 30 años, cuando la dinámica combinada de la innovación tecnológica y la apertura de los mercados comenzó a aumentar la desigualdad entre los individuos.

En el plano de la información, el proceso es más reciente pero ya está bastante avanzado. Hoy en día, la idea de una esfera pública en la que todos estén expuestos a las mismas informaciones, como solía ocurrir con la lectura de periódicos y el ritual del noticiero televisivo, prácticamente ya no existe.

La política sigue hoy el mismo curso. Ha pasado de la lógica centrípeta que aún subyacía en proyectos como la Tercera Vía de Clinton y Blair o las diferentes formas de "Conservadurismo compasivo" de Bush y Cameron, a una estrategia centrífuga que galvaniza y luego agrega los extremismos. El punto de ruptura se acerca peligrosamente.

Además, liberar los "espíritus animales", las pulsiones más secretas y violentas del público, es relativamente fácil, mientras que seguir el camino inverso es mucho más difícil. Trump, Salvini, Bolsonaro y otros están destinados, tarde o temprano, a frustrar las demandas que generaron y a perder el consenso de los electores. Pero el estilo político que introdujeron, lleno de amenazas, insultos, mensajes racistas, mentiras deliberadas y conspiraciones, después de haber estado al margen del sistema durante décadas, ya ocupa el centro neurálgico. Las nuevas generaciones que observan la política hoy en día están recibiendo una educación cívica hecha de comportamientos y consignas que condicionarán sus actitudes futuras. Una vez que los tabúes se rompen, ya no es posible volver a pegarlos: cuando los líderes actuales pasen de moda, es poco probable que los electores, acostumbrados a las drogas fuertes del nacional-populismo, pidan de nuevo la calma de los partidos tradicionales. Su demanda será por algo nuevo y posiblemente aún más fuerte.

CONCLUSIÓN

LA ERA DE LA POLÍTICA CUÁNTICA

Ronnie McMiller dedicó toda su vida a los felinos. Durante 20 años ha dirigido el Millwood Cat Rescue de Edwalton, en Inglaterra, una entidad que se dedica a ofrecer refugio a gatos abandonados del condado. Ronnie los rescata cuando están en dificultades y les proporciona un hogar mientras esperan la oportunidad de ser adoptados por nuevas familias. No escasean estas últimas en la región, dada la apasionada devoción de los británicos por las mascotas.

Pero últimamente, Ronnie ha observado y revelado un extraño fenómeno. Entre los felinos que recibe, la proporción de gatos negros ha aumentado de manera desmedida. Son más numerosos que antes en sus refugios y resultan mucho más difíciles de reubicar en familias que buscan una mascota.

Ronnie está perplejo. Si bien se sabe que los gatos negros siempre han tenido una reputación dudosa debido a historias de mala suerte y brujería, esas ideas parecían definitivamente superadas. ¿Están de vuelta las antiguas supersticiones?

Sin embargo, al observar más de cerca, el fenómeno no afecta solo a los gatos negros, sino en general a todos aquellos con pelaje oscuro. Por alguna razón, las personas parecen querer deshacerse más de ellos que antes. Y del otro lado del mostrador, no desean adoptarlos. "¿No tienes otros?" pregunta un niño a quien se le ofrece llevar a casa un bonito gatito negro o uno atigrado de color marrón.

Para Ronnie, esta historia sigue siendo un misterio, especialmente porque tiene más de 70 años y ciertas cosas ya no vienen naturalmente a su mente. Pero un día, alguien finalmente le da una explicación lógica, sin aparente molestia, como si fuera algo completamente normal: "Mira, en realidad, los gatos oscuros no salen bien en las selfies. Es difícil distinguir sus formas: aparecen como una mancha indefinida. ¿Y quién quiere mostrarse en una foto sosteniendo un monstruito negro cuando los gatos blancos y pelirrojos son tan fotogénicos?".

La revelación deja a Ronnie boquiabierto. Luego, se irrita: ¿cómo es posible que la maldición que pesa sobre los gatos negros desde los oscuros siglos de la Edad Media esté destinada a perpetuarse por un motivo tan absurdo? Así que toma el teléfono y reporta el fenómeno a la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals, la venerable institución que, desde hace unos dos siglos, vela por el bienestar de la fauna que tiene el privilegio de vivir en el Reino Unido. Ahí viene la segunda sorpresa.

El caso de Edwalton está lejos de ser aislado. Fue todo el país el que se volvió contra los gatos negros. Según datos de la RSPCA, tres cuartos de los felinos que

están en refugios británicos tienen un pelaje oscuro, una proporción en constante aumento en los últimos años. En todo el territorio nacional, los súbditos de Su Majestad, ocupados en tomarse selfies frenéticamente, al igual que todos los habitantes de la Tierra, rechazan en masa a los gatos menos fotogénicos.

Pero las víctimas de la cultura de las selfies no se limitan solo a los felinos. En la era del narcisismo de masas, la democracia representativa corre el riesgo de encontrarse en una situación más o menos similar a la de los gatos negros. De hecho, su principio fundamental, la intermediación, contrasta radicalmente con el espíritu del tiempo y con las nuevas tecnologías que hacen posible la desintermediación en todos los ámbitos. Así, sus tiempos, inevitablemente largos al basarse en la exigencia de elaborar y firmar compromisos, suscitan la indignación de consumidores acostumbrados a ver sus demandas satisfechas con un clic. Incluso en los detalles, la democracia representativa aparece como una máquina diseñada para herir el ego de los adictos a las selfies. ¿Cómo es eso del voto secreto? Las nuevas convenciones permiten, o al menos pretenden permitir, que cada uno se tome selfies en cualquier ocasión, desde un concierto de rock hasta un funeral. ¿Pero si intentas hacerlo en el cubículo de votación, todo se anula? ¡No es el trato al que estamos acostumbrados por Amazon y las redes sociales!

Los nuevos movimientos populares y nacionalistas también nacen de esta insatisfacción. No es casualidad que pongan, en el centro de su programa, la idea de someter a la democracia representativa al mismo destino que el gato negro. Como hemos visto, el establecimiento de una democracia directa electrónica que reemplace al viejo sistema parlamentario es el motivo de ser del Movimiento 5 Estrellas, la gran idea de Gianroberto Casaleggio, a la cual su hijo parece no haber renunciado. El gobierno del Sr. Conte, de hecho, inauguró el extraño oxímoron de un "ministro encargado de las relaciones entre el parlamento y la democracia directa".

Pero antes de los programas, hay que ver que la superación de la democracia representativa ya está disponible en la oferta de participación que los nuevos movimientos populistas proponen a sus afiliados. Este aspecto escapa casi siempre a los observadores, y sin embargo, es fundamental para entender la atracción de estos movimientos. Si bien la voluntad de participar casi siempre proviene de la ira acumulada, la experiencia de participar en el Movimiento 5 Estrellas, en la revolución trumpista o en el torbellino de los Chalecos Amarillos es una experiencia muy gratificante, y a menudo alegre.

Las imágenes de los Chalecos Amarillos que dieron la vuelta al mundo son las de la violencia en los Campos Elíseos y los saqueos de tiendas parisinas. Pero en las redes sociales también se vieron muchas escenas festivas, con manifestantes

bailando en rotondas al ritmo de melodías folclóricas y divirtiéndose burlándose unos de otros. Para aquellos que viven en condiciones de aislamiento real, unirse al carnaval populista significa ser parte de una comunidad y, en cierto sentido, cambiar de vida, incluso si los objetivos políticos de la iniciativa no se logran.

En la retórica de los 5 Estrellas, como en los mítines de Trump, se encuentra un tipo de lección de desarrollo personal que pretende liberar las energías del individuo, durante mucho tiempo reprimidas. "La clave del éxito de Trump", escribe Matt Taibbi, "es la idea de que las viejas reglas de decencia están hechas para perdedores que no tienen el corazón, el coraje y la 'trumpitud' para ser simplemente ellos mismos". Es un mensaje liberador, poderoso, perfectamente alineado con la era del narcisismo de masas.

"La adhesión a los movimientos nacional-populistas encuentra su realización más completa en el terreno virtual. Allí, los algoritmos desarrollados e instaurados por los ingenieros del caos dan a cada individuo la impresión de estar en el corazón de un levantamiento histórico, y finalmente ser un actor de una historia que creía condenado a soportar pasivamente como figurante.

"¡Recupera el control!" - el eslogan del Brexit que es el argumento principal de todos los movimientos nacional-populistas, se basa en un instinto primitivo del ser humano. Al interrogar a los sobrevivientes de los campos de concentración, Bruno Bettelheim descubrió que aquellos que sobrevivieron fueron principalmente aquellos que lograron establecer una zona de control, aunque imaginaria, sobre su vida cotidiana en los campos. Los psicólogos que estudian a las personas mayores en los asilos han observado el mismo proceso. Cuando se les da a los huéspedes de esas estructuras la posibilidad de, al menos, elegir un cuadro o cambiar un mueble de lugar, vivirán mejor y más tiempo que si tienen que someterse a condiciones de vida totalmente ajenas a su voluntad.

Este deseo de control es tan fuerte que nos acompaña incluso cuando pretendemos abandonarnos a nuestra propia suerte. El sujeto que juega a los dados, por ejemplo, quiere lanzarlos él mismo. Y en los casos en que el resultado está oculto, está dispuesto a apostar sumas mucho más altas a ciegas que después de lanzar. Lo mismo ocurre con otros juegos. Quien compra un billete de lotería quiere elegir los números. Quien decide una disputa arrojando una moneda al aire prefiere lanzarla él mismo. Es toda la importancia del control, un instinto tan arraigado en el hombre que nunca lo abandona, incluso cuando apuesta en la ruleta.

En esencia, la democracia no es más que eso. Un sistema que permite a los miembros de una comunidad ejercer un control sobre su propio destino, no sentirse a merced de los eventos o de una fuerza superior cualquiera. Asegurar la dignidad de individuos autónomos, responsables de sus elecciones y las

consecuencias de las mismas. Por eso no se puede cerrar los ojos al hecho de que, un poco en todas partes, los votantes demuestren el sentimiento de haber perdido el control de su destino debido a fuerzas que amenazan su bienestar, sin que las clases dirigentes muevan un dedo para ayudarlos. Los ingenieros del caos entendieron que este malestar podría convertirse en un formidable recurso político y utilizaron su magia, más o menos negra, para multiplicarlo y dirigirlo hacia sus propios fines. En términos de programa, la respuesta que los nacional-populistas traen a la pérdida de control es antigua: el cierre. Cerrar las fronteras, abolir los tratados de libre comercio, proteger a aquellos que se encuentran en el interior a través de la construcción de un muro, metafórico o real, frente al mundo exterior. Pero, como hemos tratado de mostrar hasta ahora, en términos de formas e instrumentos, los ingenieros del caos han logrado una ventaja. Para retomar la frase de Woody Allen: en la era del narcisismo tecnológico, "los malos sin duda comprendieron algo que los buenos ignoran".

El personaje de Dominic Cummings, interpretado por Benedict Cumberbatch en una excelente ficción sobre el Brexit ("Brexit: The Uncivil War"), resume bien la forma en que la rabia contemporánea puede ser explotada gracias a las nuevas tecnologías: "Es como si estuviéramos en una plataforma petrolífera donde hay todas estas reservas de energía escondidas, acumuladas durante años en las profundidades submarinas. Todo lo que tenemos que hacer es descubrir dónde están, excavar y abrir la válvula para liberar la presión".

Para lograr este resultado, los ingenieros del caos a veces recurrieron a medios ilegales. La campaña del Brexit está siendo investigada hoy por el uso de datos recopilados por la empresa AggregateIQ, datos que permitieron el envío de más de mil millones de mensajes personalizados a los votantes británicos durante la campaña.

Estos tipos de abusos corren el riesgo de multiplicarse cada vez que los ingenieros del caos llegan al poder. En Gran Bretaña, tan pronto como desembarcó en Downing Street como principal consejero de Boris Johnson, Dominic Cummings lanzó una gigantesca campaña de comunicación oficial a favor del Brexit, centralizando los datos de todos los sitios de la administración británica para poder enviar mensajes a medida a cada súbdito de Su Majestad. En la India, el partido nacional populista en el poder, el BJP, fue más lejos, ofreciendo teléfonos inteligentes a los jóvenes y mujeres, supuestamente con el objetivo de reducir las desigualdades, para luego bombardearlos con mensajes de propaganda de los candidatos del partido.

Pero más allá de los abusos, la fuerza de los ingenieros del caos radica sobre todo en su capacidad para recordar que la política no se trata solo de números e intereses. Es posible que hayamos ingresado en un mundo nuevo, pero algunos

fundamentos permanecen iguales. No basta con ser el primero de la clase para ganar, es necesario saber trazar tu camino y, sobre todo, despertar pasiones. La capacidad de liderazgo y la fuerza de una visión política siguen siendo determinantes. No hay proyecto político victorioso que no traiga consigo la voluntad contagiosa de transformar la realidad, incluso si eso implica dar varios pasos hacia atrás, como desean la mayoría de los nacional-populistas.

En una generación, los progresistas pasaron de "hacer tus sueños realidad" a "hacer realidad tus sueños". Durante su mandato, e incluso para su aprobación, Barack Obama hizo la transición de "sí, podemos", el lema de sus inicios, a "no hagas tonterías", su regla de conducta en la Casa Blanca.

Las fuerzas moderadas, progresistas y liberales seguirán retrocediendo hasta que puedan proponer una visión motivadora del futuro, capaz de brindar una respuesta convincente a lo que Dominique Reynié llama "crisis patrimonial" - el miedo extendido de perder tanto su patrimonio material (su nivel de vida) como su patrimonio inmaterial (su estilo de vida).

El objetivo de este libro, repito, no es negar la importancia de las respuestas concretas a esta crisis. Pero la historia nos enseña que el mayor reformador del siglo XX, Franklin Delano Roosevelt, supo combinar su visión política con una forma diferente de entender la comunicación política, lo que le permitió evitar el triunfo de los populistas de su época. Al principio de los años 1930, el New Deal marcó también el nacimiento de una Nueva Política, una nueva política que integraba las técnicas de marketing y publicidad desarrolladas en el sector privado para responder a las expectativas y demandas de los votantes. Es en esta época que aparecieron los primeros asesores de imagen modernos, de los cuales nuestros ingenieros del caos son imitadores distantes.

Hoy, la irrupción de internet y las redes sociales en la política cambia nuevamente las reglas del juego y, paradójicamente, aunque basada en cálculos cada vez más sofisticados, corre el riesgo de producir efectos cada vez más imprevisibles e irracionales. Interpretar esta transformación requiere un cambio de paradigma real. Un poco como los sabios del siglo pasado, que se vieron obligados a abandonar las certezas, cómodas pero engañosas, de la física newtoniana para comenzar a explorar la mecánica cuántica, inquietante pero más capaz de describir la realidad, debemos aceptar cuanto antes el fin de las viejas lógicas políticas.

En su tiempo, la física newtoniana se basaba en la observación a simple vista o a través del telescopio. Describía un universo mecánico, regido por leyes inmutables, en el que ciertas causas producían ciertas consecuencias. A principios del siglo XX, los sabios aún pensaban que la unidad última e indivisible de la materia estaba representada por el átomo, una partícula con

propiedades estables en cada uno de sus comportamientos. Pero los descubrimientos de Max Planck y los otros fundadores de la física cuántica subvirtieron esta visión plácida de la realidad.

Hoy sabemos que los átomos pueden dividirse y que contienen partículas cuyo comportamiento es extremadamente impredecible, se mueven al azar y tienen una identidad tan frágil que el simple hecho de observarlas modifica su comportamiento.

La física cuántica está salpicada de paradojas y fenómenos que desafían las leyes de la racionalidad científica. Nos revela un mundo en el que nada es estable y donde una realidad objetiva no puede existir, porque inevitablemente cada observador la modifica desde la perspectiva de su punto de vista personal. En esta dimensión, las interacciones son las propiedades más importantes de cada objeto y diversas verdades contradictorias pueden existir sin que una invalide a la otra.

De manera análoga, la política newtoniana estaba adaptada a un mundo más o menos racional, controlable, en el que una acción correspondía a una reacción y donde los votantes podían considerarse como átomos dotados de pertenencias ideológicas, de clase o territoriales, de los cuales derivaban elecciones políticas definidas y constantes. En cierto sentido, la democracia liberal es una construcción newtoniana, basada en la separación de poderes y en la idea de que es posible, para gobernantes y gobernados, tomar decisiones racionales sobre una realidad más o menos objetiva. Empujada a su extremo, esta aproximación puede conducir, al día siguiente de la caída del Muro de Berlín, a Francis Fukuyama a proclamar el fin de la Historia.

Con la política cuántica, la realidad objetiva no existe. Cada cosa se define provisionalmente en relación con otra, y sobre todo, cada observador determina su propia realidad. En el nuevo mundo, como dijo el ex presidente de Google, Eric Schmidt, es cada vez más raro tener acceso a contenido que no esté hecho a medida. Los algoritmos de Apple, Facebook o Google hacen que cada uno de nosotros reciba información que nos interesa. Y si, como dice Zuckerberg, nos interesan más las ardillas aferradas al árbol frente a nuestra casa que el hambre en África, el algoritmo se encargará de bombardearnos con las últimas noticias sobre los roedores del vecindario, eliminando así cualquier referencia a lo que sucede al otro lado del Mediterráneo.

Así, en la política cuántica, la versión del mundo que cada uno de nosotros ve es literalmente invisible a los ojos de los demás. Lo que aleja cada vez más la posibilidad de un entendimiento colectivo. Según la sabiduría popular, para entender, sería necesario "ponerse en el lugar del otro", pero en la realidad de los algoritmos, esta operación se ha vuelto imposible. Cada uno marcha dentro de

su propia burbuja, dentro de la cual algunas voces se escuchan más que otras y algunos hechos existen más que otros. Y no tenemos ninguna posibilidad de salir de eso, y mucho menos de intercambiar con otra persona. "Nos parecemos locos unos a otros", dice Jaron Lanier, y es verdad. No son nuestras opiniones sobre los hechos lo que nos divide, sino los hechos en sí.

En la vieja política newtoniana, la advertencia de Daniel Patrick Moynihan, "Cada uno tiene derecho a sus propias opiniones, pero no a sus propios hechos", aún podía tener valor, pero en la política cuántica este principio ya no es viable. Y todos aquellos que intentan rehabilitarlo contra Salvini y Trump están destinados al fracaso.

La política cuántica está llena de paradojas: los multimillonarios se convierten en los abanderados de la cólera de los desposeídos; los responsables de las decisiones públicas hacen de la ignorancia una bandera; los ministros cuestionan los datos de su propia administración. El derecho a contradecirse y marcharse, que Baudelaire invocaba para los artistas, se ha convertido, para los nuevos políticos, en el derecho a contradecirse y quedarse, sosteniendo todo y su contrario, en una sucesión de tuits y transmisiones en vivo en Facebook que van construyendo, ladrillo tras ladrillo, una realidad paralela para cada uno de los seguidores.

Desde entonces, vociferar para exigir respeto a las viejas reglas del juego de la política newtoniana no sirve de mucho. "La mecánica cuántica", escribió Antonio Ereditato en su último libro, "es una teoría física indigesta porque entra en conflicto de manera dramática con nuestra intuición y con la forma en que nos hemos acostumbrado a ver el mundo durante siglos". Y, sin embargo, los físicos no se cruzaron de brazos. Armados de paciencia y curiosidad, comenzaron a explorar las coordenadas del nuevo mundo en el que las descubiertas de Max Planck y compañía los precipitaron.

En política, esta actitud coincide exactamente con el espíritu evocado por otro gran reformador, John Maynard Keynes, cuando, después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Soviética, se dirigía a los jóvenes liberales reunidos en su Escuela de Verano:

"Casi toda la sabiduría de nuestros hombres de Estado se basaba en supuestos que eran verdaderos en una época, o parcialmente verdaderos, y que cada día lo son menos. Debemos inventar una nueva sabiduría para una nueva época. Y al mismo tiempo, si queremos reconstruir algo bueno, vamos a necesitar parecer herejes, inoportunos y desobedientes a los ojos de todos aquellos que nos precedieron."

Es de este espíritu, a la vez creador y subversivo, que todos los demócratas deberán apropiarse para reinventar las formas y los contenidos de la política de los próximos años, si quieren ser capaces de defender sus valores e ideas en la era de la política cuántica.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Introducción

Todas las citas de Goethe son extraídas de Johann Wolfgang Goethe, *Viaje a Italia* (1786-1788), Milán, Rizzoli, 2007.

Para una reconstrucción del carácter fundamental del estilo carnavalesco: Mikhail Bakhtin, *La obra de François Rabelais y la cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, París, Gallimard, 1982.

Para una lectura carnavalesca del populismo: David Brooks, "El Señor del Desgobierno", en *The New York Times*, 17 de enero de 2017; Elizaveta Gaufman, "El Carnaval de Trump: Atracción Popular en la Era de la Desinformación", en *International Relations*, I-20, 2018.

La cita del *Financial Times* abre el editorial no firmado "Roma abre sus puertas a los bárbaros modernos", el 14 de mayo de 2018.

Todas las citas de Dominic Cummings en el libro se extraen de su blog <<https://dominiccummings.com>>.

La cita de Milo Yiannopoulos fue extraída de su vídeo "La Política de Halloween" <https://www.youtube.com/watch?v=e_muE9faO_g>.

La cita de Mencius Moldbug se extrajo de: Jaron Lanier, *Diez Argumentos para Borrar tus Cuentas en Redes Sociales Ahora Mismo*, Londres, The Bodley Head, 2018.

Sobre el populismo digital: Francis Brochet, *Democracia Smartphone: El Populismo Digital, de Trump a Macron*, París, François Bourin, 2017; Alessandro Dal Lago, *Populismo Digital: La Crisis, la Red y la Nueva Derecha*, Milán, Raffaello Cortina, 2017; Massimiliano Panarari, *Uno No Vale Uno: Democracia Directa y Otros Mitos de Hoy*, Venecia, Marsilio, 2018.

El libro citado de George Osborne es *La Edad de la Desrazón*, Londres, William Collins, 2019.

1. El Silicon Valley del populismo

La versión completa de mi entrevista con Steve Bannon fue publicada en la edición de *Il Foglio* del primero de octubre de 2018, bajo el título "El diablo viste a Bannon"

Para una reconstrucción detallada del trayecto de Steve Bannon: Joshua Green, *La Barganha del Diablo. Steve Bannon, Donald Trump y el Levantamiento Nacionalista*, Nueva York, Penguin Press, 2017.

El cuento de Ennio Flaiano: Un Marciano en Roma en *Diario Noturno*, Milán, Adelphi, 1994.

La cita de Mark Lilla fue extraída de: Mark Lilla, *La Mente Náufraga: Sobre la Reacción Política*, Nueva York, New York Review Books, 2016.

La cita de Winston Churchill fue extraída de *The Times*, edición del 21 de enero de 1927.

La cita de Francesco Saverio Borrelli fue extraída de Giovanni Orsina, *La Democracia del Narcisismo. Breve Historia de la Antipolítica*, Venecia, Marsilio, 2018, p. 151.

Para un análisis de Italia como laboratorio político contemporáneo: Ilvo Diamanti - Marc Lazar, *Populocracia: La Metamorfosis de Nuestras Democracias*, Bari, Laterza, 2018.

2. La Netflix de la política

El relato del primer encuentro entre Beppe Grillo y Gianroberto Casaleggio fue extraído del prefacio de Beppe Grillo en el libro: Gianroberto Casaleggio, *Web Ergo Sum*, Milán, Sperling & Kupfer, 2004.

Ya he escrito antes sobre el Movimiento 5 Estrellas en el libro: *La Ira y el Algoritmo: El Grilloismo Tomado en Serio*, Venecia, Marsilio, 2017.

Otro análisis del Movimiento son propuestas en: *Capitalismo Obsoleto* (editado por): *Nacimiento del Populismo Digital. Masas, Poder y Postdemocracia en el Siglo XXI*, Obsolete Capitalism Free Press, 2014; Giuliano Santoro, *Rompiendo a Beppe. Del Grillo Cualquiera a la Guerra Civil Simulada*, Roma, Lit Edizioni, 2014; Federico Mello, *Otro Blog es Posible. Democracia e Internet en los Tiempos de Beppe Grillo*, Reggio Emilia, Imprimatur, 2014; Jacopo Iacoboni, *El Experimento. Investigación sobre el Movimiento 5 Estrellas*, Bari, Laterza, 2018.

Casi todas las citas de Grillo y Casaleggio en esta obra fueron extraídas de estos textos, pero también del blog <www.beppegrillo.it> y de Nicola Biondo y Marco Canestrari, *Supernova*, Milán, Salani, 2018.

El libro de Davide Casaleggio citado en este capítulo es: Davide Casaleggio, *Tú Eres Red. La Revolución del Negocio, del Marketing y de la Política a Través de las Redes Sociales*, Milán, Casaleggio Associati, 2012.

El paralelo entre el Movimiento 5 Estrellas y Netflix se encuentra en la entrevista concedida por Davide Casaleggio al *Corriere della Sera*, el 3 de abril de 2017.

3. Waldo conquista el planeta

La tesis sobre la ira se desarrolla en: Peter Sloterdijk, *Cólera y Tiempo*, París, Libella-Maren Sell, 2007.

Los eslóganes punitivos son mencionados por Simon Kuper, "Populistas y la alegría del castigo", en *The Financial Times*, edición del sábado 25 de marzo/domingo 26 de marzo, 2017.

La cita de Jonathan Franzen fue extraída de: Francesco Pacifico, "Jonathan Franzen narra a Donald Trump", en *IL - Ideas y Estilo de Sole 24 Ore*, 9 de marzo, 2017.

Sobre el rechazo de las élites a las nuevas tecnologías: Thomas M. Nichols, *La Muerte de la Experticia: La Campaña contra el Conocimiento Establecido y Por Qué Importa*, Nueva York, Oxford University Press, 2017.

Sobre la impaciencia ligada a las nuevas tecnologías: Gilles Finchelstein, *La Dictadura de la Urgencia*, París, Fayard, 2011.

La cita de Sean Parker fue extraída de Jaron Lanier, citado anteriormente.

Los datos sobre el uso compulsivo de teléfonos inteligentes fueron extraídos de Jean Abbiateci, "Mi teléfono inteligente, mi obsesión", en *Le Temps*, 12 de diciembre, 2017.

Para una lectura psicoanalítica de la ira: Daniel Marcelli, *Tener Ira. De la Necesidad de Crear al Deseo de Destruir*, París, Albin Michel, 2016.

La novela autobiográfica de Simone Lenzi es *No Exilio*, Milán, Rizzoli, 2018.

El estudio del MIT sobre la rapidez de la propagación de noticias falsas: Soroush Vosoughi, Deb Roy, Sinan Aral, "La Propagación de Noticias Verdaderas y Falsas en Línea", en *Science*, 9 de marzo, 2018.

La cita de Jaron Lanier fue extraída de: Jaron Lanier, *El Amanecer de Todo lo Nuevo: Encuentros con la Realidad y la Realidad Virtual*, Nueva York, Henry Holt & Co., 2017.

Los vínculos entre Facebook y las explosiones de violencia en todo el mundo son relatados, entre otros, por Evan Osnos en "Fantasma en la Máquina", en *The New Yorker*, 17 de septiembre, 2018.

Sobre el papel de Facebook en el movimiento de los Chalecos Amarillos: Vincent Glad, "En la Batalla Final de los Chalecos Amarillos, Júpiter Enfrentará a los Moderadores de Facebook", en *Libération*, 30 de noviembre, 2018; Olivier Ertzscheid, "Los Chalecos Amarillos y la Plataforma Azul", en *Affordance.info*, 19 de noviembre 2018.

La cita de Marylin Maeso fue extraída de: Los Conspiradores del Silencio, París, Ed. de l'Observatoire, 2018. Para una reflexión filosófica sobre las dinámicas de las redes sociales: Raphaël Enthoven, Pequeño Hermano, París, Gallimard, 2017.

Todas las citas de Arthur Finkelstein presentes en este libro fueron extraídas de su conferencia del 16 de mayo de 2011 en el Instituto Cervo de Praga. Video: <<https://www.youtube.com/watch?v=IfCBpCBOECU>>.

Para una descripción del funcionamiento de la propaganda digital de la Liga: Steven Forti, "La Bestia, o Cómo Funciona la Propaganda de Salvini", en Rolling Stone, 11 de julio, 2018.

Las citas de Luca Morisi fueron extraídas de Bruno Vespa, Revolución. Hombres y Bastidores de la Tercera República, Milán, Mondadori, 2018, y de You Trend, "Cara a Cara con el Spin Doctor Luca Morisi", en You Trend, 11 de octubre, 2018, <<https://www.youtrend.it/2018/10/11/atu-per-tu-con-lo-spin-doctor-luca-morisi-entrevista>>.

Sobre la campaña digital de AfD en Alemania: Vernon Silver, "La Extrema Derecha Alemana Recibe Ayuda Estadounidense", en Bloomberg Businessweek, 2 de octubre, 2017.

Sobre la campaña digital de Jair Bolsonaro en Brasil: Ryan Broderick, "Todo lo que Necesitas Saber sobre Jair Bolsonaro, el Donald Trump de Brasil", en Buzzfeed, 8 de octubre, 2018, <<https://www.buzzfeednews.com/article/ryanhatesthis/meet-jair-bolsonaro-the-evangelical-far-right-antigay>>.

La cita de Andy Wigmore fue extraída de Tim Shipman, Guerra Total: La Historia Completa del Brexit, Londres, William Collins, 2017.

El paralelo entre la electricidad y los algoritmos es de Paul Vacca, "Los Algoritmos de la Ira", en Trends Tendances, 5 de abril, 2018.

4. Troll, el Jefe

Los datos sobre las búsquedas en Google y las adhesiones en Stormfront en la noche de la elección de Obama fueron extraídos de: Seth Stephen-Davidowitz, Todo el mundo miente: Big data, Nuevos datos y lo que Internet puede decirnos sobre quiénes somos realmente, Nueva York, Harper Collins, 2017.

Para una reconstrucción original y esclarecedora de la campaña de Donald Trump: Matt Taibbi, El presidente payaso loco. Despachos del circo de 2016, Nueva York, Spiegel & Grau, 2017.

Sobre la relación entre Steve Bannon, Milo Yiannopoulos y los jugadores: Joshua Green, citado anteriormente; Martin Moore, *Democracia hackeada: Turbulencia política y guerra de información en la era digital*, Londres, Oneworld, 2018. La mayoría de las citas de Bannon y Yiannopoulos también se extrajeron de estos dos textos.

La cita de Andrew Breitbart proviene de una entrevista concedida a Accuracy in Media el 5 de mayo de 2011, <<https://www.aim.org/podcast/take-aim-andrew-breitbart>>. Su libro es *Indignación de derecha: disculpe mientras salvo el mundo*, Nueva York, Grand Central Publishing, 2011.

El libro de reportaje que investiga a los Clinton, financiado por Bannon, es: Peter Schweizer, *Clinton Cash: La historia no contada de cómo y por qué los gobiernos extranjeros y las empresas ayudaron a hacer ricos a Bill y Hillary*, Nueva York, Harper, 2015.

Sobre el giro hacia la derecha de la transgresión: Franco Berardi, también conocido como "Bifo", *Futurabilidad*, Roma, Nero, 2018.

La cita del productor de reality shows: Seth Grossman, "Donald Trump, Nuestro Candidato de Reality TV", en *The New York Times*, 27 de septiembre, 2015.

Sobre el culto a la autenticidad en los reality shows: Susan Murray, Laurie Ouellette, *Reality TV: Remodelando la Cultura Televisiva*, Nueva York, New York University Press, 2004.

5. Un extraño dúo en Budapest

La biografía de referencia de Viktor Orbán es: Paul Lendvai, *Orbán: El hombre fuerte de Hungría*, Oxford, Oxford University Press, 2016.

Las citas de Viktor Orbán fueron extraídas de sus discursos oficiales y de entrevistas concedidas a Bloomberg News el 14 de diciembre de 2014 (<<https://www.bloomberg.com/news/articles/2014-12-15/hungary-on-path-to-shedjunk-grade-and-shield-forint-orban-says>>) y a Politico el 23 de noviembre de 2015 (<<https://www.politico.eu/article/viktor-orban-interview-terrorists-migrants-eu-russia-putinbordersschengen>>).

Para una reconstrucción detallada de la campaña contra los inmigrantes: Daniel Howden, "La Manufactura del Odio: Culpar a los Refugiados en Europa Central", en *Refugees Deeply*, 14 de diciembre, 2016 (<<https://www.newsdeeply.com/refugees/articles/2016/12/14/the-manufacture-of-hatred-scapegoating-refugees-in-central-europe>>).

Para un análisis contundente de la evolución del Este de Europa: Ivan Krastev, "Explicando Europa Oriental: Imitación y sus Descontentos", en Journal of Democracy, julio de 2018.

El texto del vademécum del Movimiento 5 Estrellas está en: Nicola Biondo, Marco Canestrari, citado anteriormente.

Para una sociografía de los electores de AfD: Patrick Moreau, Alternative für Deutschland: Establecimiento electoral, desde la creación en 2013 hasta las elecciones regionales de Hesse en octubre de 2018, París, Fondation pour l'innovation politique, 2018.

Sobre la convergencia de los extremos en Francia: Dominique Nora, "Zangados y fascistas", en L'Obs, 15 de noviembre, 2018.

6. Los "físicos" y los datos

La obra de Friedrich Dürrenmatt es Los físicos, Turín, Einaudi, 1985.

La cita de Auguste Comte fue extraída de La Ciencia Social, París, Gallimard, 1972.

En relación con la industria de la vida: Éric Sadin, La Siliconización del Mundo, París, Éditions L'Échappée, 2016.

La cita de Tucídides fue extraída de: Luciano Canfora, La Naturaleza del Poder, Bari, Laterza, 2009.

Sobre el uso de datos en la campaña a favor del Brexit: Tim Shipman, citado anteriormente.

Sobre la campaña de reelección de Barack Obama: The Victory Lab: The Secret Science of Winning Campaigns. Y sobre el Big Data como "microscopio político": Zeynep Tufekci, "Engineering the Public: Big Data, Surveillance and Computational Politics", en First Monday, v. 19, n. 7, 7 de julio, 2014.

Sobre el uso de datos en la campaña electoral de Trump: Joshua Green - Sasha Issenberg, "Dentro del Búnker de Trump con 12 Días por Delante", en Bloomberg Businessweek, 27 de octubre, 2016; Sue Halpern, "Cómo Usó Facebook para Ganar", en The New York Review of Books, 8 de junio de 2017.

Sobre las campañas electorales convertidas en guerras entre software: Jamie Bartlett, El Pueblo Contra la Tecnología: Cómo Internet Está Matando la Democracia, Londres, Ebury, 2018.

Michel Foucault profetizó la abolición de las masas en Vigilar y Castigar, París, Gallimard, 1975.

Sobre la política centrífuga: Peter Pomerantsev, "Pop-Up People", en Granta Magazine, 15 de agosto, 2017; Peter Pomerantsev, "La Ilusión del Populismo", en The American Interest, 22 de diciembre, 2017.

Sobre la nueva economía del extremismo: Nick Cohen, "Tommy Robinson y el Auge de los Nuevos Extremistas", en The Spectator, 7 de junio, 2018.

Sobre el líder político como el personaje Revizor: Christian Salmon, La Ceremonia Caníbal: Sobre la Actuación Política, París, Fayard, 2013.

El libro de Peter Gay sobre la República de Weimar: Peter Gay, Cultura de Weimar: El Extranjero Como Insider, Nueva York, Norton, 2013.

La cita de Nassim Nicholas Taleb fue extraída de su libro Skin In the Game: Asimetrías Ocultas en la Vida Diaria, Nueva York, Random House, 2018.

El estudio de Serge Galam sobre Trump: El Fenómeno Trump: Una Explicación de la Sociophysics, 22 de agosto de 2016 (<<https://arxiv.org/abs/1609.03933>>).

Sobre las cascadas cognitivas: Cass R. Sunstein, #república: Democracia Dividida en la Era de las Redes Sociales, Princeton, Princeton University Press, 2017.

Sobre la desafección por la democracia por parte de las nuevas generaciones: Roberto Stefan Foa - Yascha Mounk, "La Desconexión Democrática", en Journal of Democracy v. 27, n. 3, julio, 2016.

Conclusión

Sobre el aspecto festivo y tribal del carnaval populista: Michel Maffesoli, "Coletes amarelos em secessão: as elites desamparadas diante do extremo-povo", en Atlantico, 24 de diciembre, 2018.

Sobre la importancia del control: Leonard Mlodinow, "Os limites do controle", en The International Herald Tribune, 17 de junio, 2009.

Sobre la democracia como sistema que permite a una comunidad tener control de su destino: John Dunn (Ed.), Democracia: a jornada inacabada, Oxford, Oxford University Press, 1992.

Brexit: The Uncivil War, la ficción televisiva interpretada por Dominic Cumberbatch, fue producida por Channel Four en 2019.

Dominique Reynié describe el populismo patrimonial en Los nuevos populismos, París, Fayard/Pluriel, 2013.

Para una reconstrucción de la génesis de la Nueva Política de Roosevelt: David Colon, Propaganda: a manipulação de massa no mundo contemporâneo, París, Belin, 2019.

Para una idea visionaria (y pre-internet) de la política cuántica: Theodore L. Becker (Ed.), Política cuántica: aplicando la teoría cuántica al fenómeno político, Nueva York, Praeger, 1991.

La cita de Antonio Ereditato fue extraída de: Edoardo Boncinelli - Antonio Ereditato, O cosmo da mente: breve história de como o homem criou o universo, Milão, Il Saggiatore, 2018.

La cita de John Maynard Keynes fue extraída de "Eu sou um liberal?", en The Nation & Athenaeum, 15 de agosto, 1925.

Los títulos de reportajes publicados en medios extranjeros siempre tienen traducción libre.

El "Efecto Werther", causado por Los sufrimientos del joven Werther (1774) de Goethe, marcó el inicio del Romanticismo y provocó una ola de suicidios en toda Europa después de su publicación.

NOTAS AL PIE DE PAGINA

2. Jean-Paul Marat (1743-1793), periodista, filósofo, médico, teórico y político radical de la Revolución Francesa.
3. Troll, en el lenguaje de internet, designa a usuarios que difunden discordia, furia y caos en las redes sociales, ya sea aleatoriamente o con estrategias definidas.
4. Habla de Hamlet (Acto IV), de William Shakespeare, también traducida como "el mundo está patas arriba".
5. Consultores políticos que se ocupan, ante determinada situación de estancamiento, crisis o impasse, en identificar la dirección capaz de cambiar la tendencia a favor de un candidato o campaña.
6. Área del conocimiento que se dedica a manejar cantidades de datos tan extensas que es imposible analizarlas por los sistemas tradicionales. Presente también en la ciencia y en diversos campos, ha sido ampliamente utilizada para potenciar y monetizar datos de usuarios de las redes sociales.
7. "Verificador de hechos". El fact-checking es una de las tendencias más extendidas de los medios de comunicación tradicionales hoy en día, cuya actividad se ve amenazada por las oleadas de noticias falsas.
8. Aquí y en las demás menciones en este libro, se utiliza en el sentido angloparlante político del término, en el sentido de progresista, y no en el ámbito del liberalismo económico, como es más común en Brasil.
9. "Un marciano en Roma" (1960), cuento de Ennio Flaiano (1910-1972), escritor, crítico y dramaturgo italiano que escribió los guiones de nueve películas de Federico Fellini.
10. Político británico conservador y euroescéptico, uno de los estrategas del Brexit.
11. Político francés (1888-1979) de tendencia internacionalista, considerado uno de los principales arquitectos del pensamiento de unificación europea.
12. Predicador florentino (1452-1498) conocido por sus profecías y su espíritu reformador.
13. Geek es un anglicismo y una jerga inglesa utilizada para designar a individuos que, entre otras características, consumen intensamente cultura pop y dominan el uso de las tecnologías digitales.

14. Movimiento con el que Benito Mussolini contó para crear sus "fasci di combattimento" fascistas. Término utilizado para referirse a un cierto tipo de organización que se impone por la fuerza.
15. De George Orwell, autor de 1984, uno de los grandes clásicos de la ficción del siglo XX. La obra retrata los efectos nefastos del totalitarismo en una sociedad futurista y distópica.
16. En inglés, en el original: Change, Hope, Belief, Future.
17. Referencia a la estación espacial bélica de la franquicia Star Wars. De forma esférica y con diámetro que varía entre 100 km y 900 km, dependiendo del episodio/película, la Estrella de la Muerte es capaz de pulverizar un planeta entero con sus superláseres.
18. Vale recordar que, en este libro, el autor emplea el término "liberal" con un sentido más amplio que el de su faceta que viene ganando destaque en el debate político brasileño: la del liberalismo económico. Este, a su vez, es comúnmente asociado al neoliberalismo. Según el Diccionario Houaiss, el liberalismo es una "doctrina basada en la defensa de la libertad individual, en los campos económico, político, religioso e intelectual, contra las injerencias y actitudes coercitivas del poder estatal".
19. Empresa austriaca que a principios del siglo XX procuró elevar el nivel de arte del diseño de objetos cotidianos.
20. Recordando que, por analogía, el término cascada significa rumor o ruido continuo.



En el mundo del Brexit, de Donald Trump y de Matteo Salvini, cada día trae su polémica, su disparate, su golpe de efecto. Sin embargo, detrás del aparente desmadre del carnaval populista se oculta el meticuloso trabajo de docenas de propagandistas, ideólogos y, cada vez más, científicos y expertos en Big Data que tratan de reinventar las reglas del juego político.

En este libro, Giuliano da Empoli traza el retrato de estos ingenieros del caos: desde la increíble historia de la pequeña empresa de marketing web que se convirtió en el primer partido político de Italia, pasando por los físicos que aseguraron la victoria del Brexit, hasta los estrategas de la derecha «alternativa» estadounidense y los comunicadores que transformaron el panorama de Europa del Este. Este apasionante e inédito ensayo de investigación desvela las escenas entre bastidores del movimiento populista global.

Giuliano da Empoli analiza a varias personalidades (...) que han comprendido que la democracia en la era del narcisismo de masas y de las redes sociales ofrece posibilidades insospechadas de movilización electoral.

— Christophe Ayad: «Maquiavelo en Silicon Valley», *Le Monde*

Los líderes populistas han contratado a «ingenieros del caos» para canalizar la ira popular contra las élites y la Unión Europea para su propio beneficio. Las campañas electorales ahora se basan en un algoritmo.

— Semanario francés *Le Point*

OBERON

www.oberonlibros.com



Cubierta: le-petitatelier.com